SHAKSPEARE

2

ROMEO

Y

JULIETA.

—

TOMO GUSTEIR

10 rs. Madri

12 rs. provinc

L47
588

28-9º (bis) Octubre 23/73

# OBRAS

DE

# SHAKSPEARE

VERSIÓN CASTELLANA.

14805 Jun 1847

## ROMEO Y JULIETA

—

## COMO GUSTEIS

MADRID
MEDINA Y NAVARRO, EDITORES
Calle del Rubio, núm. 25

7151

L47-588

OBRAS DE SHAKSPEARE.

7151

Es propiedad de los editores.

IMPRENTA DE LA BIBLIOTECA DE INSTRUCCION Y RECREO
Calle del Rubio, núm. 25.

OBRAS DE

# SHAKSPEARE

VERSION CASTELLANA DE

## JAIME CLARK

---

## ROMEO Y JULIETA

---

## COMO GUSTEIS

---

MADRID
MEDINA Y NAVARRO, EDITORES
Calle del Rubio, núm 25

OBRAS DE

# SHAKSPEARE

VERSION CASTELLANA DE

## JAIME CLARK

---

# ROMEO Y JULIETA

COMO GUSTES

---

MADRID
IMPRENTA Y NAVARRO-EDITORES
Calle de Preciados, núm. 27

# ROMEO Y JULIETA.

## PERSONAJES.

ESCALO, *príncipe de Verona.*
PÁRIS, *jóven de familia noble, pariente del anterior.*
MONTESCO, CAPULETO, } *jefes de dos familias enemigas.*
*Un anciano, primo de Capuleto.*
ROMEO, *hijo de Montesco.*
MERCUCIO, *pariente del príncipe y amigo de Romeo.*
BENVOLIO, *sobrino de Montesco y amigo de Romeo.*
TEOBALDO, *sobrino de la condesa de Capuleto.*
FRAY LORENZO, FRAY JUAN, } *monjes franciscanos.*
BALTASAR, *criado de Romeo.*
SANSON, GREGORIO, } *criados de Capuleto.*
PEDRO, *escudero del ama de Julieta.*
ABRAHAN, *criado de Montesco.*
*Un boticario.*
*Tres músicos.*
*El paje de Páris.*
*Otro paje.*
*Un jefe de ronda.*
LA CONDESA DE MONTESCO.
LA CONDESA DE CAPULETO.
JULIETA, *hija de Capuleto.*
*El ama de Julieta.*
*Ciudadanos de Verona; varios deudos de ambos sexos de las dos casas; enmascarados, guardias, alguaciles y criados.*
*Coro.*

---

ESCENA: en Verona y en Mantua.

## PRÓLOGO.

Del raudo Adiga allá en la orilla amena,
En la bella Verona,
Lugar de nuestra escena,
De dos familias, en nobleza iguales,
El odio antiguo en nueva lid se encona;
Y en discordia civil sus ciudadanos
Con sangre tiñen sus civiles manos.
De las entrañas de estos dos rivales
Nacen dos malhadados amadores,
Cuyas desdichas y funesta suerte
Entierran con su muerte
La enemistad fatal de sus mayores.
De su pasion la historia desdichada,
La saña de sus padres enconada,
Que con la muerte de los propios hijos,
Y entre duelos prolijos,
Término sólo halló, por horas cuatro
El tráfico será de nuestro teatro.
Y si el senado ilustre á bien tuviere
Prestar á todo oido bondadoso,
Procuraremos con afan celoso
Las faltas enmendar que en ello hubiere.

# ACTO PRIMERO.

## ESCENA PRIMERA.

Una plaza pública.

*Salen* SANSON *y* GREGORIO, *con espadas y broqueles.*

SAN. A fe mia, Gregorio, no nos han de echar la albarda encima.

GRE. No, porque en tal caso seríamos pollinos.

SAN. Quiero decir que si nos enfadamos, desenvainaremos.

GRE. Eso es: miéntras vivas trata de zafarte de la collera.

SAN. Cuando estoy corrido no tardo en asentar la mano.

GRE. Pero el caso es que tardas en correrte.

SAN. La vista de un perro de la casa de los Montescos basta para que me corra.

GRE. Correr es huir, y el que es valiente espera á pié firme: por tanto, aunque estés corrido, no harás sino huir.

SAN. Un perro de esa casa hará que espere á pié firme: quitaré la derecha á cualquier criado ó doncella de la casa de los Montescos.

GRE. Eso prueba que eres un pobre hombre; pues quitándoles la derecha, te quedarás arrimado

á la pared, y el más débil es el que siempre se queda arrimado á la pared.

SAN. Es verdad; por eso se ven las mujeres, que son las más débiles, siempre arrimadas á la pared. Por lo tanto, lo que haré será echar de la pared á los criados de la casa de Montesco, y arrimar á ella á las doncellas.

GRE. La riña es entre nuestros amos, no entre nosotros, sus criados.

SAN. Me es igual: me mostraré tirano: despues de pegar á los mozos, seré cruel con las doncellas, les cortaré las cabezas.

GRE. ¿Las cabezas de las doncellas?

SAN. Sí, las cabezas de las doncellas ó su doncellez (1); tómalo en el sentido que quieras.

GRE. Eso á ellas, que lo han de sentir.

SAN. Pues me sentirán miéntras yo pueda tenerme de pié; y es sabido que no soy mal pedazo de carne.

GRE. Más vale así, que á ser pescado serias un pobre Juan. Saca tu herramienta, pues aquí vienen dos de la casa de los Montescos.

SAN. Ya está desnuda mi hoja; riñe, yo te guardaré la espalda.

GRE. ¿Cómo? ¿volviendo la tuya y echando á correr?

SAN. No te dé miedo.

GRE. ¿Yo miedo de tí? No, por cierto.

SAN. Tengamos la justicia por nuestra parte; que empiecen ellos.

GRE. Frunciré el entrecejo al pasar por su lado, y que lo tomen como quieran.

SAN. O como se atrevan. Yo me morderé el pulgar, mirándoles de reojo; lo cual es una afrenta para ellos si lo aguantan.

---

(1) Hay aquí en el original un juego de palabras que es de todo punto imposible verter al castellano.

*Salen* ABRAHAN *y* BALTASAR.

ABRA. Hidalgo, ¿os mordeis el pulgar con objeto de afrentarnos?
SAN. Sí, me muerdo el pulgar, hidalgo.
ABRA. ¿Pero es con objeto de afrentarnos? os pregunto.
SAN. (Aparte.) Tendremos la justicia por parte nuestra, si digo que sí.
GRE. (Aparte.) Nó.
SAN. No, señor, no es para afrentaros; pero me muerdo el pulgar.
GRE. ¿Quereis reñir, gentilhombre?
ABRA. ¿Reñir, hidalgo? No, señor.
SAN. Pues si quereis reñir, soy con vos. Sirvo á tan buen amo como vos.
ABRA. No mejor.
SAN. Bien, gentilhombre.
GRE. Di mejor. Aquí viene un deudo de mi amo.
SAN. Sí, mejor, caballero.
ABRA. Mentis.
SAN. Desenvainad, si sois hombre. (Aparte.) Gregorio, ten preparado tu tajo de gracia. (Riñen.)

*Sale* BENVOLIO.

BEN. Separaos, necios; envainad las espadas; no sabeis lo que os haceis. (Los separa.)

*Sale* TEOBALDO.

TEO. ¿Contra villanos sin honor el hierro,
Benvolio, empuñas? Vuélvete y contempla
La muerte que te espera cara á cara.
BEN. Tan sólo pongo paz: envaina tu hoja,
O ayúdame con ella á separarlos.
TEO. ¿Hablas de paz cuando el acero esgrimes?

Detesto esa palabra cual detesto
A Satanás, á los Montescos todos,
Y á ti además. Defiéndete, cobarde. (Riñen.)

*Salen varios individuos de ambas casas que toman parte en la refriega; salen luego* CIUDADANOS *con porras y partesanas.*

CIUD. 1.° Con vuestras partesanas, porras y hachas
Sobre ellos dad; rendidlos, desarmadlos,
Y mueran Capuletos y Montescos.

*Sale* CAPULETO, *en bata, seguido de la* CONDESA DE CAPULETO.

CAP. ¿Qué estruendo es este? Dadme acá mi espada!
COND. Una muleta, no una espada pide.
CAP. ¡Mi espada, digo! Aquí Montesco viene
Blandiendo su tizona á mi despecho.

*Sale* MONTESCO *y la* CONDESA DE MONTESCO.

MON. ¡Oh, Capuleto vil!—¡Soltadme os digo!
COND. DE MON. Jamás para lidiar con tu enemigo!

*Sale el* PRÍNCIPE *con su séquito.*

PRIN. Vasallos revoltosos, adversarios
De la alma paz, que profanais rebeldes
Con sangre de vecinos ese acero...
¿No quieren escuchar? ¡Eh! ¡hombres! ¡fieras!
Que así apagais de vuestra perniciosa
Ira la llama con torrentes rojos
De vuestras propias venas derramados?
¡So pena de tormento, al suelo, digo,
Bajad las puntas de esas crudas hojas
Que airados empuñais, y oid atentos
La voz de vuestro príncipe enojado!

Tres veces la discordia, promovida
Por una frase como el aire vana,
Por vosotros Montesco y Capuleto,
Ha turbado el sosiego de estas calles,
Obligando á los padres de Verona
A despojarse de sus graves prendas,
Y á blandir sus mohosas partesanas
Con viejas manos por la paz rendidas,
Para atajar la saña que os corroe.
Si alguna vez volveis de nuestras calles
A perturbar la paz, con vuestras vidas
De ella respondereis. Idos, pues, libres
Por esta vez no más. Venid conmigo
Vos, Capuleto. En cuanto á vos, Montesco,
Ireis al tribunal luego á la tarde;
Sabreis lo que dispongo en este asunto.
So pena de morir, váyanse todos.

(Vánse el príncipe, su séquito, Capuleto, la condesa de Capuleto, Teobaldo, ciudadanos y criados.)

Mon. ¿Quién fué culpable de encender de nuevo
Esta reyerta antigua? Hablad, sobrino:
¿Cuándo empezó? ¿os hallabais presente?

Ben. Aquí riñendo estaban los criados
De vuestros enemigos con los vuestros
Antes que me acercara. Con designio
De separarlos desnudé la espada,
Cuando iracundo se acercó Teobaldo,
Desnudo el hierro, y me retó á la lucha,
Hendiendo el aire que á sus fieros golpes
En son de burla contestó silbando.
En tanto que la riña proseguimos
A tajo y á revés, de parte y otra
A fomentar la lid acudió gente,
Hasta que vino el príncipe, y un bando
Del otro separó con voz de mando.

Cond. ¡Ay! ¿dónde está Romeo? ¿Por ventura
Le visteis hoy? Contenta estoy, cuitada,
Que en esta riña no terció su espada.

BEN. Un hora ántes que el sol idolatrado
En los balcones de oro del oriente
Su faz mostrase, mi ánimo intranquilo
Llevóme á pasear por las afueras,
Donde, á la sombra de los sicomoros
Que hácia poniente arraigan y los muros
De la ciudad con su ramaje orean,
Ví en hora tan temprana á vuestro hijo,
Que en soledad sus penas distraia.
Hácia él me fuí, mas lo advirtió sin duda,
Y al punto se internó en el bosque umbrío.
Midiendo yo sus ánsias por las mias,
Que entónces soledad no más buscaban,
(Y áun importuno me era yo á mí mismo),
Seguí mi humor, sin contrariar el suyo,
Huyendo á quien de mí contento huia.
MON. Allí le vieron más de una mañana
Acrecentar con lágrimas el fresco
Rocío del albor, y con suspiros
Amontonar las apiñadas nubes.
Mas cuando el sol en el lejano oriente
Empieza apenas el tupido velo
A descorrer del lecho de la Aurora,
Vertiendo por doquier deleite y gozo,
Huyendo de la luz, mi triste hijo
A casa vuelve, y en su estancia á solas
Se esconde adusto, y las ventanas cierra,
Negando paso á la alma luz, de suerte
Que en noche artificial queda sumido.
Funesto fin tendrá su humor extraño,
Si en breve á remediar no acierto el daño.
BEN. ¿Sabeis la causa de él, mi noble tio?
MON. La ignoro; en vano averiguarla quise.
BEN. ¿Le habeis importunado en algun modo?
MON. Sí tal; lo propio han hecho sus amigos;
Pero él es consejero de sus gustos,
Si fiel no oso decir; mas tan callado,
Tan reservado en todo, tan secreto,

A toda indagacion tan insondable,
Como el capullo que el gusano roe
Antes que abrir sus blandas hojas pueda,
Luciendo su hermosura al suave ambiente,
O consagrar al sol su dulce hechizo.
Averiguara yo el oculto orígen
De su pesar, y tan gustoso diera
Remedio á su afliccion cual la supiera.

*Sale* ROMEO *á cierta distancia.*

BEN. Ved donde viene. Retiraos, os ruego.
Sabré su mal, ó no tendrá sosiego.
MON. Dios quiera que averigües en buen hora
La causa de su mal. Venid, señora.
(Vánse Montesco y la condesa.)
BEN. Buena alborada, primo.
ROM. ¿Es tan temprano?
BEN. Las nueve son no más.
ROM. ¡Ay! cuán pesadas
Las tristes horas son! ¿Era mi padre
Aquel que se alejó con tanta prisa?
BEN. El era. ¿Qué tristeza es la que el curso
Alarga de las horas de Romeo?
ROM. La falta de ese bien que las acorta.
BEN. ¿Teneis amor?
ROM. Desden.
BEN. ¿Desden, Romeo?
ROM. Así me trata la que amor me inspira.
BEN. ¡Ay! ¡que el amor, que de ternura nace,
Despótico y cruel se vuelva luego!
ROM. ¡Ay! ¡que el amor, á quien pusieron venda,
Dé ciego, de su gusto con la senda!
¿Dónde quereis comer?—¡Ay triste caso!
¿Qué riña fué la que turbó esta calle?
Mas no me digas nada: lo sé todo.
Entra por mucho el odio en estas riñas,
Pero el amor por mucho más. Por tanto:

¡Oh pendenciero amor! ¡Oh amante odio!
¡Suma de todo, engendro de la nada!
¡Pesada liviandad! ¡vanidad grave!
¡Deforme caos de hechiceras formas!
¡Pluma de plomo! ¡reluciente humo!
¡Helado fuego! ¡robustez enferma!
Engañador letargo de desvelos,
Que no es lo que es! Tal es mi amor, Benvolio;
Amor de un alma que odia lo que siente.
¿Mas no te ries?

BEN. No, llorar quisiera.

ROM. ¿Por qué llorar?

BEN. De verte en tal estado.

ROM. Achaques son de amor. Gimo agobiado
Bajo la grave carga de mis penas.
No añadas á su peso las ajenas.
Pues ese amor que me demuestras tierno,
Con otro mal hará mi mal eterno.
Amor es humo que en volubles giros
Engendran vaporosos los suspiros:
Libre, cual fuego en ojos de amadores
Brilla tal vez; sujeto á mil rigores,
Es mar de llanto que esos ojos vierten.
Eso es no más: locura asaz sensata:
Es miel que ofrece vida, es hiel que mata.
Queda con Dios.

BEN. Detente, iré contigo.
Si así me dejas, no obras como amigo.

ROM. Yo no me encuentro; yo no soy Romeo:
En otra parte se halla, segun creo.

BEN. Dime con seriedad ¿quién es tu amada?

ROM. ¿Quieres que te lo diga sollozando?

BEN. No sollozando, no; mas con cordura.

ROM. Dile á un enfermo á quien la muerte apura
Que haga con seriedad su testamento:
Consejo ocioso fuera en tal momento.
De veras, pues: á una mujer adoro.

BEN. Ya lo supuse al sospechar que amabas.

Rom. Pues acertaste. Es bella la que adoro.
Ben. Razon de más porque al amor sucumba.
Rom. No atinas esta vez. Se burla altiva
Del dios Cupido, cual Diana esquiva.
De castidad armada, las pueriles
Armas desdeña del amor sutiles;
No sufre que la sitien con ternezas,
Ni que la asalten con miradas dulces,
Ni abre su seno al oro, cuyo brillo
Fuera capaz de seducir á un santo.
¡Ay, rica es en hechizos! Su riqueza
Empero morirá con su belleza.
Ben. ¿De suerte que ha jurado morir casta?
Rom. Sí tal: avara su beldad malgasta.
Es tan austera, que á la edad futura
Niega un reflejo fiel de su hermosura.
Es bella y es discreta en demasía,
É injusto fuera que ganara el cielo
Por casta, siendo causa de mi duelo;
Pues renegando del amor, la muerte
En vida me prepara de esa suerte.
Ben. Seguid vos mis consejos. Olvidadla;
No penseis más en ella.
Rom. Será fuerza
Que me enseñeis á no pensar primero.
Ben. Dad libertad completa á vuestros ojos:
Mirad otras bellezas.
Rom. De esa suerte
Me habrá de parecer mayor la suya.
Esas dichosas máscaras que encubren
El rostro de las damas, por ser negras,
Avivan nuestro afan de ver lo blanco
Que á nuestros ojos su negrura esconde.
El que se queda ciego, nunca olvida
De la alma vista el caro don perdido.
Aunque á la más hermosa me enseñaras
¿De qué me serviria su hermosura,
Sino de espejo en que los rasgos viera

De otra hermosura más que aquella rara?
Adios. No esperes que jamás la olvide.
BEN. Lo he de lograr: veremos quién lo impide.
(Vánse.)

## ESCENA II.

Una calle.

*Salen* CAPULETO, PÁRIS *y un* CRIADO.

CAP. Tambien para Montesco, mi adversario,
Es terminante la órden; y por cierto
A nuestra edad no es cosa muy difícil
Vivir en quieta paz.
PÁR. Los dos honrados
Y dignos sois, y es lástima que en guerra
Vivierais tantos años. Mas, decidme:
¿Qué contestais, señor, á mi demanda?
CAP. Lo que otras veces contesté repito:
Mi hija es aún novicia en este mundo;
Aún no ha cumplido sus catorce abriles.
Dejad siquiera que otros dos estíos
La flor lozana agosten, y entre tanto
Juzgadla tierna para ser esposa.
PÁR. Otras más tiernas son felices madres.
CAP. Y por lo mismo se marchitan pronto.
Todas mis esperanzas ménos ella
Me arrebató la tierra, y ella ahora
De mi vejez es la única esperanza.
Tratad de enamorarla, conde mio:
Mi voluntad no liga su albedrío;
Lograd su afecto, y si ella amor os muestra,
No os faltará mi apoyo; será vuestra.
Segun costumbre antigua, en mi morada
Habrá esta noche gente convidada:
Festejo á mis parientes y allegados.

No sois vos de los ménos estimados,
Y á acrecentar su número os convido:
Con vos habrá uno más, y bien venido.
Vereis resplandecer en mis umbrales
Esta noche cien astros terrenales.
Como el robusto labrador que advierte
Del crudo invierno la cercana muerte,
Cuando la primavera revestida
De galas mil alegre brota en vida,
Os henchireis de gozo al ver trocada
En un verjel de flores mi morada,
En un Eden florido.
Miradlas bien; prestad atento oido
A sus discursos, y elegid á aquella
Que á todas venza por discreta y bella.
Entre esa escuadra de beldad prolija,
Una de tantas, hallareis á mi hija;
Y los hechizos que os halagan tanto,
Podrán perder entónces todo encanto.
Venid conmigo. (Al criado.) Y tú recorre ahora
Las calles de Verona, y sin demora
Busca á los convidados
Cuyos nombres trazados
Vieres en este escrito, y di que ruego
Que se sirvan honrar mi fiesta luego.

(Vánse Capuleto y París.)

Cria. Busca sin demora á las personas cuyos nombres vieres en este escrito... Hay un refran que dice: Zapatero á tu jardin, y jardinero á tus zapatos; pescador á tus pinceles, y pintor á tus pescados; pero á mí me mandan que busque á las personas cuyos nombres están aquí escritos, y por más que me devano los sesos, no puedo dar con los nombres que aquí escribió el escribiente. Será forzoso acudir á los sabios.—En buen hora.

*Salen* BENVOLIO *y* ROMEO.

BEN. ¡Calla, hombre! un fuego á otro fuego apaga;
Un mal amengua de otro mal la pena;
La angustia de un dolor la de otro estraga;
Un vértigo otro vértigo serena:
Sirva al veneno antiguo de triaca
Nueva ponzoña, y tu dolor aplaca.

ROM. Buen remedio es el plátano para eso.

BEN. ¿Remedio para qué?

ROM. Para una herida.

BEN. Romeo, tú estás loco.

ROM. No, no loco:
Pero me tienen como á un loco, atado;
En negra cárcel preso y sin sustento;
Herido, atormentado, y... (Al criado.) ¡Buenas tardes!

CRIA. ¡Muy buenas tardes! ¿Sabeis leer, hidalgo?

ROM. Sí; mi destino en mi miseria leo.

CRIA. Tal vez lo aprendisteis sin libro. Pero, decidme, os ruego: ¿sabeis leer de corrido todo lo que veis?

ROM. Por cierto; si las letras sé y la lengua.

CRIA. Hablais como hombre honrado. Quedad con Dios.

ROM. Detente, que sé leer. (Lee.)
«El señor Martino, su esposa é hijas; el conde Anselmo y sus lindas hermanas; la señora viuda de Vitruvio; el señor Placencio y sus encantadoras sobrinas; Mercucio y su hermano Valentin; mi tio Capuleto, su esposa é hijas; mi bella sobrina Rosalía; Livia; el señor Valencio y su primo Teobaldo; Lucio y la risueña Helena.»
¡Brava reunion! ¿A dónde la convidan?

CRIA. Allá.

ROM. ¿A dónde? ¿á cenar?

CRIA. A nuestra casa.

ROM. ¿A cúya casa?
CRIA. A casa de mi amo.
ROM. Por cierto, hubiera debido preguntarte primero quién es tu amo.
CRIA. Pues os lo diré sin que me lo pregunteis. Mi amo es el noble y opulento Capuleto; y si vos no sois de la casa de los Montescos, os convido á beber una copa de vino; quedad con Dios.
(Váse.)

BEN. Al festin que hoy prepara Capuleto,
Segun antigua usanza, Rosalía,
La bella Rosalía que amas tanto,
Asistirá con todas las bellezas
Más raras de Verona. A él acude
Desprevenido el ánimo y la vista,
Y compara su rostro con algunos
Que yo te enseñaré: tendrás por cuervo
A la que juzgas blanco cisne ahora.
ROM. Si tal sucede, si mi experta vista,
Osa engañarme de tan triste modo,
Conviértanse mis lágrimas en llamas,
Y éstos, que tantas veces inundaron,
Mis trasparentes ojos, como herejes
Ardan por mentirosos en su fuego.
¡Más bellas que mi amor! El sol radiante,
Que todo lo ilumina y lo ve claro,
No vió su igual desde que el mundo es mundo.
BEN. Viéndola sin rival, la hallasteis bella,
Porque consigo misma competia
En vuestros ojos, y quedó sin tacha;
Pero dejad que juzguen vuestros ojos
De su valor con otra comparada
Que en el festin os mostraré, y apenas
Tendreis por bella entónces á la misma
Que hora juzgais portento de hermosura.
ROM. Iré al festin, mas no por ver tal dama;
Sino tan sólo por gozar tranquilo
Contemplando el tesoro que poseo. (Vánse.)

## ESCENA III.

Una sala de la casa de Capuleto.

*Salen* LA CONDESA DE CAPULETO *y el* AMA.

COND. ¿Ama, do está Julieta? Quiero hablarla.
AMA. Por mi virginidad á los diez años,
Que la mandé venir.—¡Pichona mia!
¿Qué hace esa niña? ¡Ven acá, Julieta!

*Sale* JULIETA.

JUL. ¿Qué ocurre? ¿Quién me llama?
AMA. Vuestra madre.
JUL. Pues héme aquí. ¿Qué me mandais, señora?
COND. El caso es este... Ama, véte afuera.
Es menester que hablemos en secreto.
Mas vuelve acá: más vale que te quedes.
Serás de nuestra plática testigo.
Ya va teniendo buena edad mi hija.
AMA. Nadie mejor que yo su edad conoce.
COND. Aún no ha cumplido los catorce abriles.
AMA. Catorce dientes apostara... (sólo
Me quedan cuatro ya por mi desdicha),
Que los catorce no cumplió. Decidme,
¿De aquí á San Pedro cuánto tiempo falta?
COND. Dos semanas y dias.
AMA. Pues entónces,
Precisamente por aquella fecha,
La víspera del dia de San Pedro,
Cumplirá por la noche los catorce.
Tenian una edad Susana y ella:
¡Dios dé su amparo á todo buen cristiano!
Con él está Susana. ¡Si era un ángel!
¡Ay! ¡harto buena para mí, y el mundo!
Pues como iba diciendo; por la noche,

La víspera del dia de San Pedro,
Julieta cumplirá catorce abriles.
Sí tal; bien lo recuerdo: once años hace
Que yo la desteté: fué por el año
Del terremoto; no lo olvido nunca.
Ajenjo en el pezon me dí aquel dia.
Tomando estaba el sol al pié del muro
Del palomar, y vos y vuestro esposo
En Mantua por entónces os hallabais.
Mirad si tengo ó no feliz memoria.
Pues como iba diciendo, cuando el labio
Aproximó al pezon, y del ajenjo
El amargor sintió, la pobrecilla
Echó á llorar, y con pueril enojo
La mano levantó contra mi seno.
El palomar crujió; y os aseguro
Que no hube menester que me dijeran
Que me pusiera en salvo. Desde entónces
Once años han pasado. Ya iba sola,
Corriendo y tropezando por doquiera.
Por cierto se cayó dos dias ántes,
Hiriéndose la frente; y mi marido...
(¡Dios le haya perdonado!) que era alegre,
La levantó del suelo, y dijo: «Julia,
¿Te caes de bruces, hija? Cuando tengas
Más experiencia te caeras de espaldas.
¿No es cierto, niña?» Y por la Vírgen juro
Que la criatura, serenando el rostro,
Le dijo: «Sí.» Mirad como esa broma
Hoy llega á ser verdad. Aunque viviese
Mil años, olvidarlo no podria.
«¿No es cierto, Julia?» dijo mi marido;
Y contestó ella: «Sí,» con faz risueña.

Cond. Basta, por Dios: te ruego que te calles.

Ama. Me callaré; mas fuerza es que me ria,
Pensando en aquel lance. «Sí,» le dijo,
Dejando de llorar; y os aseguro
Que le salió un chichon del rudo golpe,

Tan grande como un huevo de gallina.
«¿Te caes de bruces?» dijo mi marido;
»Pues con el tiempo te caerás de espaldas.
¿No es cierto, Julia?» Y la rapaza luego,
Dejando de llorar: «Si tal,» le dijo.

COND. Y deja tú de hablar, que es mucha historia.

AMA. ¡Silencio! ya acabé. ¡Dios te bendiga!
Nunca en mis brazos tuve otra tan bella.
Veré cumplidos todos mis deseos
El dia que te cases.

COND. De eso trato.
Por cierto el matrimonio es el asunto
En que pensaba hablar. Decid, Julieta:
¿Teneis inclinacion al matrimonio?

JUL. Es un honor en que no sueño nunca.

AMA. ¿Honor lo llamas? Si no fuera tu ama,
Dijera que mamaste con la leche
Ciencia y saber.

COND. Pensad, pues, en casaros.
Más jóvenes que vos hay en Verona
Damas de gran valer que ya son madres.
Si no recuerdo mal, por vuestros años
Llegué á ser madre, y vos aún sois doncella.
Sabed en breve, pues, que el noble Páris
Os ama, y para esposa os solicita.

AMA. ¡Ay qué hombre, amita mia! En todo el mundo
No hay otro más galan: ¡es un dechado!

COND. No hay flor como él en el verjel de Italia.

AMA. A fé que es una flor, y flor preciosa.

COND. Decid: ¿podreis amar al caballero?
Asistirá esta noche á nuestra fiesta.
Miradle bien: vereis en las facciones
Del jóven Páris, cuantos bellos rasgos
Trazó con su buril naturaleza.
Examinad por partes los hechizos
Que ese conjunto armónico componen.
Cuánta nobleza ocultan esos rasgos
Os lo dirán sus centelleantes ojos.

Tan sólo falta á tan galan amante
Esposa digna de él. La faz dorada
Del cristalino mar al pez oculta:
Así escondida bajo bellas formas
¿A quién no agrada hallar un alma noble?
No pocas veces fama adquiere el libro
Que la leyenda de oro entre dorados
Dibujos en sus páginas encierra.
Ligada de tal suerte á su valía,
Compartireis su brillo y su renombre,
Sin detrimento de la fama vuestra.

AMA. ¿Sin detrimento? No; mas con aumento:
Del hombre el trato á la mujer abulta.

COND. Sed breve, pues. Decidme si de Páris
Os halaga el amor.

JUL. Si la mirada
Puede engendrar amor, con buenos ojos
Le miraré, porque su amor me halague.
Pero tened por cierto que mis ojos
No pasarán, en su amoroso vuelo,
Del límite que vos les señalarais.

*Sale un* CRIADO.

CRIA. Señora, ya están aquí los convidados, la cena está servida, os llaman á vos, preguntan por la señorita, reniegan del ama en la dispensa, y todos andan apurados. Me voy, tengo que servir á la mesa. Venid pronto, os lo ruego.

COND. Vé, te seguimos. (Váse el criado.) Julia, el conde espera.

AMA. Vé, niña, y logra tras felices dias,
Felices noches, llenas de alegrías. (Vánse.)

## ESCENA IV.

Una calle.

*Salen* ROMEO, MERCUCIO, BENVOLIO, *con cinco ó seis enmascarados, hacheros y otros.*

ROM. ¿Qué hacemos, pues? ¿Decimos nuestra arenga
Por vía de disculpa, ó penetramos
En el festin sin dar excusa alguna?
BEN. Tales prolijidades hoy no cuadran.
No vamos á sacar al dios Cupido
Con venda y arco de pintado leño
A estilo de los tártaros feroces,
Para asustar las damas. No queremos
Que anuncie nuestra entrada, recitando
Con débil voz un prólogo leido
Por el apuntador. No, que murmuren
Y digan de nosotros lo que quieran:
Bailaremos un rato, aunque les pese,
Y nos iremos.
ROM. Bien. Dadme una antorcha.
Bailar no puedo: estoy de humor pesado.
Os haré luz.
MER. No tal, gentil Romeo;
Es menester que bailes.
ROM. Perdonadme:
Gozad vosotros, pues estais alegres,
Y ágiles piés teneis: yo tengo el alma
Grave cual plomo: al suelo me sujeta
De tal manera, que mover no puedo.
MER. Eres amante: pídele prestadas
Sus alas al amor, y con su auxilio
Verás con qué donaire te columpias.
ROM. Me tiene atravesado con su dardo
De tal manera, que me falta brio
Para cernirme con sus leves plumas.

Me tiene mi hondo duelo tan postrado
Que en vano intento sacudir su yugo.
Me agobia del amor la grave carga.
MER. No tal: vos sois quien al amor agobia
Con vuestra pesadez, que es harto grave
Para sufrirla un sér tan tierno y blando.
ROM. ¿Teneis, pues, al amor por cosa blanda?
¡Ah no! que es por demas violento y rudo,
De áspera condicion como el abrojo.
MER. Si es rudo amor, tratadle con rudeza:
Si os hiere aleve, á vuestra vez heridle,
Y al fin acabareis por domeñarle.
Dadme una funda en que ocultar mi rostro:
Tapemos una máscara con otra. (Se pone la máscara.)
Ahora que critique algun curioso
A su sabor los rasgos de mi cara:
Esta postiza faz de negro paño
Se encargará de enrojecer por ella.
BEN. Llamad y entremos, y en estando dentro
Dispóngase á bailar el que pudiere.
ROM. Dadme una antorcha: bailen los livianos
De corazon boyante, y con sus plantas
Saltando opriman los marchitos juncos (1);
Yo os serviré de candelero en tanto,
Cual mudo espectador de vuestro brío.
MER. No tal; es menester que te saquemos
De ese amoroso cieno en que te ahogas.
Pero ¿qué hacemos? ¿alumbrar el dia?
ROM. ¿Cómo alumbrar el dia, si es de noche?
MER. Quiero decir que consumir en balde,
Estando aquí parados, nuestras hachas,
Es tener una luz al sol radiante.
Fijaos en el sentido, no en la letra
De mi discurso, pues tal vez el labio
No acierta á interpretar el pensamiento.

---

(1) En tiempo de Shakspeare habia costumbre en Inglaterra de tapizar el piso de las habitaciones con juncos, en lugar de alfombras.

ROM. Estoy pensando en que más cuerdo fuera
Renunciar al festín.
MER. ¿Por qué? Sepamos.
ROM. Tuve esta noche un sueño.
MER. Y yo otro sueño.
ROM. ¿Y qué soñasteis vos?
MER. Que las más veces
Deliran los que sueñan.
ROM. No deliran;
Sueñan cosas verídicas.
MER. ¡Oh! entónces
Advierto que con vos anoche estuvo
La reina Mab, la diosa de los sueños,
Que es á la vez partera de las hadas.
Del tamaño de un ágata que adorna
De un concejal el índice carnoso,
Tirada por un tronco de bichitos,
Cruza por las narices de los hombres
Cuando dormidos en el lecho yacen.
Los rayos de las ruedas de su coche
Patas de araña son; alas de grillo
De cien cambiantes la cubierta forman;
Hebras sutiles que tejió la araña
Le sirven de tirantes; de colleras,
Los rayos trasparentes de la luna.
El látigo es de hueso de cigarra;
Su extremidad de imperceptible borra;
Y su cochero es un mosquito pardo,
Más diminuto que el gusano breve
Que ocioso dedo de doncella cria.
Cáscara hueca de avellana forma
La concha de su coche, obra, por cierto,
De alguna ardilla ó de roedor gorgojo,
Que fueron siempre, desde edad remota,
Fabricantes de coches de las hadas.
Con esta pompa, á paso de galope
Noche tras noche cruza misteriosa,
Ya por los sesos de un feliz amante,

Que desde luego con amores sueña,
De un cortesano ya las piernas roza,
Y sueña nada más que en cortesías;
De un escribano por los dedos pasa,
Y en pingües honorarios sueña al punto;
Ya de una dama por los rojos labios,
Que sueña que la besan; aunque á veces
El hada los castiga con ampollas,
Porque su aliento á golosinas huele.
Tal vez cruza veloz por las narices
De algun letrado, que gozoso al punto
Sueña con husmear la pista á un pleito;
Y tal vez con el rabo de un gorrino
En la nariz cosquillas hace á un cura;
Miéntras tranquilo duerme, y sueña entónces
Con alcanzar otra mayor prebenda.
Tal vez su coche por el cuello guia,
De un militar, quien con segar gargantas
De fieros enemigos sueña luego,
Con brechas y con hojas toledanas,
Con emboscadas y con tragos hondos
De cinco codos; y la bruja luego
Zumba en su oido. Al son de los tambores
El militar despierta, dando un brinco,
Y con el susto, renegando reza
Una oracion ó dos; de lado muda,
Y se vuelve á dormir. Esta es el hada
Que por la noche trenza cola y crines
A los caballos, y ensortija nudos
En sucias desgreñadas cabelleras,
Que una vez desligadas, pronostican
Desventuras sin fin. Esta es la bruja
Que oprime de las vírgenes el seno
Cuando yacen de espalda, y las enseña
A ser mujeres luego de buen porte.
Esta es la que...

Rom. Por Dios, Mercucio, calla:
Que hablas de nada.

MER. Cierto: hablo de sueños,
Que son creaciones de una mente ociosa,
Engendros de la loca fantasía,
Sutil y vaporosa como el aire,
Y más mudable que la brisa, que ora
Del frio Norte halaga el seno helado,
Y ora, irritada, resoplando vuelve
Su rostro al Sur cubierto de rocío.
BEN. Viento es tu charla; más no nos detengas;
Que ya estará la cena concluída,
Y por tu culpa llegaremos tarde.
ROM. Harto temprano temo que lleguemos:
Tengo un presentimiento que me augura
Que ha de serme fatal este sarao.
Algun suceso, cuyo ignoto giro
Saben los astros sólo, en esta fiesta
Tendrá su orígen, y esta odiada vida
Al fin me arrancará de las entrañas,
Merced á los amaños de la muerte.
Pero dirija el rumbo de mi vida
Aquel que la trazara. Caballeros,
Soy con vosotros.
BEN. Redoblad, tambores. (Vánse.)

## ESCENA V.

Una sala de la casa de Capuleto. Músicos de espera.

*Salen* CRIADOS *con servilletas.*

CRIA. 1.° ¿En dónde está Cazoleta, que no nos ayuda? ¡Llevar él una fuente! ¡Limpiar él una fuente!
CRIA. 2.° Cuando los buenos modales están todos en manos de uno ó dos hombres, manos no lavadas, por más señas, es cosa triste.
CRIA. 1.° Quita los bancos dobladeros, llévate tú el aparador, y ojo á la bajilla.—Tú, amigo,

guárdame un pedazo de mazapan; y si me quieres, dile al portero que abra la puerta á Susana y á Elena. ¡Antonio! ¡Cazoleta!

CRIA. 2.° Ya vamos, muchacho.

CRIA. 1.° Os necesitan y os llaman; preguntan por vosotros y os buscan, en la sala grande.

CRIA. 2.° No podemos estar aquí y allí al mismo tiempo.—Vivos, muchachos. Vamos listos una vez, y que cargue con todo el de más larga vida. (Se retiran.)

*Salen por un lado* CAPULETO, JULIETA *y otros de su familia; por otro huéspedes y enmascarados.*

CAP. Caballeros, salud, y bien venidos.
Las damas cuyos piés no ofenden callos
Bailarán con vosotros esta noche.
¡Ah, já! vamos á ver, señoras mías,
¿Cuál de vosotras á bailar se niega?
Pues juraré, par diez, que tiene callos
La que se muestra esquiva. ¿Os llego al vivo?
Otra vez bien venidos, caballeros.
Hubo un tiempo en que yo tambien gastaba
Careta, y suspiraba en los oidos
De lindas damas flores y ternezas,
Que tal vez escuchaban con agrado.
Pasó, pasó aquel tiempo. Caballeros,
Muy bien venidos.—Música, señores.—
Al baile, al baile.—Despejad, amigos.
A danzar, hijas mías.—Hola, mozos,
Dadnos más luz; llevaos aquellas mesas;
Matad la lumbre, que el calor es harto.—
No viene mal esta imprevista broma.
Pero siéntate, primo Capuleto;
Nosotros ya no estamos para bailes.
¿Cuántos años hará desde la fecha
Del último disfraz á que asistimos?

CAP. 2.° Treinta años por la Vírgen.

CAP. ¿Qué me cuentas?

Calla, hombre, no son tantos, no son tantos.
Fué el dia de la boda de Lucencio;
Venga Pentecostés cuando quisiere,
Hará veinte y cinco años; por entónces
Fuimos enmascarados á su fiesta.

CAP. 2.° Son más, son más; y en prueba de ello tiene
Treinta años su hijo.

CAP. ¿Qué decís? ¿Pues no hace
Dos años que salió de la tutela?

ROM. (A un criado.)
¿Qué dama es esa que enriquece el brazo
De aquel galan?

CRIA. Señor, no la conozco.

ROM. Excede su fulgor al de las teas.
En el misterio de la noche oscura
Parece como joya de gran precio
Al cuello de un etíope prendida.
¡Belleza sin igual! ¡Indignos de ella
Son los humanos y este bajo mundo!
Bien como blanca tórtola entre cuervos
A sus rivales vence en hermosura.
En acabando el baile, con la vista
La seguiré, veré do se coloca,
Y haré dichosa mi grosera mano
Tocándole la suya. ¿Acaso supe
Lo que era amor hasta este dulce instante?
Ojos, decid que no! Que hasta esta noche
No ví jamás belleza verdadera.

TEO. A juzgar por su voz, éste es Montesco.
—Tráeme mi estoque, tú.—¿Osa el villano
Penetrar hasta aquí, la faz cubierta
De una careta vil, para mofarse
En tal solemnidad de nuestros usos?
¡Por la honra acrisolada de mi estirpe,
No fuera criminal con darle muerte!

CAP. ¿Qué ocurre, primo? ¿por qué así te enojas?

TEO. Señor, aquel que veis es un Montesco;
Un enemigo nuestro; y el infame

Ha penetrado aquí para insultarnos,
Y mofarse esta noche de tu fiesta.

CAP. ¿Es el jóven Romeo?

TEO. El vil Romeo.

CAP. Templa tu enojo, en paz le deja, primo,
Se porta cual hidalgo respetuoso,
Y áun á decir verdad, Verona toda
Se precia de poseer en él á un hijo
De nobles prendas y virtud notable:
Por todo el oro que Verona encierra
No le ofendiera, hallándose en mi casa.
Ten calma, pues, y en él no más te ocupes.
Esta es mi voiuntad; si la respetas,
Muéstrate más jovial, descoge el ceño
Que tan mal cuadra en la hora de la fiesta.

TEO. No cuadra mal do hay huésped tan villano.
No aguanto su presencia en esta sala.

CAP. ¡La aguantarás! La aguantarás, te digo.
¿Te rebelas, muchacho? Calla y vete.
Veremos quién es amo de esta casa.
¿Que no la aguantarás? ¡Dios me perdone!
¿Querrás amotinar mis convidados?
¡Pues no faltaba más! ¡Habráse visto!...

TEO. Señor, es un bochorno.

CAP. ¡Calla, vete!
Eres un niño impertinente. ¡Hola!
¡Conque un bochorno! Mira, ten cuidado
Que no te cueste cara la insolencia.
¿Me quieres contrariar? Estás á tiempo.
—Bien dicho, amigos.—Insolente, véte.
Y silencio, ó...—Más luz, más luz.—¡Por vida!...
Mas yo te haré callar.—¡Animo, amigos!

TEO. La calma que me impone, el fiero enojo
Que arde en mis venas, al hallarse juntos,
Hacen temblar mi carne en fiera lucha.
Me iré; mas la dulzura de este encuentro
Convertirá mi enojo en hiel amarga. (Váse.)

ROM. (A Julieta.) Si con mi indigna mano

De este santurio la virtud profano,
Aplacaré feliz vuestros enojos
Con estos labios rojos,
Dos peregrinos de rubor cubiertos,
Borrando con un beso de ternura
El rudo tacto de mi mano impura.

JUL. Buen peregrino, haceis injusto agravio
A vuestra mano, por demas piadosa;
No es menester el labio:
Pues con su mano la del santo estrecha
Devoto el peregrino,
Y su alma generosa
Sólo al tocarla queda satisfecha.

ROM. Pero el santo divino
¿No tiene labios como el peregrino?

JUL. Labios que sólo en oracion emplea.

ROM. Deja, pues, santa amada,
Que llegue el labio do la mano osada.
En oracion tambien usarlo quiero:
Propicio á mi oracion tu pecho sea:
Mira, me desespero.

JUL. Aunque á tu ruego ceda;
El santo inmóvil queda.

ROM. Pues no te muevas y mi ruego cumple.
(La besa.)
Así tu labio purifica el mio.

JUL. Y de tus labios el pecado hereda.

ROM. ¿Pecado de mis labios? Pues entónces,
Devuélveme mi dicha y su pecado.

JUL. En esto de besar sois extremado.

AMA. Señora, vuestra madre hablaros quiere.

ROM. ¿Quién es su madre?

AMA. ¡Cómo, caballero!
Su madre es la señora de esta casa.
Una señora buena, y santa, y docta.
Crié á mi pecho á su hija, á quien hablasteis;
Y os juro que el galan que la consiga
Se llevará un tesoro.

ROM. ¡Oh suerte fiera!
¡Es de la estirpe vil de Capuleto!
Soy deudor de mi vida á mi enemigo.
BEN. Venid, que ya á su fin la fiesta toca.
ROM. La fiesta acaba, y mi dolor empieza.
CAP. No os vayais, caballeros, pues en breve
Os servirá mi gente un refrigerio.
¿Cómo? ¿insistís? Entónces, Dios os guarde.
Os agradezco á todos la asistencia.
Honrados caballeros, buenas noches.
—Más antorchas aquí.—Vamos al lecho:
Va siendo tarde.—A descansar, amigos.
(Vánse todos ménos Julieta y el ama.)
JUL. Ama, venid acá; decidme pronto
Quién es aquel galan.
AMA. Ese es el hijo
Y el heredero del señor Tiberio.
JUL. ¿Quién es aquel que por la puerta sale?
AMA. Que es el jóven Petruquio se me antoja.
JUL. ¿Y el que le sigue, el que bailar no quiso?
AMA. No sé.
JUL. Corre, pregúntale su nombre.
—¡Ay! si casado fuera, mi sepulcro
De tálamo nupcial me serviria.
AMA. Pues se llama Romeo; de la casa
De los Montescos es; única prole
Del más cruel de vuestros enemigos.
JUL. Sólo una enemistad mi pecho abriga,
Y de ella nace amor. ¡Ay! harto pronto
Te ví sin conocerte, y harto tarde
Te llego á conocer! ¡La suerte impía
Me obliga á amar al que odia el alma mia!
AMA. ¿Cómo? ¿qué es eso?
JUL. Un verso que en el baile
De un galan aprendí.
(Llaman dentro.) «¡Hija, Julieta!»
AMA. Ya va, ya va.—Venid, amita mia;
Los convidados ya se fueron todos. (Vánse.)

# ACTO II.

## PROLOGO.

*Sale el* CORO.

Una pasion antigua yace muerta,
Y otra pasion naciente
Para heredar su frenesí despierta.
La dama que tan bella parecia,
Por quien amor gemia
Y la muerte anhelaba, de repente
Perdió su encanto, y no parece bella
Con la tierna Julieta comparada,
Que es de Romeo amada,
Como él querido de ella:
Tal cambio obró el poder de la hermosura.
¡Mas ay! es menester que á su enemiga
Refiera él su querella;
Y á ella el destino sin piedad obliga
A arrebatar el cebo codiciado
Que amor le tiende, de terrible anzuelo.
Siendo enemigo de su estirpe, apenas
Podrá él hallar propicia coyuntura
Para contar sus penas
Y revelar su amor al sér amado;

Y ella, en igual cuidado,
Apenas ofrecer podrá consuelo
A su hondo y triste duelo.
Mas la pasion les da valor y brío,
Les da lugar el tiempo y su albedrío
Para colmar unidos su ventura,
Templando con dulzura
La saña y el rigor del hado impío. (Váse.)

## ESCENA PRIMERA.

Una plaza pública: en el fondo se ven las tapias del jardin de Capuleto.

*Sale* ROMEO.

ROM. ¿Cómo es posible que adelante siga,
Si dejo aquí mi corazon clavado?
Vuelve y tu centro busca, oh cuerpo inerte.
(Se encarama en la tapia y salta al otro lado.)

*Salen* BENVOLIO *y* MERCUCIO.

BEN. ¡Oye, Romeo! ¡Primo!
MER. Tiene seso,
Y fuése al lecho ya, por vida mia.
BEN. Corrió hácia aquí: le ví saltar la tapia
De aquella huerta. Llámale, Mercucio.
MER. Antes le voy á conjurar. ¡Romeo!
¡Pasion, amante, desvarío, loco!
Aparece en la forma de un suspiro,
Contesta recitando un solo verso,
Y estaré satisfecho: un ¡ay! exhala,
Aconsonanta amores con rigores,
Di á mi comadre Vénus un piropo,
Y pon un mote á su hijo ceguezuelo,
El niño Adan Cupido, cuya flecha
Fué tan certera cuando el rey Cofétua

Se enamoró de la mendiga hermosa (1).
Ni me oye, ni contesta, ni de vida
Señales da: ya es fuerza conjurarle.
Yo te conjuro por los claros ojos
De Rosalía, por su arcada frente,
Y rojos labios, por su pié pequeño,
Sus rectas piernas y carnosos muslos,
Y los demas parajes adyacentes,
Que te descubras en tu propio aspecto.

BEN. Le enojará tu arenga, si te escucha.

MER. Por eso no se enoja; se enojara
Si evocase un espíritu maligno
De su dama en el círculo, dejando
Que allí permaneciese, miéntras ella
Se diera maña en aplacar su furia.
Enojárase entónces con motivo;
Pero mi invocacion es justa y santa:
En nombre de su dama trato sólo
De evocarle por medio de conjuros.

BEN. Venid: se habrá ocultado entre estas ramas
Para asociarse con la quieta noche:
Ciego es su amor, y se halla bien á oscuras.

MER. Si fuera ciego amor, el blanco errara.
Estará cabe un níspero sentado,
Lamentando sin duda que no sea
Su dama de esas frutas que las niñas
Níspolas (2) llaman cuando á solas rien.
¡Ojalá! buen Romeo, ojalá fuera
Un *etcétera* abierto, y tú una pera.
Romeo, buenas noches; vóime al lecho,
Pues hallo el césped demasiado frio
Para que duerma bien. Decid ¿nos vamos?

BEN. Vámonos ya, porque es tarea vana
Buscar á quien no quiere ser hallado. (Vánse.)

---

(1) Se refiere al héroe de una balada antigua, publicada en la coleccion de Percy.

(2) Sin duda en tiempo de Shakspeare se daba una significacion obscena á esta palabra.

## ESCENA II.

El jardin de Capuleto.

*Sale* ROMEO.

ROM. Aquel que nunca tuvo herida alguna
Se burla alegre de la llaga ajena.

JULIETA *se asoma á una ventana.*

¡Calla! ¿Qué luz es la que allí despunta?
Ese balcon es el balcon de oriente,
Y Julieta es el sol. Sube radiante,
¡Oh hermoso sol! y con tus rayos mata
A la envidiosa luna, quien de pena
Pálida y triste está porque una ninfa
De su coro la vence en hermosura.
Por envidiosa, de servirla deja:
Tristes y amarillentas son sus galas,
Y necios los que de ellas se revisten.
Deséchalas, mi bien.—¡Ella es! ¡mi vida!
¡Es mi amor que se asoma! ¿Qué no diera
Porque supiese que es de mi alma dueño!
Habla; mas nada dice. Mas ¿qué importa?
Hablan sus ojos: les daré respuesta.
Asaz osado soy; no habló conmigo.
Del cielo dos de los más bellos astros,
Teniendo que alejarse de sus puestos,
Por merced solicitan de sus ojos
Que ocupen su lugar en la alta esfera,
Miéntras estén ausentes. Si por dicha
Estuvieran sus ojos en el cielo,
Dos astros en sus órbitas clavados,
El vivo resplandor de sus mejillas
Oscureciera el brillo de esos astros,
Como la luz del sol la de una tea:

Sus ojos desde el cielo derramaran
Tal torrente de luz, que á media noche
Las aves despertaran, y á la aurora
Saludarian con su voz canora.
¡Ahora en la mano apoya su mejilla!
¡Quién fuera el guante que esa mano cubre,
Para poder tocar esa mejilla!

JUL. ¡Ay! ¡ay de mí!

ROM. ¡Habló! ¡Habla de nuevo,
Angel divino! Estando tú allá arriba,
Radiante te apareces á la noche
Cual mensajero alado de los cielos
A los abiertos, deslumbrados ojos
De los mortales, que ávidos le miran,
Echando atras el cuerpo, cuando raudo
Huella las tardas, perezosas nubes,
Y flota sobre el seno de los aires.

JUL. ¡Romeo! ¡Romeo! ¿Por qué eres tú Romeo?
Reniega de tu padre y de tu nombre:
Si á tanto no te atreves, sé mi amante,
Y ya no me tendré por Capuleto.

ROM. ¿Qué hacer? ¿Sigo escuchando, ó la hablo ahora?

JUL. No tú, tu nombre sólo es mi enemigo:
El mismo fueras aunque no un Montesco.
¿Montesco qué es? A fe no es pié, ni mano,
Ni brazo, rostro, ni otra parte alguna
Del sér humano. ¡Oh, sé tú de otro nombre!
¿Qué importa el nombre? Lo que llaman rosa,
Con otro nombre, aroma igual tuviera.
Del mismo modo, mi gentil Romeo,
Aunque Romeo nunca se llamara,
Los raros dotes conservara todos
Que suyos son sin título ninguno.
Desecha, pues, tu nombre, mi Romeo;
Y en cambio de ese nombre que no es parte
De tu persona alguna, toma, oh, toma
Todo mi sér.

ROM. Te cojo la palabra:
Dame de amante tuyo el dulce nombre;
Me juzgaré de nuevo bautizado:
De hoy más, mi bien, no quiero ser Romeo.
JUL. ¿Quién eres tú, que envuelto en noche y sombras,
Sorprendes mis secretos de esta suerte?
ROM. Quien soy no sé decirte por el nombre:
Mi nombre, santa amada, me es odioso,
Porque ese nombre es enemigo tuyo.
Si lo tuviera escrito, lo rasgara.
JUL. Aún no han bebido ansiosas mis orejas
Palabras cien por esa voz formadas,
Y sin embargo, su eco reconozco.
¿No eres Romeo, di? ¿No eres Montesco?
ROM. ¡Ay! ni uno ni otro soy, ángel divino,
Si de los dos cualquiera te enfadare.
JUL. Di ¿cómo te has entrado, y con qué objeto?
Pues altas son las tapias de esta huerta,
Y casi inaccesibles; y este sitio
El de tu muerte fuera, si te hallase
Un deudo mio, siendo tú quien eres.
ROM. Salté la tapia con las leves alas
Que me prestó el amor: contra él los muros
De dura roca son reparo inútil,
Y á cuanto alcanza, á tanto amor se atreve.
Por tanto, no me arredran deudos tuyos.
JUL. Te matarán si acaso te descubren.
ROM. Hay en tus lindos ojos más peligro,
Que en veinte espadas suyas, prenda mia.
Mírame con amor, é invulnerable
Será mi cuerpo al filo de su enojo.
JUL. Un mundo diera porque no te viesen.
ROM. La noche me prestó su negro manto
Para ocultarme de su fiera vista.
Si tú me quieres, que me encuentren luego:
Morir más vale á manos de su enojo,
Que huir la muerte, y que tu amor me falte.

JUL. ¿Quién te sirvió de guía á mi morada?
ROM. Amor que me movió á pedir tus señas.
Dióme él consejo; díle yo mis ojos.
No soy piloto, y sin embargo, juro
Que si tú fueras la lejana playa
Que baña el más remoto de los mares,
Me aventurara en busca de tal joya.
JUL. Cubre mi rostro el velo de la noche;
Tiñera de otra suerte mi mejilla
Sonrojo virginal por las palabras
Que de mis labios esta noche oiste.
Quisiera parar mientes en la forma;
Quisiera desmentir, negar quisiera
Lo que ántes dije... Pero ¡adios, cumplidos!
¿Me quieres? Sé que afirmarás que me amas,
Y te creeré. Con todo, si jurases,
Pudieras quebrantar tu juramento;
Y diz que artero Júpiter se rie
Cuando oye votos de amador perjuro.
Gentil Romeo, si me quieres, dilo
Con fe sincera; y si tal vez sospechas
Que fácil soy y es blando asaz mi pecho,
El ceño arrugaré, pondréme cruda,
Y te diré que no, porque me ruegues;
Si tal no piensas, ni áun por todo el mundo.
Harto es mi amor, Montesco; á fe que es harto;
Tal vez por eso me creeras liviana.
No temas, no; seré más fiel que aquellas
Que son esquivas, porque más astutas.
Me es fuerza confesar que hubiera sido
Contigo más esquiva, si al acaso
No hubieseis escuchado de mi boca,
Sin que te viera, mi pasion ardiente.
Pordóname, por tanto, y no atribuyas
A liviandad mi fácil rendimiento,
Que sólo es obra de la noche umbría.
ROM. Mi bien, te juro por la blanca luna,
Que con sus blandos rayos argentea

Las copas de estos árboles frutales...
JUL. No jures, no, por la inconstante luna
Que, cada mes en su órbita girando,
De cerco muda, y cada noche es otra;
No sea que tu amor falaz imite
Su instable condicion.
ROM. ¿Por quién entónces
He de jurar?
JUL. De modo alguno jures,
O si es forzoso, jura por tí mismo,
Por tu persona, que es el dios que adoro,
Y te creeré.
ROM. ¡Si de mi amor la llama!...
JUL. No jures, no; por más que tu presencia
Me colma de alborozo, no querria
Celebrar esta noche tal contrato:
Es por demas violento y repentino,
Es imprudente, y harto se semeja
Al rayo que fulgura, y desparece
Antes que el labio diga: «¡Ved, el rayo!»
Retírate, mi bien: tal vez muy pronto,
Cuando te vuelva á ver, quizá este afecto
Que hoy es capullo, flor será galana,
Merced al dulce aliento del estío.
¡Adios! ¡Adios! y paz tan dulce y calma,
Como mi pecho goza, logre tu alma.
ROM. ¿Y me podrás dejar tan sin consuelo?
JUL. ¿Qué premio quieres que te dé esta noche?
ROM. En trueque de mi fe tu fe sincera.
JUL. ¡Ay! ántes te la dí que la pidieses;
Y que otra vez no pueda darla, siento!
ROM. ¿Arrabatármela otra vez querrias?
¿Por qué, mi bien?
JUL. Tan sólo por ser franca,
Y dártela otra vez; aunque eso fuera
Apetecer un bien que ya poseo.
Es como el mar que límite no tiene
Mi afan de dar, mi amor como él profundo;

Y cuanto más te doy, aún más me queda,
Pues infinitas son ambas pasiones.
(El ama llama dentro.)
Dentro oigo ruido. ¡Adios! en ti confio:
—Ama, ya voy.—Sé fiel, Montesco mio.
Aguarda aquí un instante, vuelvo al punto. (Váse.)
ROM. ¡Noche! ¡oh bendita noche! Temo sólo,
Que puesto que es de noche, un sueño sea
Todo esto, un sueño halagador y dulce
En demasía para ser un hecho.

JULIETA *vuelve á asomarse á la ventana.*

JUL. Tres palabras no más, y adios de veras.
Si de tu amor el sesgo honrado fuere,
Tu fin, casarte, mándame recado,
Por uno que mañana de mi parte
Iráte á ver, de dónde, cuándo y cómo
Intentas celebrar el sacro rito;
Y yo á tus piés pondré mi hacienda y vida,
Y seguiréte, ¡oh dueño! por el mundo.
AMA. (Dentro.) ¡Julieta!
JUL. —Al punto voy.—Mas si tus fines
Aviesos fueren, ruégote...
AMA. (Dentro.) ¡Julieta!
JUL. —Ya voy; ya voy.—Que cejes en tu empeño,
Dejándome anegar mi pena en llanto.
Mañana mandaré.
ROM. ¡Por la alma gloria...
JUL. ¡Mil veces buenas noches! (Váse.)
ROM. ¡No, peores
Mil veces han de ser sin tus fulgores!
En busca del amor amor afluye
Como escolar que de sus libros huye;
Mas cual rapaz, amor de amor se aleja,
Que triste el juego por los libros deja.
(Se aleja lentamente.)

*Vuelve á asomarse* JULIETA *á la ventana.*

JUL. ¡Pst! ¡pst! ¡Romeo! ¡pst! ¡Oh, quién tuviese
Voz de halconero para hendir los aires
Y reclamar al ave fugitiva!
Ronco es el cautiverio: hablar no puede
A voz en grito; de otra suerte el antro
En que Eco duerme reventara, y ronca
Más que mi voz su aérea voz pusiera,
El nombre repitiendo de Romeo.
ROM. La voz es de mi vida que me llama.
¡Cuán dulce suena el argentino acento
De los amantes en la quieta noche!
Cual música süave á atento oido.
JUL. ¡Romeo!
ROM. ¿Vida mia?
JUL. Dime á qué hora
He de mandar mañana al mensajero.
ROM. A la hora de las nueve.
JUL. Irá sin falta.
Un siglo es hasta entónces. No recuerdo
Ya con qué objeto te llamé.
ROM. Permite
Que aquí me quede en tanto que lo pienses.
JUL. La dicha de tenerte aquí tan cerca
Hará mi olvido eterno, recordando
Cuán grata me es tu dulce compañía.
ROM. Porque olvidando sigas, no he de irme,
Ni de otro hogar que de este he de acordarme.
JUL. De dia es ya. Quisiera que te fueras;
¡Mas ay! no más que el trecho que concede
Al pajarillo juguetona niña.
Le suelta de la mano, y deja ansiosa
Que se aleje brincando, cual cautivo
Con retorcidos grillos amarrado;
Y con la seda luego le sujeta,
Y lo vuelve á coger, tal ánsia siente
Al ver en libertad al preso amado.

Rom. ¡Quién fuera el pajarillo que mimaras!
Jul. Quisiera que lo fueras; aunque temo
Que te matara á fuerza de halagarte.
¡Adios! ¡adios! Amarga es la partida;
Tan dulce, empero, es esta despedida,
Que alejarme no sé de mi ventana,
Do te dijera adios hasta mañana. (Váse.)
Rom. Acuda el sueño á tus radiantes ojos,
Y á tu pecho la paz libre de enojos.
¡Quién fuera el sueño, quién la paz querida,
Que á tal reposo tu beldad convida!
Vóime de aquí á la celda donde mora
Mi confesor contrito, y sin demora
Quiero pedirle ayuda y darle cuenta
De la fortuna que mi pecho alienta. (Váse.)

## ESCENA III.

La celda de Fray Lorenzo.

*Sale* Fray Lorenzo *con una cesta.*

Fr. Lor. El alba con sus ojos cenicientos
Mira á la torva noche sonrïente,
Matizando con rayos de luz pura
Las nubes en oriente;
Y cual beodo con pisada incierta
Huye la noche oscura
Al ver la faz preclara
De Febo que despierta
Y el carro monta que Titan forjara.
Antes que el sol su roja lumbre vierta,
Regocijando el dia,
Secando el llanto de la noche fria,
He de llenar mi cesta de olorosas
Flores y verdes yerbas ponzoñosas.
Es á la vez la tierra madre y huesa,
De la feraz natura,

Y su materno seno
Es manantial de vida y sepultura
A sus pechos sus hijos
De varia condicion cria prolijos:
Muchos en muchos grados
Por sus raras virtudes estimados;
Pero ninguno hallamos tan exento
De virtud, que no ofrezca ya sustento,
Ya deleite ó remedio al pecho humano.
Innumerables son las ricas dotes
Que natura infundió con sábia mano
En las yerbas, las plantas y las piedras,
Cuya virtud oculta es infinita.
El sér más vil que la alma tierra habita
No deja de rendirle algun provecho;
El sér más noble que en su seno alienta,
Utilizado con aviesos fines,
Causa es tal vez de daño y vil afrenta.
La virtud misma en vicio se convierte,
Si la maldad su rectitud pervierte;
Y el varonil esfuerzo, al bien propicio,
Logra tal vez ennoblecer el vicio.
En el capullo de esta flor naciente
Dormidos yacen en un mismo seno
Medicinal poder, mortal veneno,
Que juntos brotan de una misma fuente;
Pues su fragancia olida,
A los sentidos da deleite y vida;
Pero aplicada al labio, la flor grata
El corazon con los sentidos mata.
No de otra suerte encierra
La condicion humana
Dos reyes que se mueven cruda guerra,
El uno la humildad, el otro fiero
Es la pasion tirana;
Y allí do predomina el más austero,
Pronto la muerte con airada mano
Mata la planta cual roedor gusano.

*Sale* ROMEO.

ROM. Guárdeos el cielo, padre.
FR. LOR. Él dete ayuda.
¿Quién con tal dulce acento me saluda
Al despuntar gozosa la mañana?
Huir el lecho en hora tan temprana,
Hijo, revela un ánimo intranquilo.
En la pupila del caduco anciano
Fija el cuidado su constante asiento,
Y donde reina la inquietud, en vano
Busca el reposo sosegado asilo.
Pero en el lecho do sus miembros tiende
La juventud sin duelo ni quebranto,
Libre de pena y llanto
Reina el dorado sueño,
Y pródigo derrama su beleño.
Por tanto, tu visita matutina
Me anuncia que un pesar la causa ha sido
De que á deshora el lecho hayas dejado:
Y si no fuera así... ya, ya lo acierto:
La noche entera en vela habrás pasado.
ROM. Esto último es lo cierto:
Con más dulzura reposé despierto.
FR. LOR. ¡Dios te haya perdonado!
¿Estuviste tal vez con Rosalía?
ROM. ¿Con Rosalía, padre? No, su nombre
Extraño es á mi oido,
Ni da á su amor cabida el ama mia.
FR. LOR. Así te quiero. ¿Entónces dó estuviste?
ROM. Sabedlo de una vez, sin más rodeos:
Estuve en el festin de mi enemigo,
Do de improviso recibí una herida
Y dí otra en cambio. Sólo vuestras manos
Podrán dejar á entrambos pechos sanos.
Ya veis que odio ninguno en mí se anida,
Pues intercedo en pro de mi adversario
Como si fuera mi mejor amigo.

Fr. Lor. Háblame con llaneza,
Si quieres que remedie tu tristeza.
De tu venida en breve di el objeto.
Rom. En breve, pues, sabed que estoy prendado
De la hija del valiente Capuleto,
Y como la amo, así soy de ella amado.
Todo está concertado:
Tan sólo falta que ante el ara santa
Bendigais nuestro enlace.
Luego os referiré, si oirlo os place,
El cómo, el cuándo, y el lugar en donde
La ví por vez primera,
Y nos juramos mutua fe sincera.
Ahora, sólo os pide el alma mia
Que nos querais casar en este dia.
Fr. Lor. ¡Válgame San Francisco! ¡y qué mudanza!
¿Tan pronto has olvidado á Rosalía,
En quien tu amor cifrabas y esperanza?
En los primeros años de la vida,
No es el corazon, es en los ojos,
Donde el amor se anida.
¡Vírgen María! ¡qué copioso llanto
Te hizo verter cruel con sus antojos!
Y hora cual hueco son que lleva el viento
Se disipó tu amor y tu quebranto.
Aún no logró barrer el sol la bruma
Que suspirando amontonó tu aliento,
Aún suena en mis oidos
El triste querellar de tus gemidos,
Aún surca tu mejilla no borrada
La huella de una lágrima olvidada.
¿No era entre todas ella
La más apuesta y bella?
¿No me dijiste que era Rosalía
Única causa de tu pena impía?
Y hora la dejas y falaz te mudas.
En la mujer no busques entereza,
Ya que en la fe del hombre no hay firmeza.

ROM. ¿No censurasteis con palabras crudas
Más de una vez mi amor á Rosalía?
FR. LOR. No tu amor, tu locura y tu porfía.
ROM. ¿No me mandasteis sofocar mi llama?
FR. LOR. Mas no para encender mayor incendio.
ROM. Por Dios, no me riñais; porque mi dama
Con fe sincera me ama,
Y con amor responde al amor mio;
Y la otra tal no hacia.
FR. LOR. Es que ella bien sabia,
Que tu fugaz deseo
Era tan sólo vano devaneo.
Sígueme, loco amante:
Aunque en amar te muestres inconstante,
Razon hay que me obligue á darte ayuda.
Confio en que esta union será bastante
A trocar en amor la fiera saña
Que á vuestras casas, en contienda ruda,
Con torrentes de sangre y luto baña.
ROM. Partamos, pues, mi plan premura pide.
FR. LOR. Vamos despacio y con razon entera,
Pues suele tropezar aquel que mide
Con raudo paso ansioso la carrera. (Vánse.)

## ESCENA IV.

Una calle.

*Salen* BENVOLIO *y* MERCUCIO.

MER. ¿En dónde diablos estará Romeo?
¿Sabeis si á casa regresó esta noche?
BEN. No á casa de sus padres, pues há poco
Hablé con su criado.
MER. ¡Vive el cielo!
Esa muchacha de amarillo rostro
Y sin entrañas, esa Rosalía

De tal manera al mísero atormenta,
Que ciertamente volveráse loco.

BEN. Teobaldo, el primo aquel de Capuleto,
Mandó una carta á casa de su padre.

MER. ¡Por mi vida, un cartel de desafío!

BEN. No dejará de contestar Romeo.

MER. Cualquiera que sepa escribir puede contestar á una carta.

BEN. Es que contestará al dueño de la carta, y aceptará el reto, si osa retarlo.

MER. ¡Ay! ¡pobre Romeo! está ya difunto, atravesado por los ojos negros de una niña de blanca tez; arcabuceado por el oido con una cancion de amor; el ceguezuelo archero le ha traspasado el corazon con su mejor flecha; ¿y ha de ser él hombre para afrontar á Teobaldo?

BEN. ¿Pues quién es Teobaldo?

MER. No es ningun héroe de salon, te lo aseguro. ¡Oh, es un valiente; la nata y flor de espadachines! Se bate con la misma frescura con que cantaras tú una tonada: guarda compas, distancia y proporcion: se pone en guardia; uno, dos, y la tercera en el pecho de su adversario. Bravo acuchillador de ropillas; es un duelista, un verdadero duelista; es un caballero de los más nobles, siempre dispuesto á reñir con cualquier pretexto. ¡Ah! ¡el inmortal *passato*, el *punto reverso*, el *hai!* (1).

BEN. ¿El qué?

MER. ¡El diablo que confunda á estos matones de nuevo cuño con sus bufonadas, sus gestos y dichos afectados!—«¡Qué bella hoja, qué buen mozo, qué brava ramera!»—Decid, oh abuelo: ¿no es triste cosa que nos veamos plagados de estos insectos extraños, estos tratantes en mo-

(1) Los términos de la esgrima moderna proceden de Italia. El *¡hait* es el grito que se da al herir al adversario.

das, estos *pardonnez-moi* (1), tan dados á lo nuevo que desdeñan todo lo que huele á antiguo? ¡Oh! ¡qué necios, qué necios!

*Sale* Romeo.

Ben. Aquí viene Romeo, aquí viene Romeo.

Mer. Más enjuto que un arenque. ¡Oh, robustez, robustez! ¿Qué es de tu lozanía? Miradle; está ahora entregado á la tierna musa del Petrarca. Comparada con su dama, fué Laura una fregona (aunque, por cierto, tuvo mejor poeta que cantara sus hechizos); Dido una dueña; Cleopatra una gitana; Helena y Hero tarascas y rameras; Tisbe no tenia malos ojos, pero ¿qué habia de competir ella con su dama? —Señor Romeo, *bon jour*: hé ahí un saludo frances que cuadra bien con vuestros gregüescos á la francesa. Por cierto que os despedisteis de nosotros anoche tambien á la francesa.

Rom. Muy buenos dias, caballeros. ¿Cómo á la francesa?

Mer. Que nos dejasteis sin decir oste ni moste.

Rom. Perdóname, buen Mercucio; mis negocios exigian premura, y en tales casos el hombre está dispensado de pararse en cumplidos (2).

Mer. ¡Hola! te has vuelto sociable; hablas como un hombre; ya eres otra vez Romeo. ¿No vale más pasar el tiempo en gastar malas bromas, que en suspirar y llorar de amor?

Rom. Mirad qué lujosa comitiva.

---

(1) Critica el autor las frases de nuevo cuño y de procedencia francesa, de que solian usar los petimetres de su tiempo.

(2) Sigue á este párrafo un trozo en que Romeo y Mercucio sostienen entre sí un desafío de palabras, chistes y cuchufletas ininteligibles, y de todo punto imposibles de traducir. En disculpa de la libertad que me he tomado al hacer esta omision, diré tan sólo que el aleman Schlegel, á pesar de la gran semejanza que existe entre el idioma aleman y el inglés, no se ha sentido con fuerzas bastantes á reproducir este trozo en su afamada traduccion.

*Salen el* AMA *y* PEDRO.

MER. ¡Una vela, una vela!
BEN. ¡Dos, dos! ¡Una saya y una chupa!
AMA. ¡Pedro!
PED. Ya voy.
AMA. Mi abanico, Pedro.
MER. Por Dios, Pedro, dáselo para que se tape la cara. Es más hermoso su abanico que su rostro.
AMA. Buenos dias os dé Dios, caballeros.
MER. Buenas tardes os dé Dios, hermosa dama.
AMA. ¿Por qué buenas tardes?
MER. Porque la lasciva mano del reloj apunta ya á las partes de la tarde.
AMA. ¡Alabado sea Dios! ¿Qué hombre es este?
MER. Un hombre, señora, que Dios crió, con el solo objeto de echar su obra á perder.
AMA. ¡Bravo, bien dicho! ¡Con el solo objeto de echar su obra á perder!—Pero, caballeros, ¿me podrá decir alguno de vosotros dónde encontraré al jóven Romeo?
ROM. Yo os lo podré decir. Pero el jóven Romeo será algo más viejo cuando le halleis de lo que era cuando le buscabais. Yo soy el más jóven de ese nombre, por falta de otro peor.
AMA. Decís bien.
MER. ¡Hola! ¿lo peor os parece bien? Muy bien entendido, á fe. ¡Qué talento! ¡qué talento!
AMA. Si sois vos Romeo, permitid que os diga una palabra en secreto.
BEN. Le querrá dar una cita para esta noche.
MER. ¡Una alcahueta! ¡una alcahueta! ¡Hola, hola!
ROM. ¿Qué sucede?
MER. Hay caza fresca ¿eh? Romeo, no dejes de ir á casa de tu padre, pues comeremos allí (1).

(1) Me he atrevido á hacer aquí una ligera supresion en el texto, por la razon ya expuesta.

Rom. Os seguiré.

Mer. Quedad con Dios, hermosa anciana. ¡Adios! ¡hermosa! ¡hermosa! ¡hermosa!

(Vánse Mercucio y Benvolio.)

Ama. ¡Gracias á Dios que se fué! Decidme os ruego: ¿quién es ese impertinente, tan lleno de picardías?

Rom. Un caballero, ama, que gusta de oirse hablar, y que echará á volar más palabras en un minuto, de las que es capaz de abonar con sus obras en un mes.

Ama. Pues como hable mal de mí, se las he de hacer pagar, aunque tuviese más brios de los que tiene, á él y á otros veinte como él; y si yo no me atrevo á hacerlo por mí misma, otros hay que lo harán por mí. ¡Vaya! ¡El muy insolente! ¿Por quién me ha tomado? No soy yo mujer de esos tratos.—¿Y tú te estás ahí con esa frescura oyéndolo todo, y dejas que cualquier pícaro me maltrate á su sabor?

Ped. Yo no he visto que ningun pícaro os haya tratado á su sabor; de otra suerte, pronto hubiera desenvainado mi hoja, os lo aseguro. Soy tan listo como el que más en echar mano á mi tizona, siempre que la riña sea honrosa, y tenga la justicia de mi parte.

Ama. ¡Vive Dios! estoy tan corrida que me tiemblan las carnes por todo el cuerpo. ¡Insolente! —Escuchad una palabra, caballero. Como os iba diciendo, mi señorita me mandó en busca vuestra. En cuanto á lo que me mandó deciros, eso lo guardo para mí; pero ante todo es menester que os diga, que si vos no tuvierais otro objeto que el de engatusarla, como quien dice, fuera, fuera una picardía, como quien dice; porque la dama es jóven, y por tanto, si jugarais con doble baraja con ella, fuera obrar de un modo indigno para con una doncella, á fe que fuera proceder con ligereza.

ROM. Ama, encomiéndame á tu señora. Yo te protesto...

AMA. No temais: se lo diré. ¡Señor, señor, y qué gozosa se pondrá!

ROM. ¿Pero qué le vas á decir, ama, si no me atiendes?

AMA. La diré que habeis protestado, lo cual, á mi entender, es obrar como caballero.

ROM. Pues dile que discurra algun pretexto
Para irse á confesar luego á la tarde:
La aguardaré en la celda de Lorenzo,
Que oirá su confesion, y en santo lazo
Luego nos unirá. Toma esta bolsa.

AMA. No, señor, á fe mia, ni una blanca.

ROM. Toma, te digo; mira que lo mando.

AMA. ¿Esta tarde, decís? Irá sin duda.

ROM. Tú aguarda tras las tapias del convento:
Allí te entregará, dentro de un hora,
Mi criado, de cuerdas retorcida
Una escalera que en la noche oscura
Me ayudará á subir al alto tope
De mi celeste dicha. Vé en buen hora.
Sé fiel. Sabré recompensar tu celo.
¡Vete con Dios! Salúdame á Julieta.

AMA. Dios os bendiga. Oid una palabra.

ROM. ¿Qué quieres, ama?

AMA. ¿Callará el lacayo?
¿Nunca oisteis decir que el que es discreto,
Sólo á su pecho fia su secreto?

ROM. Es fiel como el acero mi criado.

AMA. Pues bien, caballero; mi señorita es la más linda de las criaturas. ¡Dios mio! ¡Dios mio! Si la hubierais conocido cuando era pequeñuela!... Pues anda por ahí un caballero, un tal Páris, que bien quisiera poner hacha á bordo; pero ella, alma bendita, más quisiera ver á un sapo, sí, á un feo sapo, que á él. Por enojarla á veces suelo decir que Páris es el mejor

mozo de los dos; debierais ver entónces cual se pone; amarilla como la cera. Decidme, ¿no empiezan romero y Romeo con una misma letra?

ROM. Por cierto, ama; ambos empiezan con R.

AMA. ¡Calla, burlon! ¿Cómo con R? ¡Si hace un zumbido como una rueca! Ya sé yo que empieza vuestro nombre con otra letra. Y ella sabe de memoria mil refranes y letrillas sobre Romeo y romero, que os diera gusto el oirla.

ROM. Salúdame á Julieta.

AMA. Lo haré mil y mil veces.—¡Pedro!

PED. Ya voy.

AMA. Toma mi abanico, Pedro, y vé delante. (Vánse.)

## ESCENA V.

El jardin de Capuleto.

*Sale* JULIETA.

JUL. Las nueve dieron cuando fuése el ama,
Y prometió volver en media hora.
¿Tal vez no le habrá hallado! No es posible.
¡Oh! ¡está baldada!—El pensamiento sólo
De amor debiera ser el mensajero;
El pensamiento que más raudo vuela
Que los rayos del sol cuando las pardas
Sombras ahuyentan tras los altos montes.
Por eso tiran del dorado carro
Del dios Amor alígeras palomas,
Y tiene, raudo más que el leve viento,
Alas Cupido. Ahora el sol traspone
De su jornada la más alta cumbre.
De nueve á doce van tres horas largas,
Y el ama aún no regresa; si tuviese
Ardiente corazon y sangre jóven,

Volara más ligera que una flecha:
Mi voz el arco fuera que á mi amante
Rauda la disparara, y con la suya,
La flecha él de retorno mandaria.
Pero la ancianidad se finge muerta:
Pesada es como el plomo, y torpe y yerta.

*Salen el* AMA *y* PEDRO.

¡Oh Dios! ya viene. ¡Ay ama de mi vida!
¿Qué nuevas traes? ¿Le has visto? Dilo pronto.
¿Diste con él?—Despide á tu escudero.

AMA. Vete allá fuera, Pedro. (Váse Pedro.)

JUL. Vamos, ama.
¡Qué séria estás! ¡Dios mio! Si son tristes
Tus nuevas, dilas con alegre rostro;
Si buenas, ¡ay! ofendes la armonía
De nuevas tan felices, al verterlas
En mis oidos con tan triste rostro.

AMA. Estoy rendida. Dadme tregua un rato.
¡Qué sofocon! ¡Mis huesos! ¡cuál me duelen!

JUL. ¡Tuvieras tú mis huesos, yo tus nuevas!
Mas dilas ya, te ruego; habla, ama mia.

AMA. ¡Jesus! ¡qué prisas! Aguardad un rato.
¿Pues no estais viendo que me falta aliento?

JUL. ¿Cómo te falta aliento, si te sobra
Para decirme que te falta aliento?
Más larga es la disculpa con que aplazas
La relacion que aguardo, que el relato
Que tratas de aplazar con tus excusas.
¿Son buenas ó son malas tus noticias?
Respóndeme á eso nada más, y firme
Aguardaré el relato de los hechos.
Sepamos, pues: ¿son buenas ó son malas?

AMA. ¡Ay! ¡y qué mala eleccion habeis tenido!
¡No sabeis elegir marido, que digamos! ¿Romeo? ¡Bah! aunque tenga mejor cara que los demas, lo que es su pierna no tiene rival; y en

cuanto á su mano, su pié y su apostura, vamos, aunque no tienen nada de particular, con todo, no hay cosa con que compararlos. No es la nata y flor de la cortesanía; pero apostaré la vida que es manso como un cordero. ¡Sea en buen hora, hija, y teme á Dios! ¿Has comido en casa?

JUL. No, no; mas eso ya ántes lo sabia.
¿Qué dice de la boda? Vamos, dime.

AMA. ¡Dios mio! ¡Qué sofoco! ¡Qué cabeza!
¡Cómo palpitan estas sienes! Temo
Que estalle mi cabeza en mil pedazos.
De otra parte mi espalda. ¡Ay mis riñones!
¡Mal haya vuestro corazon sencillo
Que me obliga á correr de ceca en meca,
Cavándome la tumba ántes de tiempo.

JUL. A fe que tu dolencia me contrista;
Pero, ama mia, di, querida, dime
Qué te dijo mi amor; acaba, dilo.

AMA. Habló tu amante cual caballero honrado, y cortés, y amable, y galan, y virtuoso, te lo aseguro.—¿Dónde está tu madre?

JUL. ¿Do está mi madre? Dentro está; pues ¿dónde
Debiera estar? ¡Qué extraño modo tienes,
Ama, de contestar!—«Habló tu amante
Cual caballero.—¿Dónde está tu madre?»

AMA. ¡Válgame Dios! ¿estais ya tan ardiente?
¡Oh pecadora! ¡Buena cataplasma
Para curar mis dislocados huesos!
De hoy más, sed vuestra propia mensajera.

JUL. ¡Qué confusion! ¿Romeo, qué te dijo?

AMA. ¿Teneis permiso para confesaros?

JUL. Sí tal.

AMA. Pues á la celda de Lorenzo
Luego acudid: allí un marido aguarda
Que piensa hacer de vos su fiel esposa.
Ya sube á vuestra faz liviana sangre,
Y roja se pondrá cual la escarlata

A la primer noticia. Id á la iglesia.
Yo en tanto iré por otro lado en busca
De la escalera; de ella, vuestro amante
Se servirá para escalar en breve,
Al acudir la noche, cierto nido.
La pena es mia, y vuestro el embeleso;
Pero esta noche llevareis buen peso.
Id á la celda, pues; yo á mi comida.
JUL. ¡Mi dicha allí me espera! ¡Adios, querida! (Vánse.)

## ESCENA VI.

La celda de Fray Lorenzo.

*Salen* FRAY LORENZO *y* ROMEO.

FR. LOR. Contemple el cielo con benignos ojos
Tan santa union, no nos castigue luego
El tiempo porvenir con honda pena.
ROM. ¡Amén! ¡amén! Mas aunque el duelo caiga
Sobre mi frente con su peso todo,
Contrapesar jamás podrá la dicha
Que una mirada suya me concede.
Anuda estrechamente nuestras manos
Conforme al sacro rito, y ponga entónces
Todo por obra la enemiga cruda
Del dulce amor, la despiadada muerte:
Me basta con poder llamarla mia.
FR. LOR. Violentos goces fin violento logran;
Fenecen en su triunfo, y se consumen
Como el fuego y la pólvora al besarse.
De puro deliciosa al labio ofende
La rica miel: su exceso de dulzura
Hastío da. Por tanto, con templanza
Trata de amar, cual ama amor constante.
El que se afana mucho llega acaso
Tan tarde como aquel que acorta el paso.

*Sale* JULIETA.

La dama aquí se acerca; apenas huella
Con sus ligeros piés la flor naciente.
Es tan liviano amor, que los amantes
Bien pudieran pisar la leve bruma
Que el cefirillo mece, y no caerse.

JUL. Felices tardes, reverendo padre.

FR. LOR. Gracias por ambos te dará Romeo.

JUL. Le incluyo en mi saludo, de otra suerte
Fuera excesiva, á fe, su cortesía.

ROM. Julieta mia, si tu dicha es tanta,
Tu gozo tan cumplido como el mio,
Y tienes más destreza en adornarle,
Endulza con tu voz la blanda brisa
Que nos orea, y deja que tu canto
Proclame la ventura que en ti, amada,
Y en mí despierta tan feliz encuentro.

JUL. Más rico en obras que en palabras huecas,
El verdadero amor se enorgullece
De su fuerza y poder, no de sus galas:
Sólo el mendigo su fortuna cuenta.
Guarda de amor mi pecho tal tesoro,
Que ya no admite cuenta su valía.

FR. LOR. Venid conmigo, y manos á la obra.
No habeis de estar á solas un momento
Miéntras no os ligue en uno el sacramento.
(Vánse.)

# ACTO III.

## ESCENA PRIMERA.

Una plaza pública.

*Salen* MERCUCIO, BENVOLIO, *un* PAJE *y* CRIADOS.

BEN. Por favor, retirémonos, Mercucio;
Mucho calienta el sol, y por las calles
Vagando van los fieros Capuletos,
Y si nos encontramos habrá riña:
Con el calor la loca sangre hierve.

MER. Tú eres de aquellos que, cuando traspasan el umbral de una taberna pegan con su espada en la mesa, diciendo: Dios quiera que no te haya menester; y ántes de vaciar la segunda copa, la esgrimen contra el mozo, cuando en verdad nada de eso es menester.

BEN. ¿Soy yo tan quimerista acaso?

MER. Vamos, que cuando te da por reñir, no hay otro más pendenciero en toda Italia, ni que más pronto se pique, ni que, estando picado, tenga peores pulgas.

BEN. ¿Y qué más?

MER. Pues; si hubiera dos como tú en el mundo, pronto no quedara ninguno; el uno mataria al otro. Si eres capaz de reñir con un hombre sólo

porque tenga un pelo más ó ménos en la barba que tú. Eres capaz de reñir con un hombre porque le ves rompiendo nueces, no por otra razon, sino porque son tus ojos de color de avellana. ¿Qué ojos sino los tuyos vieran en eso motivo alguno de riña? Más quimeras encierra tu cráneo que sustancia contiene un huevo; y no escarmientas, á pesar de que por reñir te han puesto la cabeza más blanda que una yema. Reñiste una vez con uno porque tosiendo en la calle despertó á tu perro que dormia al sol. ¿No te peleaste con un sastre sólo por estrenar su chupa nueva ántes de Pascua? ¿Y con otro porque llevaba atados sus zapatos nuevos con cinta vieja? ¡Y ahora me vienes dando consejos á mí para que no riña!

BEN. Si fuera tan quimerista como tú, ¿quién me asegurara la vida ni por espacio de media hora siquiera?

MER. ¿Asegurar tu vida? ¡Bobo!

BEN. ¡Por mi vida, que aquí vienen los Capuletos!

*Salen* TEOBALDO *y otros.*

MER. ¡Por mi sayo que no se me da un ardite!

TEO. Seguidme de cerca, pues voy á hablarles. ¡Caballeros, salud! Quisiera hablar una palabra con uno de vosotros.

MER. ¿Nada más que una palabra con uno de nosotros? Que sea algo más que una palabra: por ejemplo, una palabra y un golpe.

TEO. Harto dispuesto me hallareis á darlo, si me dierais ocasion para ello.

MER. Y no os la podriais tomar, sin que os la dieran?

TEO. Mercucio, te conciertas con Romeo.

MER. ¿Te conciertas! ¿Pues qué! ¿nos tomas acaso por músicos? Pues si nos tomas por músicos,

no esperes oir sino disonancias. Hé aquí mi arco de violin: hé aquí lo que te hará bailar. ¡Por vida del concierto!

TEO. Hablamos aquí en público; ó al punto
Busquemos un lugar más retirado,
O habla de tus agravios con templanza,
O calla y vété, aquí nos ven las gentes.

MER. Para eso tienen ojos en la cara.
Miren lo que quisieren; no me muevo
Ni áun para darle gusto al más pintado.

*Sale* ROMEO.

TEO. Idos en paz, aquí se acerca mi hombre.

MER. Pues que me maten si tu escudo lleva.
Al campo sal, te seguirá, y entónces,
Con más razon podrás llamarle tuyo.

TEO. (A Romeo.)
El odio que me inspiras, no consiente
Que te salude sino así:—¡Villano!

ROM. Teobaldo, la razon que para amarte
Tengo, me mueve á sofocar la saña
Que tu incivil saludo bien merece.
No soy villano. ¡Adios! no me conoces.

TEO. Rapaz, no ha de ser parte tu bajeza,
A borrar los agravios que me has hecho.
Detente, pues, y tira de tu espada.

ROM. Protesto que no te hice agravio nunca;
Antes te quiero más de lo que piensas,
Pues aún ignoras de mi amor la causa.
Y así, buen Capuleto, cuyo nombre
Estimo en más que el mio, vé en buenhora.

MER. ¡Oh, baja, vil y vergonzosa calma!
¿*A la stoccata* (1) se nos lleva el triunfo?
¡Seor matachin, Teobaldo, soy contigo!

TEO. ¿Qué quieres tú de mí?

(1) Mote que pone á Teobaldo por su destreza en el manejo de las armas.

MER. Buen rey de gatos, nada más que una de tus nueve vidas. Veremos lo que haga de las otras ocho, segun te portes luego. Tira de las orejas de tu hoja y sácala de la vaina, si no quieres que con mi acero te caliente las orejas ántes que la tengas fuera. (Desenvainan.)

TEO. Me tienes á tus órdenes.

ROM. ¡Amigo!
¡Mercucio, por favor, envaina tu hoja!

MER. Vamos, galan, enséñame esa finta. (Riñen.)

ROM. Desenvainad, Benvolio, y separadlos.
Caballeros, por Dios, ¿qué tropelía
Es esta? ¡Oid! ¡Teobaldo! ¡Buen Mercucio!
El príncipe ordenó por ley expresa
Que nadie con pendencias fuere osado
A perturbar las calles de Verona.
¡Deténganse!—¡Teobaldo!—¡Buen Mercucio!

(Teobaldo da una estocada á Mercucio pasando su espada por debajo del brazo de Romeo, y huye seguido de sus acompañantes.)

MER. Herido estoy. ¡Al diablo vuestras casas!
Me ha muerto. ¡Y él se aleja sano y salvo!

BEN. ¿Estás herido acaso?

MER. ¡Bah! ¡un rasguño!
Un rasguño no más ¡pero es bastante!
¿Dó está mi paje? ¡Llama á un cirujano!
(Váse el paje.)

ROM. ¡Hombre, valor! La herida será leve.

MER. Sí, no es tan honda como un pozo, ni tan ancha como un portal de iglesia; pero es bastante; hará su efecto. Preguntad por mí mañana, y me hallareis tan silencioso como la tumba. Lo que es para este mundo, creedlo, estoy ya escabechado. ¡Mal hayan ambas vuestras casas! ¡Vive Dios! que un perro, una rata, un raton, un gato, quite así á un hombre como yo la vida de un rasguño! ¡un fanfarron, un pícaro, un villano que esgrime por las reglas de la aritmética! ¿Por qué diablos te empeñaste en

separarnos? Me hirió por debajo de tu brazo.
ROM. Pensaba poner paz.
MER. Benvolio, amigo,
Dame tu brazo, y llévame á una casa.
Me siento desmayar. ¡El diablo lleve
A vuestras casas! Carne de gusanos
Por ellas soy. Me la ha pegado, y firme.
¡Maldita enemistad de vuestras casas!
(Vánse Mercucio y Benvolio.)
ROM. Por causa mia recibió este hidalgo,
Allegado del príncipe, y mi amigo,
Mortal herida. De indeleble mancha
Empañarán mi fama las injurias
De Teobaldo, hace un hora deudo mio.
¡Ay sí! Julieta hermosa, tu belleza
Me ha afeminado y ha ablandado el temple
De mi valor más firme que el acero!

*Vuelve á salir* BENVOLIO.

BEN. Romeo, ya murió tu bravo amigo;
El alma de Mercucio, en vuelo raudo
Sube á las nubes, desdeñando el suelo,
Que en hora prematura abandonara.
ROM. Males presagia tan funesto dia.
Otros atajarán su saña impía.

*Vuelve á salir* TEOBALDO.

BEN. Torna hácia aquí Teobaldo enfurecido.
ROM. ¡Con vida y victorioso, miéntras yace
Muerto Mercucio! ¡Adios, clemencia blanda,
Y tú, fogosa saña sé mi guía!
Teobaldo, eres un vil; toma el insulto
Que há poco me arrojaste, que aún se cierne
A poca altura encima de nosotros
El alma de Mercucio, donde espera
Que vaya tu alma á hacerle compañía.
Tu alma, ó la mia, ó entrambas seguiránle.
TEO. ¡Oh vil rapaz! tú aquí le acompañabas,

Y allí le seguirás.
ROM. Decida el hierro.
(Riñen y cae muerto Teobaldo.)
BEN. Huye, Romeo, pues Teobaldo ha muerto,
Y acuden en tropel los ciudadanos.
No estés parado con asombro; á muerte
Condenaráte el príncipe, sin duda,
Si fueres preso. ¡Véte pronto! ¡huye!
ROM. ¡Juguete soy de la inconstante suerte!
BEN. ¿Por qué no corres? Huye de tu muerte.
(Váse Romeo.)

*Salen* CIUDADANOS, *etc.*

CIUD. 1.° Decid, ¿hácia qué lado huyó Teobaldo,
El asesino de Mercucio? ¿á dónde?
BEN. Ved donde yace aquel Teobaldo.
CIUD. 1.° ¡Arriba!
En nombre de la ley, venid conmigo.

*Salen el* PRÍNCIPE, *con su séquito*, MONTESCO, CAPULETO, *sus* ESPOSAS *y otros.*

PRIN. ¿Do están los que esta riña promovieron?
BEN. ¡Oh príncipe! mi labio dará cuenta
De esta fatal reyerta. Vé postrado,
Sobre alfombra sangrienta,
Por la hoja de Romeo atravesado,
Al que mató á Mercucio, tu allegado.
CON. DE CAP. ¡Teobaldo! ¡mi sobrino!
¡El hijo de mi hermano
Postrado yace por traidora mano!
¡Oh, príncipe, un Montesco el asesino
De mi pariente fué; si justo fueres
Por sangre nuestra, sangre de Montesco
Harás verter! Tú nuestro escudo eres.
¡Ay! ¡infeliz sobrino!
PRIN. Decid quién provocó la lucha ciego.
BEN. Teobaldo, á quien mató Romeo luego.
Le habló cortés Romeo, y con mesura

Le hizo presente cuán trivial la causa
Era del duelo, y cuán fatal seria
Vuestro furor y enojo: y esto dicho
Con blanda voz, con apostura humilde
Y faz serena, no fué parte alguna
En aplacar la saña de Teobaldo,
Sordo á la paz, quien con su agudo acero
El pecho amenazó del buen Mercucio.
Este á su vez, en ira enardecido,
Punta con punta embiste en fiera lucha,
Y con marcial desden, con una mano
La fria muerte de su pecho aparta,
En tanto que con la otra se la envia
A Teobaldo que diestro la repele.
Romeo en tanto grita: ¡«Separaos;
Amigos, haya paz!» y más ligero
Que su lengua, su brazo ágil las puntas
De sus fatales hojas rinde al suelo,
Y entre los dos se lanza. Por debajo
Del brazo de Romeo aleve golpe
Teobaldo asesta al pecho de Mercucio:
Hiere al valiente, y parte en rauda fuga,
Hácia Romeo empero en breve torna.
En cuyo pecho ya arde la venganza,
Y embisten como el rayo, pues ni áun tiempo
Me dieron de acudir á separarlos
Cuando ya muerto al buen Teobaldo miro.
Romeo, al verle caer, buscó la huida.
Esto es lo cierto, ó pierda yo la vida.

Con. de Cap. Pariente es de Montesco y desfigura
Por amistad los hechos.
Lo que refiere es falso, es impostura.
El odio que arde en sus cobardes pechos
Los tiene siempre unidos; le atacaron
En hordas, y á uno sólo asesinaron.
Justicia pido ¡oh príncipe! y justicia
Me habeis de hacer. Ya que mató Romeo
A Teobaldo, que él muera es justo, creo.

PRIN. Romeo le mató; pero él en cambio
Mató á Mercucio. ¿En quién castigo ahora
Aquella muerte, que mi pecho llora?
MON. Príncipe, no en Romeo, que era amigo
Del buen Mercucio, caiga tu castigo.
Sólo tomó lo que la ley pedia:
La vida de Teobaldo, tu enemigo.
PRIN. Por cometer tamaña demasia
Salga de nuestra córte desterrado
En este mismo dia.
Tambien á mí me hiere el desenfreno
De vuestro enojo rudo:
Mi sangre derramó; de un primo amado
El dulce amor me arrebató sañudo.
Pero os sujetaré con duro freno,
Y tal severidad, que eternamente
Lamentareis mi pérdida doliente.
Sordo he de ser á ruegos y disculpas;
Castigaré severo vuestras culpas,
Aun á pesar de lágrimas y quejas,
Que no hallarán entrada en mis orejas.
Dejad, pues, vanas súplicas. Al punto
Salga de aquí Romeo;
Pues si cayere preso, por difunto
En aquella hora misma dése el reo.
Llevaos al muerto. Haced lo que deseo.
Obrara la merced cual homicida,
Si perdonase al matador la vida. (Vánse.)

## ESCENA II.

Una sala de la casa de Capuleto.

*Sale* JULIETA.

JUL. Corred, bajad á la mansion de Febo,
Flamígeros corceles. Un auriga
Como Faetonte hiciera falta ahora

Que á latigazos os echara pronto
Hácia el ocaso, y paso libre diera
A la sombría encapotada noche.
Tiende tu negro manto, oh noche, amiga
Del dulce amor, porque sus ojos cierre
La indiscrecion, y pueda mi Romeo
Volar inadvertido á mi regazo.
A los amantes bástales la lumbre
De sus hechizos para el cumplimiento
De sus sagrados amorosos ritos;
Y si el amor es ciego, bien se aviene
Su ceguedad con la sombría noche.
Ven, blanda noche, plácida matrona,
Toda enlutada; y á perder ganando
Enséñame un partido en que dos pechos
Su limpia castidad en juego ponen;
Reboza con tu manto de tinieblas
La loca sangre que arde en mis mejillas,
Hasta que amor esquivo adquiera brios,
Y juzgue sólo púdica modestia
La intimidad del verdadero afecto.
Ven, noche; ven Romeo, semejante
Al dia en medio de la noche oscura,
Y te veré en sus alas reposando,
Como nevado copo en las del cuervo.
Ven, blanda noche, misteriosa y negra,
Y trae contigo á mi gentil Romeo;
Y cuando muera, haz tú de sus hechizos
Estrellas relucientes; de tal suerte
Adornará la faz del firmamento,
Que prendaránse todos de la noche,
Negando adoracion al sol pomposo.
Una mansion compré en que amor reside,
Sin habitarla aún: estoy vendida,
Mas no entregada al comprador, mi dueño.
Hallo este dia lánguido y pesado,
Cual ántes de una fiesta larga noche
El impaciente niño que sus galas,

Aún no probadas, estrenar desea.
Aquí se acerca el ama y nuevas trae;

*Sale el* AMA *con una escalera de cuerdas.*

Y toda lengua que tan sólo el nombre
Pronuncie de Romeo, habla á mi oido
Con la elocuencia de celestes labios.
Ama, ¿qué nuevas hay?—¿Qué es lo que traes?
¿Las cuerdas que mandó buscar Romeo?

AMA. Sí, sí, las cuerdas. (Las deja en el suelo.)

JUL. ¡Ay de mí! ¿qué ocurre?
¿Por qué las manos tuerces de ese modo?

AMA. ¡Oh dia aciago! ¡ha muerto, ha muerto, ha muerto!
¡Perdidas, hija, estamos! ¡ay! ¡perdidas!
¡Oh dia aciago! ¡ha muerto! ¡le han matado!

JUL. ¿Tan envidioso pudo ser el cielo?

AMA. Si el cielo no, Romeo serlo pudo.
¡Romeo! ¡Quién lo hubiera imaginado!
¡Ay! ¡Romeo, Romeo!

JUL. Di ¿quién eres,
Diablo, que me atormentas de esta suerte?
Tortura igual tan sólo en el infierno
Con voz de trueno retumbar debiera.
¿Qué? ¿Se mató Romeo? Dilo pronto (1);
Si ha muerto, di que sí; si no, di nó.
De voz tan breve pende dicha ó pena.

AMA. Yo ví la herida con mis propios ojos;
En parte tal, en su valiente pecho.
Y ví el cadáver todo ensangrentado;
Pálido, del color de la ceniza,
Cubierto todo de sangriento grumo.
Y desmayéme á vista tan horrenda.

JUL. ¡Estalla, corazon! ¡mísero, estalla!

(1) He omitido aquí cuatro versos en que el autor juega, con el mal gusto propio de la época en que escribió, con las palabras de idéntico sonido *ay*, sí; *y*, yo; y *eye*, ojo. Excusado es decir que este trozo no admite traduccion alguna inteligible.

¡En cárcel tenebrosa, nunca lleguen
A ver la libertad mis tristes ojos!
¡Mísera tierra, á tu elemento torna!
¡Párate pulso! ¡Un mismo mausoleo
Mi cuerpo oprima al lado de Romeo!

AMA. ¡Oh, buen Teobaldo, mi mejor amigo!
¡Gentil Teobaldo, caballero honrado!
¿Quién me dijera que te viera muerto!

JUL. ¿Qué tempestad es esta que en su furia
De opuestos lados iracunda sopla?
¿Murió Romeo? di. ¿Tambien Teobaldo?
¿Mi amado primo, y mi adorado esposo?
Suene del juicio, pues, la fiera trompa.
¿Quién vivirá, si aquellos dos han muerto?

AMA. Murió Teobaldo; y desterrado ha sido
Romeo, cuya mano dióle muerte.

JUL. ¡Oh Dios! ¿qué dices? ¿Se tiñó la diestra
De mi Romeo en sangre de Teobaldo?

AMA. ¡Si tal, triste de mí! ¡vertió su sangre!

JUL. ¡Oh alma de sierpe oculta bajo flores!
¿Tuvo jamás dragon tan bella gruta?
¡Tirano hermoso! ¡angelical demonio!
¡Grajo feroz con pluma de paloma!
¡Rapaz, lobuna oveja! ¡Vil sustancia
De encantadora célica apariencia!
¡De lo que finges ser opuesto extremo!
¡Santo maldito, malhechor con honra!
¿Qué en el infierno, di, Natura, hacias
Cuando encerraste el alma de un demonio
En el Eden de un cuerpo tan divino?
¿Quién vió jamás con tal primor cubierto
Infame libro de tan vil lectura?
¡Ay! ¿cómo en tan magnífico palacio
Osa morar el dolo?

AMA. ¡No hay firmeza,
No hay fe, no hay honradez en hombre alguno;
Todos perjuros son, villanos, falsos
Y engañadores! Venga mi escudero.

Dáme unas gotas de licor. Conmigo
Al fin acabarán estos pesares,
Estas crueles penas y este duelo.
¡Sobre Romeo, oprobio eterno caiga!

JUL. ¡Que se pudra la lengua que tal diga!
El no nació para vivir sin honra:
De sí se avengonzara la vergüenza,
Sentada en esa frente, digno trono
Donde el honor pudiera ser ungido
Supremo rey del universo mundo.
¡Cuán inhumana he sido en reprocharle!

AMA. ¿Honrais al matador de vuestro primo?

JUL. ¿He de hablar mal del hombre que es mi esposo?
¿Quién, dueño amado, ensalzará tu nombre,
Si tu mujer de un hora así lo injuria?
Mas ¿por qué, infame, heriste tú á mi primo?
Quiso matar aquel infame primo
A mi marido. Atras, lágrimas necias,
Tornad á vuestra fuente primitiva:
Tributo del dolor son vuestras perlas
Y por error las ofreceis al gozo.
Mi esposo vive, contra cuya vida
Teobaldo el hierro alzó. Teobaldo ha muerto,
Quien atentó á la vida de mi esposo.
Todo esto es dicha: ¿por qué lloro entónces?
Cierta palabra oí más lastimosa
Aún que la muerte de Teobaldo, y ella
Me asesinó. Quisiera yo olvidarla;
¡Mas ay! su peso oprime mi memoria
Cual la del delincuente negro crímen.
«Murió Teobaldo, y él ¡ay! desterrado.»
¡Sí, desterrado! tal palabra sola
Causó la muerte de diez mil Teobaldos.
La muerte de Teobaldo era harta pena,
Viniendo sola; y si es que el duelo goza
En ir acompañado, ó le es forzoso
Llevar cruel escolta de otras penas,

¿Por qué no dijo luego, al dar la triste
Noticia de la muerte de Teobaldo:
«Tu padre feneció, tu madre ha muerto,»
O entrambos á la vez? Mi llanto entónces
No fuera tan cruel. Pero anunciarme
Tras esa muerte aquel fatal legado:
«¡Romeo desterrado!»—Tal palabra
Dió muerte juntamente á padre y madre,
A Teobaldo, á Romeo y á Julieta.
«¡Romeo desterrado!» Fin no tiene,
Ni límite, ni valla, ni medida,
La muerte atroz que encierra esa palabra,
Cuyo tormento mi desdicha labra.
¿En dónde están mis padres, ama? dime.

AMA. Junto al cadáver de Teobaldo lloran:
Si verlos deseais, venid conmigo.

JUL. ¿Qué? ¿lavan sus heridas con su llanto?
Pues cuando habrá cesado su quebranto,
Aún verterán mis ojos ancho rio,
Llorando en su destierro al dueño mio.
Toma esas cuerdas. ¡Infeliz maroma,
Cual yo engañada! ¡Ya mi bien no asoma!
Debias tú servirle de camino
Al tálamo nupcial; pero el destino
Trocó tamaña dicha en duelo fiero;
Y yo, doncella, como viuda muero!
¡Venid! al lecho voy. ¡En él, los lazos
De amor cedieron, muerte, á tus abrazos!

AMA. En vuestra estancia entrad. Vendrá Romeo
En breve á consolaros. Sé do pára.
¿Lo oís? Vendrá Romeo por la noche.
En busca suya voy. Está escondido
En el convento.

JUL. Da á mi caballero
Esta sortija, y dile que rendido
Acuda á darnos el adios postrero. (Vánse.)

## ESCENA III.

La celda de Fray Lorenzo.

*Salen* FRAY LORENZO *y* ROMEO.

FR. LOR. Romeo, sal, sal, hombre pavoroso.
Prendóse de tus prendas la desgracia
Y se casó contigo la desdicha.
ROM. Padre, ¿qué ocurre? ¿Cuál es la sentencia
Del príncipe, decid? ¿Qué nuevo duelo,
Que no conozco, anhela el trato mio?
FR. LOR. Harta es tu intimidad con tan adustos,
Tan tristes camaradas. Nuevas traigo
Del fallo de tu príncipe severo.
ROM. ¡Qué ménos puede ser que cruda muerte!
FR. LOR. Más blando fallo pronunció su labio:
No á muerte, nó; á destierro te condena.
ROM. ¿Cómo? ¿á destierro? Sed clemente, padre:
Decid que á muerte: en su mirada esconde
Más el destierro que la fiera muerte
Fatal terror. ¡Ah, no digais destierro!
FR. LOR. Te ha desterrado léjos de Verona;
Mas ten paciencia: el mundo es ancho y vasto.
ROM. ¡Ay! ¡fuera de los muros de Verona
No hay mundo para mí! no hay sino infierno,
Tormento y perdicion! Ser desterrado
De este recinto, es serlo de la tierra:
Y eso es la muerte. Mi fatal destierro
Es la muerte no más, bajo otro nombre.
Dando á la muerte nombre de destierro,
Con hacha de oro cortas mi cabeza,
Y despiadado y crudo te sonries,
Al dar el golpe que mi vida troncha.
FR. LOR. ¡Oh negra ingratitud, mortal pecado!
A muerte te condenan nuestras leyes;
Pero el clemente príncipe, movido

A compasion por ti, la ley violenta,
Y trueca aquella lúgubre palabra
«Muerte» en destierro; que es merced, y grande;
Y su bondad extraña no agradeces.

Rom. Tormento es, no bondad. Aquí está el cielo,
Donde Julieta vive: y en su esfera
Disfrutan de la vida el perro, el gato,
El ratoncillo y el más torpe bruto,
Y osan hacer lo que Romeo no osa:
Mirar su rostro. Existe más agrado,
Más mérito y grandeza en moscas viles,
Que en ti, Romeo: lícito es á ellas
Tocar aquel portento de blancura,
La breve mano de Julieta amada,
Robar eterna dicha de sus labios,
Que en su pureza y virginal modestia,
Se ruborizan de sus mismos besos,
Cuyo contacto creen pecaminoso.
Romeo no osa: ha sido desterrado;
Tal osan viles moscas, cuando es fuerza
Que de sus dulces labios yo me aparte:
Ellas son gente libre; yo, proscrito.
¿Y aún dices que el destierro no es la muerte?
¿Algun veneno á mano no tenias?
¿Algun cuchillo agudo, ú otro medio
Infame de dar muerte repentina,
Sino aquel «desterrado» solamente
Para matarme? «¿Desterrado?» ¡Ay padre!
Las almas al infierno condenadas
Pronuncian esa voz con alaridos:
¿Pues cómo, siendo tú buen religioso,
Y padre confesor con atributo
Para absolver de crímen al culpable,
Y siendo á más mi amigo, cómo puedes
Con esa voz «destierro» aniquilarme?

Fr. Lor. ¡Oh loco amante! escucha una palabra.

Rom. ¿Quieres volver á hablarme del destierro?

Fr. Lor. Contra su furia te daré un escudo:

De la desdicha el bálsamo suave
La alma filosofía; en su palabra
Alivio encontrarás, áun desterrado.
ROM. ¿Aun desterrado? ¡Padre, que la ahorquen
A esa filosofía! Si no alcanza
A hacer una Julieta, á trasplantarme
Una ciudad, á revocar el fallo
De un príncipe cruel, de nada sirve,
De nada prevalece! El labio sella.
FR. LOR. Advierto en ti que la locura es sorda.
ROM. ¿No lo ha de ser si es ciega la cordura?
FR. LOR. Deja que te aconseje en tal apuro.
ROM. Hablar no puedes de eso que no sientes:
Tuvieras tú mis juveniles años,
Amaras á Julieta, y estuvieras
Casado há un hora, fueras de Teobaldo
Tú el matador y desterrado fueres,
Entonce hablar podrias, ¡ay! entónces
Podrias arrancarte los cabellos
Y echarte á tierra como lo hago ahora,
Midiendo el ancho de áun no abierta tumba!
(Llaman dentro.)
FR. LOR. ¡Alza! Han llamado: escóndete, Romeo.
ROM. ¡No! Como no me escondan de indiscretas
Miradas mis gemidos dolorosos,
Formando con mi aliento espesa nube! (Llaman.)
FR. LOR. ¿No oyes llamar?—¿Quién va?—¡Alza
Romeo!
(Llaman.)
Te prenderán.—Tened paciencia.—¡Arriba!
Véte á mi estudio.—Ya, ya va.—¡Dios santo!
¿Qué terquedad es esta?—Voy corriendo. (Llaman.)
¿Quién llama así? ¿de dó venis? ¿qué os urge?
AMA. (Dentro.) Dejadme entrar y yo os daré el recado.
Julieta es quien me manda.
FR. LOR. Bien venida.

*Sale el* AMA.

AMA. Decid, buen fraile, ¿dónde está el amante
De mi señora? ¿dónde está Romeo?
FR. LOR. Vedle en el suelo de llorar beodo.
AMA. En igual caso se halla mi señora:
¡Igual, igual! ¡Oh triste simpatía!
¡Apuro lastimoso! En tal estado
Yace ella, y llora y gime, y gime y llora.
¡Alzad, alzad! no os abatais, sed hombre.
Por amor de Julieta alzad del suelo:
No permitais que así el pesar os rinda.
ROM. ¡Ama!
AMA. ¡Señor! ¡Fin da la muerte á todo!
ROM. ¿Hablaste de Julieta? ¿Cómo se halla?
¿Creerá que soy ya experto en el oficio
De asesinar, habiendo mancillado
Con sangre tan simpática á la suya
De nuestro dulce amor la tierna infancia?
¿En dónde se halla? y ¿cómo está? ¿Qué dice
De nuestra rota union mi dulce prenda?
AMA. ¡Ay! nada dice; sólo gime y llora;
Se echa en el lecho, y luego se levanta;
Llama á Teobaldo, y á Romeo luego;
Luego se vuelve á echar!
ROM. Cual si ese nombre
Con tino cierto del cañon saliera
De un arcabuz fatal y la matara,
Como á su deudo mi maldita mano.
¡Oh! dime, padre, dime, ¿en qué vil parte
De este esqueleto encontraré mi nombre?
Dímelo, y deja que mi diestra airada
Saquëe esa mansion aborrecida.
(Echa mano á la espada.)
FR. LOR. Deten la airada mano. ¿No eres hombre?
Lo afirma tu exterior: tu llanto en cambio
Es mujeril; y tus acciones locas
La furia insana de una fiera indican.

¡Mujer enfurecida en forma de hombre!
¡Fiera insensata de ambos disfrazada,
Me has confundido: por mi santo oficio
Que te juzgué de genio ménos rudo!
¿No acabas de matar al buen Teobaldo?
¿Y quieres acabar tu propia vida,
Y la de tu consorte que en ti vive,
Haciendo tal maldad en daño propio?
¿Por qué á tu cuna, á cielo y tierra ultrajas?
Pues cuna, cielo y tierra en ti se juntan:
¿Quieres perderlos tú de un solo golpe?
Deshonras tu persona, amor y juicio:
Pues como el usurero en todo abundas,
Y nada empleas en el uso recto
Que á tu persona, amor y juicio cuadra.
Forma de cera es tu galan persona,
Faltándole el valor del varon fuerte;
Tu amor jurado, hueco y vil perjurio,
Si matas á tu bien, que amar juraste;
Tu juicio, gala de tu sér y afecto,
Al uso de los dos mal aplicado,
Cual pólvora en el frasco de un recluta,
Por tu torpeza misma arde encendido,
Y tu defensa llega á ser tu daño.
Alza del suelo: tu Julieta vive,
Por quien há poco muerto aquí yacías:
En eso tienes suerte; aquel Teobaldo
Matarte quiso, y tú á Teobaldo matas:
A fe, gran suerte fué tambien: las leyes,
Que amenazaban muerte, de improviso
Se hacen amigas tuyas, y esa pena
Conmutan en destierro: es otra suerte.
Sobre tus hombros pródiga derrama
Fortuna sus favores; la ventura
En sus mejores galas te corteja;
Mas tú, cual niña taciturna y hosca,
Regañas con tu amor y tu fortuna.
Mira que tales locos mueren tristes.

Busca á tu amor, lo convenido cumple,
Sube á su estancia y vuela á consolarla.
Mas no prolongues tu amorosa cita
Hasta el momento de salir la ronda,
O no podrás pasar á Mantua luego;
En donde vivirás en tanto llegue
El tiempo de hacer pública tu boda,
De unir en lazo estrecho á vuestros deudos,
Pedir perdon al príncipe, y llamarte
De nuevo al patrio hogar con cien mil veces
Mayores muestras de alegría y gozo,
Que muestras de dolor acompañaron
Tu despedida de él en hora triste.
—Ama, vé tú delante: mis respetos
Ofrece á tu señora, y dila que haga
Porque la casa toda se retire
Al lecho pronto, do, sin duda, el duelo
Por sí los encamina; pues en breve
Romeo allí estará.

AMA. ¡Jesús! la noche
Pasara entera oyendo tanta ciencia!
¡Gran cosa es el saber! A mi señora
Vuestra llegada anunciaré, mi amo.

ROM. Hazlo, y de paso dile al dueño mio
Que se prepare á regañarme luego.

AMA. Tomad esta sortija que ella os manda;
Y daos premura, pues el tiempo vuela.
(Váse el ama.)

ROM. Siento en mi pecho renacer el brio.

FR. LOR. Vé; buenas noches. Tu destino es este:
O partes esta noche de Verona
Antes de que la guardia esté montada,
O es fuerza que mañana, disfrazado,
Salgas oculto al despuntar el dia.
A Mantua vete; fija allí tu estancia.
Yo en tanto sabré hallar á tu lacayo,
Quien nuevas te dará de tiempo en tiempo
De cuantas dichas por acá sucedan.

Dame tu mano: es tarde; vé en buen hora.
ROM. El cielo os guarde. Si no fuese tanta
La dicha que me aguarda, un crímen fuera
Despedirme de vos de esta manera. (Vánse.)

## ESCENA IV.

Una sala de la casa de Capuleto.

*Salen* CAPULETO, *la* CONDESA DE CAPULETO *y* PÁRIS

CAP. Ha sido tanta la desdicha nuestra,
Conde, que tiempo nos faltó, por cierto,
Para mover el alma de mi hija.
Amaba con ternura á su pariente:
Y yo tambien. ¡Morir es nuestro sino!
Es tarde ya: no bajará esta noche.
Os juro que, sin vuestra compañía,
Há rato que estuviera ya acostado.
PÁR. No dan lugar á amar tan tristes horas.
¡Señora, adios! encomendadme á Julia.
COND. DE CAP. Así lo haré. Mañana muy temprano
Su ánimo indagaré; pues esta noche
Se retiró á llorar su triste pena.
CAP. Me atrevo á aseguraros, conde Páris,
Que será vuestra mi hija: en todo creo
Que seguirá mi parecer y aviso;
Es más, yo no lo dudo. Esposa mia,
Antes de retirarte vé tú á verla;
Anúnciala el amor de mi hijo Páris;
Dila que el jueves próximo... ¿atiendes?
Pero ¿qué dia es hoy?
PÁR. Señor, es lunes.
CAP. ¿Lunes? Pues bien, el jueves es muy pronto:
El viernes sea.—Dila, pues, que el viernes
Se casará con este noble conde.
¿Estareis listo? ¿Os place esta premura?
No habrá gran pompa: sólo un par de amigos;

Porque, ya veis, estando tan reciente
La muerte de Teobaldo, fuera fácil,
Siendo pariente nuestro, que pensaran
Que en poco le teníamos, si mucho
Holgáramos sin él. Habrá, por tanto,
Media docena, nada más, de amigos,
Y paz con todo. ¿Os viene bien el viernes?

PÁR. Quisiera que mañana viernes fuera.

CAP. Bien, id con Dios. El viernes sea entónces.
Antes de retirarte al lecho, esposa,
Véte á ver á Julieta, y haz de suerte
Que se aperciba al dia de la boda.
Que Dios os guarde. (Váse París.)
(Al criado.) ¡Eh! ¡luz á mi aposento!
Advierto que es tan tarde que muy pronto
Diremos que es temprano. Buenas noches.
(Vánse.)

## ESCENA V.

La estancia de Julieta.

*Salen* ROMEO *y* JULIETA.

JUL. ¿Te quieres ir? Aún no despunta el dia:
La voz del ruiseñor, no de la alondra,
Fué la que hirió tu temeroso oido:
Todas las noches en aquel granado
Trina. Mi bien, fué el ruiseñor, te juro.

ROM. La alondra fué, el heraldo de la aurora,
No el ruiseñor. ¿No ves, mi bien, las rayas
Que bordan envidiosas en oriente
Las nubes cuya bruma se disipa?
Se apagan ya las velas de la noche,
Y el dia alegre en nebulosa cumbre
Alta la faz asoma, y es forzoso
Que parta y viva, ó que me quede y muera.

JUL. Créeme, esa luz no es la alma luz del dia;
Es un meteoro ¡ay sí! que el sol exhala
Porque tu hachero en esta noche sea,
Y al ir á Mantua alumbre tu camino.
Quédate, pues; no es menester que partas.
ROM. Pues que me prendan, que me maten luego;
Muero gustoso ya que tú lo quieres...
Diré que aquella luz no es luz del dia;
Sino de Cintia el pálido reflejo;
Ni de la alondra es la cancion aquella
Que en lo alto de la bóveda celeste
Tan dulce trina encima de nosotros.
Mejor quedarme quiero que partirme,
Ven, muerte, pues, y seas bien venida:
Lo quiere así Julieta.—Habla, mi vida,
El dia, como ves, está lejano.
JUL. ¡Ah, no! huye, mi bien, que está cercano,
La alondra es la que canta tan discorde,
Trinando falsas notas disonantes.
Dicen que es dulce el canto de la alondra;
Esta no lo es, pues nos separa fiera.
Dicen que truecan ojos el vil sapo
Y la alondra: ¡ojalá trocaran voces!
Pues esa voz nos mata, vida mia,
Si á ti te espanta cuando llama al dia.
¡Oh, ve, clarea más y más!
ROM. Clarea;
¡Y nuestro duelo más y más sombrea!

*Sale el* AMA.

AMA. Señora.
JUL. Di, ¿qué quieres?
AMA. Vuestra madre
Se acerca á vuestra estancia: el dia raya;
Despachad, y tenëos prevenidos.
JUL. (Abriendo la ventana.)
Que éntre la luz, y sálgase mi vida.

ROM. ¡Adios, adios! ¡un beso y me despido!
(Váse por la ventana.)
JUL. ¿Te vas, esposo, dulce bien querido?
¡Cada dia de la hora dame nuevas;
Pues un minuto encierra muchos dias!
Por esa cuenta habré ya envejecido,
Antes que vuelva á verte, mi Romeo.
ROM. (Dentro.) ¡Adios! No omitiré trabajo alguno
Porque á tu pecho mi recuerdo llegue.
JUL. ¡Ay, dueño mio! ¿y tienes esperanza
De que te vuelva á ver?
ROM. Jamás lo dudo:
En tiempos venideros estas cuitas,
Nos servirán de plática sabrosa.
JUL. ¡Oh Dios! ¡Mi corazon presagia males!
Se me figura verte, estando abajo,
Como en el fondo de una tumba, muerto.
Pálido estás, ó engáñame la vista.
ROM. Y á ti te encuentro de color de nieve.
Es el dolor que nuestra sangre bebe.
¡Adios! ¡Adios! (Váse.)
JUL. Fortuna, por mudable
Te tienen los humanos: ¿cómo pagas
Al que es constante entónces? Sé mudable
Y ausente no estará por largo tiempo,
Mas será fuerza que á mis brazos torne.
COND. (Dentro.) ¿Estás ya en pié, Julieta?
JUL. ¿Quién me llama?
¿Será mi madre? ¿Está tan tarde en vela?
¿O es que madruga en hora tan temprana?
¿Qué inusitado caso aquí la trae?

*Sale la* CONDESA DE CAPULETO.

COND. ¿Julieta, qué tal va?
JUL. Me siento enferma.
COND. Llorando sin cesar al muerto primo.
¿Le has de sacar con llanto de la tumba?

Ni áun de esa suerte en vida le llamaras.
No llores, pues. El duelo amor revela,
Si es por demas, revela poco seso.
JUL. Dejad que llore pérdida tan triste.
COND. Así la sentirás con más viveza,
Sin que aproveche á tu perdido amigo.
JUL. Sintiendo así su pérdida, es forzoso
Que llore al buen amigo eternamente.
COND. No sientas tanto su temprana muerte,
Como que esté con vida su asesino.
JUL. ¿Qué asesino, señora?
COND. El vil Romeo.
JUL. Media un abismo entre él y un asesino.
Que le perdone Dios cual le perdono
De todo corazon. Y sin embargo,
Nadie como él mi corazon aflige.
COND. Eso es porque aún respira el asesino.
JUL. ¡Ay sí! ¡do no le alcanzan estas manos!
¡Ay, nadie sino yo vengara al primo!
COND. Nos vengaremos de él, no tengas miedo:
No llores, pues. En Mantua, donde vive
El tránsfuga, tendré quien con aviso
Le dé tan fiero trago que irá en breve
A hacer al buen Teobaldo compañía.
Creo que entónces quedarás contenta.
JUL. A fe no quedaré contenta nunca,
Si no le veo... muerto al tal Romeo:
Tal pena siento por mi pobre primo.
Hallarais vos á alguno que un veneno
Llevara á Mantua, y yo lo mezclaria
De suerte que al beberlo se durmiese
En sueño eterno. ¡Qué ira en mi despierta
Su nombre sólo!—¡Y que no pueda verlo
Para vengar mi amor al muerto primo
En el infame que matóle aleve!
COND. Busca los medios: yo hallaré quien vaya.
Pero una nueva alegre vengo á darte.
JUL. Por cierto, en hora tal, muy bien venida.

Decidme qué es, os ruego, cara madre.
Con. Tienes por cierto un padre cariñoso,
Y quien para aliviar tu amarga pena,
Te ha preparado un gozo repentino,
Que no esperabas tú, ni yo aguardaba.
Jul. ¡Sea en buen hora, madre! ¿Y qué es, decidme?
Cond. Escucha, pues. Temprano el viernes, hija,
El jóven, el galan, el noble hidalgo,
El conde Páris, cual feliz esposa
Vendrá á llevarte al templo de San Pedro.
Jul. Pues por San Pedro y por su templo, juro
Que no he de ser feliz esposa suya.
Me admira tal premura. ¿He de casarme
Antes que venga á cortejarme el novio?
A mi padre y señor decid, señora,
Que aún no me he de casar, y cuando lo haga
Con Romeo ha de ser (á quien detesto,
Como sabeis) primero que con Páris.
Cond. Esta es noticia, á fe. Tu padre viene:
Díselo tú, veremos qué contesta.

*Sale* Capuleto *y el* ama.

Cap. Cuando se pone el sol, blando rocío
Destila el aire; pero á mares llueve
Cuando anochece el hijo de mi hermano.
Hija, ¿qué es esto? ¿Sigues hecha un rio?
¿Siempre llorosa? Tu pequeño cuerpo
Figura un barco, un mar, una tormenta:
Pues como el mar, de lágrimas refluyen
Tus ojos sin cesar; tu cuerpo es barco
Que ese salado piélago navega;
Tus ayes son los vientos que iracundos,
Mezclados con tu llanto, y él con ellos,
Si no hubiere una calma repentina,
Harán en breve zozobrar tu cuerpo,
Del viento y de las olas combatido.

¿La has dicho, esposa, cuál es mi mandato?
COND. Sí tal; mas no lo acepta; os da las gracias.
¡Viérala yo casada con su tumba!
CAP. Calma, mujer, y llévame contigo.
¿Mas, no lo acepta? ¿no nos lo agradece?
¿No está orgullosa? ¿no lo tiene á dicha,
Indigna como lo es, de que le demos
Tan noble caballero por esposo?
JUL. No; no orgullosa; áun cuando agradecida:
Lo que odio, orgullo nunca en mí despierta;
Mas siento gratitud áun por el odio
Que á título de amor se me tributa.
CAP. ¿Qué es esto? di: ¿qué piensas? ¿Orgullosa,
Y luego no orgullosa? ¿agradecida,
Luego no agradecida? ¡Bachillera!
Déjate ya de orgullo y gratitudes,
Y ten aderezado tu palmito
Para ir con Páris á San Pedro el viernes,
O en un seron allí sabré arrastrarte;
¿Habráse visto? ¡La bribona! ¡necia!
¡Cara de sebo!
COND. ¡Calla! ¿Estás demente?
JUL. Os pido de rodillas, padre mio,
Que me escucheis tan sólo una palabra.
CAP. ¡Al diablo con tus ruegos! ¡Mala hija!
Ya te lo he dicho: vété al templo el viernes,
O nunca más me mires á la cara.
¡Calla! no me repliques; ¡no porfies!
Los dedos ya me pican. Nos quejamos
De que nos diera Dios sólo una hija;
Mas pienso que esta sola nos sobraba,
Y que una maldicion nos dió con ella.
¡Véte, tarasca, vé!
AMA. ¡Dios la bendiga!
Haceis muy mal, señor, en regañarla.
CAP. ¿Por qué, madama discrecion? ¡Silencio!
¡Vete á charlar con tus comadres, sábia!
AMA. No digo nada malo.

CAP. Norabuena.
AMA. ¿Mas no puede una hablar?
CAP. ¡Calla, gruñona!
Guarda tu ciencia para tus comadres;
No es menester aquí.
COND. Marido, calma.
CAP. ¡Por la hostia, juro que me roba el juicio!
De dia y noche, á todas horas, solo
Y acompañado, en sueños y despierto,
Mi pesadilla ha sido el darla estado;
Y habiendo hallado al fin á un gentilhombre
De hidalga cuna, de cuantiosos bienes,
Jóven, bien educado, y bien provisto
De lo que llaman distinguidas prendas,
Tal cual pintar pudiéralo el deseo,
Venir llorosa la muñeca ahora,
Diciendo, cuando el hado la sonrie:
—«No me quiero casar.»—«Amar no puedo.»
«Soy niña aún.»—«Os ruego, perdonadme.»—
¡Si no te casas, buen perdon te espera!
Pace doquier, no morarás conmigo.
Piénsalo bien; sé cauta; no hablo en broma.
El viernes está próximo: ¡Cuidado!
Si mia fueres, te daré á mi amigo;
Si nó, vé, pide, y muere de hambre fuera;
Pues no te admitiré, nó, por mi vida,
Ni te ha de hacer provecho nada mio!
Piénsalo bien, pues no he de ser perjuro. (Váse.)
JUL. ¿No hay en las nubes compasion alguna
Que al fondo mire de mi amargo duelo?
¡Oh! ¡no me rechaceis, querida madre!
Dadme de plazo un mes, una semana;
Y si esto me negais ¡ay! prevenidme
El tálamo nupcial en la sombría
Lóbrega tumba en que Teobaldo yace.
COND. No hables conmigo; no intercedo en nada.
Haz lo que quieras, pues extraña me eres.
(Váse.)

JUL. Ama, por Dios, di ¿cómo he de estorbarlo?
Mi esposo en vida está, mi fe en el cielo;
¿Y cómo ha de volver mi fe á la tierra,
Si mi esposo del cielo no la manda,
Dejando vida y tierra? ¡Ay! dame alivio,
Dame consejo. Que practique el cielo
Tales astucias contra un sér tan débil,
Tan inexperto como yo? ¿Qué dices?
¿Ni una palabra de consuelo tienes?
¿Ningun remedio?
AMA. Hélo aquí. Romeo
Hoy desterrado vive, y apostara
El mundo contra un átomo, que nunca
Se atreverá á volver cuenta á pediros;
Y si lo hiciere, harálo á hurtadillas.
Estando, pues, la cosa en tal estado,
¿No vale más casaros con el conde?
Amita mia, es tan galan, tan lindo,
Romeo es un gañan al lado suyo.
Sus ojos los del águila superan,
En viveza, en fulgor y en hermosura.
Mal hayan mis sentidos si no os tengo
Por más feliz en esta nueva boda,
Que es preferible en todo á la primera.
Y áun cuando no lo fuese, está difunto
Vuestro primer esposo, ó para el caso
Lo mismo da, por tal podeis tenerle;
Pues aunque vivo esté, ¿qué os aprovecha?
JUL. ¿Hablas de corazon?
AMA. Y con el alma;
Máteme Dios si no.
JUL. ¡Amén!
AMA. ¿Qué dices?
JUL. Que tu palabra me consuela mucho.
Vé, y á mi madre di, que habiendo dado
A mi padre motivo tal de enojo,
Voyme á la celda del buen fray Lorenzo,
A que de culpa en confesion me absuelva.

AMA. Así lo haré; y haceis muy bien, por cierto.
(Váse.)

JUL. ¡Oh vieja condenada! ¡sierpe astuta!
¿Cuál es mayor delito? aconsejarme
A quebrantar mi fe, ó con desprecio
Hablar de mi marido, con la lengua,
La misma lengua con que tantas veces
Le encaramó por cima de las nubes?
¡Vé, consejera vil! Desde este dia
Te arranco para siempre de mi pecho.
Voyme á la celda, á remediar mi suerte;
Si todo falta, aún quedará la muerte. (Váse.)

# ACTO IV.

## ESCENA PRIMERA.

La celda de fray Lorenzo.

*Salen* FRAY LORENZO *y* PÁRIS.

FR. LOR. El viernes, conde? El plazo es harto breve.
PÁR. Mi padre Capuleto así lo exige,
Y no me esfuerzo en refrenar su prisa.
FR. LOR. ¿Decís que aún ignorais si Julia os ama?
Llevais mal derrotero: no me place.
PÁR. Llora sin fin la muerte de Teobaldo;
De amor, por tanto, hablarla apenas pude:
Vénus no rie en la mansion del duelo.
Juzga además su padre peligroso
Que suelte tanto á su dolor la rienda,
Y advertido, apresura nuestro enlace
Para atajar su caudaloso llanto,
Que en soledad fomenta, siendo fácil
Que hallara alivio en brazos de un esposo.
He, pues, aquí la causa de esta prisa.
FR. LOR. (Aparte.) Así ignorara yo el impedimento
Que aconseja tardanza en este asunto.—
Conde, la dama viene hácia mi celda.

*Sale* JULIETA.

PÁR. Muy bien hallada, esposa y dueña mia.
JUL. Eso será tal vez cuando me case.
PÁR. Será muy pronto, el viernes venidero.
JUL. Lo que ha de ser, será.
FR. LOR. Pues eso es llano.
PÁR. ¿Venís á confesaros con el padre?
JUL. Me confesara á vos si os respondiese.
PÁR. No le negueis que me guardais cariño.
JUL. A vos confesaré que al padre quiero.
PÁR. Y que me amais confesareis sin duda.
JUL. Si tal hiciere, más valdrá mi aserto
Dicho en ausencia vuestra que no en cara.
PÁR. Las lágrimas la tuya maltrataron.
JUL. Jactarse no podrán de su victoria;
Valia poco áun ántes de su estrago.
PÁR. Tu aserto más que lágrimas la ultraja.
JUL. Lo que es verdad no puede ser calumnia;
Y lo que digo, en cara me lo digo.
PAR. Mia es tu cara, y calumniarla osaste.
JUL. Tal vez lo sea porque ya no es mia.
¿Padre, decid, teneis vagar ahora,
O preferis que á la oracion acuda?
FR. LOR. Tengo vagar sobrado, niña triste.
Conde, que á solas nos dejeis os ruego.
PÁR. No quiera Dios que á la piedad estorbe.
Temprano os llamaré, Julieta, el viernes.
En tanto, adios. Tomad un beso santo. (Váse.)
JUL. Cierra la puerta, y cuando lo hayas hecho,
Ven á llorar conmigo; en vano ¡ay padre!
Busco remedio, ayuda ni esperanza!
FR. LOR. Ya sé cuánta es tu pena, mi Julieta;
Me roba los sentidos uno á uno:
Dícenme que es forzoso que te cases
El viernes con el conde, y no hay remedio.
JUL. Hermano, no me digas que tal dicen,
Sin ofrecerme el medio de estorbarlo;

Si tu prudencia no sugiere ayuda,
Que es cuerdo mi propósito confiesa:
Con este hierro ejecutarélo al punto.
El cielo unió mi pecho al de Romeo;
Tú nuestras manos; y ántes que esta diestra,
Que uniste tú á Romeo en santo nudo,
Otra coyunda estreche, ó que mi pecho
Infiel olvide en rebelion traidora
La fe jurada, matarálos esto.
Por tanto, apura tu experiencia larga,
Y dame algun remedio sin demora,
O entre mis penas y mi triste vida
Sentenciará este hierro ensangrentado,
El pleito resolviendo que tus canas
Y el peso de tu santo ministerio
Con honra en vano de fallar trataron.
No tardes en hablar: morir ansío,
Si tu respuesta no me ofrece ayuda.

Fr. Lor. Hija, deten: vislumbro una esperanza,
Que apenas tal parece, pues exige
Su ejecucion tan arriesgado arrojo
Como el peligro que evitar queremos.
Si de tu voluntad la fuerza es tanta
Que te mataras ántes de casarte
Con ese Páris, es probable entónces
Que emplëes un recurso tan extremo
Como la muerte misma por librarte
De tal vergüenza, tú, que muerte cruda
Segun advierto, al deshonor prefieres.
Si osas hacerlo, te daré el remedio.

Jul. Primero que casarme yo con Páris,
Pide que desde lo alto de esa torre
Me arroje al suelo, ó cruce por parajes
Que infestan salteadores ó serpientes;
Tenme amarrada con rugientes fieras;
Ocúltame de noche en un osario,
Cubierto de esqueletos rechinantes,
Lleno de rancios huesos y amarillas,

Tétricas, boquihundidas calaveras;
O pide que en recien abierta tumba
Me emboce en la mortaja del difunto:
Temblé sólo al pensar en estas cosas,
Que hora sin vacilar acometiera
Por mantenerme fiel al dulce esposo.

Fr. Lor. Bien; vété á casa, sé jovial, consiente
En casarte con él.—Mañana es jueves:—
Trata mañana de dormir á solas;
No dejes que en tu alcoba duerma el ama.
Cuando en el lecho estés, toma este frasco,
Y apura tú el brebaje que contiene.
Al poco rato, entónces, por tus venas
Se extenderá un temblor pesado y yerto,
Suspenderán tus pulsos sus latidos;
Ni aliento, ni calor, de vida alguna
Señal dará; serán ceniza blanca
Las rosas de tus lábios y mejillas;
Se cerrarán las puertas de tus ojos,
Bien como cuando excluye fiera muerte
El dia de la vida: cada miembro
Parecerá, de agilidad privado,
Tieso, aterido y cual la muerte frio:
En cuyo aspecto rigida por horas
Cuarenta y dos te quedarás, y luego
Despertarás cual de apacible sueño.
Cuando á tu lecho el prometido esposo
Vaya á llamarte, te hallará difunta;
Y, segun es costumbre en nuestra patria,
Con tus mejores galas, descubierta,
En hombros, sobre el féretro, á la antigua
Tumba te llevarán, en que descansan
Desde remota edad los Capuletos.
En tanto, y miéntras yazgas en la tumba,
Informaré por cartas á Romeo
De nuestro plan, y haré que aquí se vuelva;
Tu despertar aguardaremos juntos,
Y aquella noche misma, sin demora,

Te llevará de aquí consigo á Mantua.
Esto te librará de tal oprobio,
Si timidez, ó mujeril flaqueza
Al intentarlo no te roba el brío.

JUL. ¡El frasco dame, y de temor no me hables!

FR. LOR. Tómalo; vé con Dios; y ten firmeza.
Con prisa haré partir un fraile á Mantua
Con cartas mias para el fiel esposo.

JUL. Quedad con Dios.—¡Amor, préstame brío,
Y él dará ayuda y fuerza al pecho mio! (Vánse.)

## ESCENA II.

Una sala de la casa de Capuleto.

*Salen* CAPULETO, *la* CONDESA DE CAPULETO, *el* AMA *y dos* CRIADOS.

CAP. Vé tú, y á tantos huéspedes convida
Cuantos hubiere en este rollo inscritos.
(Váse el primer criado.)
Busca tú á veinte bravos cocineros.

CRIA. Por cierto, no os traeré á ninguno que no lo sea, señor; pues averiguaré ántes si pueden chuparse los dedos.

CAP. ¿Qué prueba ha de ser esa?

CRIA. A fe mia, señor, por fuerza ha de ser mal cocinero aquel que no pueda chuparse los dedos; por tanto el que no pueda chuparse los dedos, no vendrá conmigo.

CAP. Anda.—Véte. (Váse el segundo criado.)
Nos falta tiempo: no habrá nada en órden.
¿Fuése Julieta á ver á fray Lorenzo?

AMA. Sí tal.

CAP. Más vale así. Tal vez el padre
Hará carrera de ella. Por mi vida,
Que es necia y testaruda la rapaza.

*Sale* JULIETA.

AMA. Vedla do viene alegre del convento.
CAP. ¿De dónde vienes, di, rapaza indócil?
JUL. De do aprendí, señor, á arrepentirme
Del crimen de obstinada resistencia
A vos y á vuestras órdenes; y acudo,
Aconsejada por el buen Lorenzo,
A pediros perdon, aquí postrada. (Se arrodilla.)
Perdon humilde os pido; en adelante
Fielmente en todo juro obedeceros.
CAP. Llamad al conde: dadle esta noticia.
Mañana mismo os he de ver unidos.
JUL. Ví en el convento, há poco, al jóven conde,
Y díle vivas muestras de mi afecto,
Sin exceder las lindes del decoro.
CAP. Me alegro á fe: bien hecho. Alza del suelo.
Esto va en regla. Quiero ver al conde.
Id á llamarle al punto, y daos prisa.
¡Vive Dios! que ese fraile reverendo
Merece bien de la ciudad entera.
JUL. ¿Quieres venir conmigo, ama, á mi cuarto,
Para asistirme en escoger las galas
Que he de vestir mañana á juicio tuyo?
COND. Habrá lugar el jueves: tiempo sobra.
CAP. Ama, con ella vé. Mañana, al templo.
(Váse Julieta y el Ama.)
COND. Nos falta tiempo para tanto asunto;
Pues ya anochece.
CAP. Calla, no te apures.
Voy á moverme, y te aseguro, esposa,
Que todo marchará. Vé con Julieta;
Y ayuda á engalanarla; que esta noche
Yo no me acuesto: déjame á mis anchas:
Por esta vez seré yo el ama.—¡Hola!—
Se fueron todos: pues iré yo mismo
A ver al conde Páris, y á animarle

Para mañana. El corazon me baila
De puro gozo al ver que nuestra hijita
Se ha vuelto, de traviesa, tan juiciosa. (Vánse.)

## ESCENA III.

La estancia de Julieta.

*Salen* JULIETA *y el* AMA.

JUL. Sí, me parecen bien estos arreos.
Pero, ama, te suplico que esta noche
Quieras dejarme enteramente á solas:
He menester orar con fe sincera
Para mover al cielo á que benigno
Temple mi condicion, que, como sabes,
Es refractaria y llena de pecado.

*Sale la* CONDESA DE CAPULETO.

COND. Bien os moveis. ¿Necesitais ayuda?
JUL. No, madre: ya las prendas elegimos
Adecuadas al traje de mañana.
Si os place, por favor, dejadme á solas;
Y permitid que el ama os acompañe
Por esta noche, pues estoy segura
Que os hará falta, tanta es la faena
Que este imprevisto caso os ocasiona.
COND. Felices noches, hija; véte al lecho,
Duerme y descansa: buena falta te hace.
(Vánse la condesa de Capuleto y el Ama.)
JUL. ¡Adios! Él sólo sabe si algun dia
Te he de volver á ver. Un temblor frio,
Fatídico circula por mis venas,
Y casi hiela el fuego de la vida.—
Las llamaré porque me den consuelo:
—¡Ama!—Mas ella ¿qué ha de hacer? Á solas
He de representar mi triste escena.

Ven, frasco.—¿Y si el licor no obrara acaso?
¿Habréme de casar mañana?—¡Nunca!
Esto lo evitará.—Tú aquí te quedas.
(Saca un puñal y lo coloca al lado del lecho.)
¿Y si un veneno fuera con que astuto
Tratara el fraile de matarme acaso,
A fin de que esta boda no le infame,
Siendo él quien me casó ya con Romeo?
Lo temo—aunque, por cierto, sin motivo,
Pues siempre fué tenido por devoto.
No quiero fomentar tan vil idea.
¿Y luego, si en la tumba sepultada
Me despertase acaso ántes que llegue
Romeo á redimirme? ¡Oh caso horrible!
¿No moriré en la bóveda asfixiada,
Cuya fétida boca nunca aspira
Ráfaga de aire puro? ¿y cuando llegue,
Ahogada allí no me hallará Romeo?
Y áun cuando viva ¿fácil no seria
Que el cuadro horrible de la muerte y noche,
Con el terror del sitio juntamente,
Allá en la antigua bóveda, recinto
En donde yacen desde edad remota
Amontonados los mohosos restos
De todos mis difuntos ascendientes;
Donde recien sepulto, ensangrentado,
Se pudre el buen Teobaldo en su mortaja,
Adonde, segun dicen, por la noche
Acuden á deshora almas en pena...
¡Ay de mí triste! ¿fácil no seria
Si ántes de tiempo despertase á solas,
Entre fétido olor, entre alaridos,
Cual gritos de mandrágora arrancada
Del suelo, á cuyas voces los mortales
Suelen enloquecer... ¡Ay! si despierto,
¿No he de perder el juicio, sin ventura,
Cercada de tan hórridos terrores?
¿No me pondré á jugar con la osamenta

De mis antepasados como loca?
¿No arrancaré cruel de su mortaja
Al herido cadáver de Teobaldo?
Y en mi furor ¿no acabaré demente
Por aplastar mi seso desquiciado,
Como con una maza, con un hueso,
Tal vez de algun famoso deudo mio?
¡Mirad! ¡Se me figura ver la sombra
Del primo yendo en busca de Romeo,
Quien le espetó en la punta de una espada!
¡Teobaldo espera! ¡Voy, ya voy Romeo!
En honor tuyo el fiero trago apuro.

(Cae en la cama y queda tapada con las cortinas.)

## ESCENA IV.

Una sala grande de la casa de Capuleto.

*Salen la* CONDESA DE CAPULETO *y el* AMA.

COND. Toma esas llaves: tráeme más especias.
AMA. Limon y clavos pide el pastelero.

*Sale* CAPULETO.

CAP. ¡Moveos! ¡moveos! cantó el segundo gallo:
Ya son las tres; ya tocan á maitines.
Angélica, echa un ojo á los pasteles;
No importa el gasto.
AMA. ¡Fuera, cominero!
Idos al lecho: enfermareis mañana
De fijo, si pasais la noche en vela.
CAP. Ni por asomo. Con menor motivo,
Sin enfermar, velé más de una noche.
COND. ¡Ya! No eras tú mal cazador nocturno,
Allá en tus tiempos; mas yo velo ahora
Porque no se repitan tus veladas.

(Vánse la condesa y el ama.)

CAP. ¡Celosa, vive Dios!—¿Qué traes, muchacho?

*Salen* CRIADOS *con asadores, leña y cestas.*

CRIA. 1.° No sé; son cosas para el cocinero.
CAP. Despacha; date prisa. (Váse el criado.)
Y tú, tunante,
Busca más seca leña: llama á Pedro;
El te sabrá decir en dónde se halla.
CRIA. 2.° Yo con tarugos sé entenderme solo;
No necesito molestar á Pedro. (Váse el criado.)
CAP. ¡Hola! ¡bien dicho! ¡el pícaro es gracioso!
Serás rey de tarugos.—Ya es de dia.
Con música vendrá muy pronto el conde:
Así lo prometió. (Suena música dentro.)
Ya le oigo cerca.
¡Ama! ¡mujer!—¿No escuchan?—¡Ama, digo!

*Sale el* AMA.

Vé, despierta á Julieta, y ponla hermosa.
Iré á charlar con Páris entre tanto.
¡Despacha! vé corriendo; el novio llega. (Vánse.)

## ESCENA V.

La estancia de Julieta: Julieta tendida en la cama.

*Sale el* AMA.

AMA. ¡Señora! ¿oís? ¡Julieta!—¡Y cómo duerme!
—¡Pichona! ¡Señorita! eh, dormilona!
¡Prenda! corazoncito! novia! arriba!
—¿Ni una palabra?—¡No teneis mal sueño!
Y haceis muy bien: dormid á pierna suelta,
Porque lo que es mañana, os aseguro
Que tendrá el conde Páris buen cuidado
De que no descanseis.—¡Dios me perdone!
¡Y cómo duerme! Es fuerza despertarla;
¡Vamos, Julieta, amita mia, vamos!

Dejad que el conde os coja así en el lecho;
Vereis qué pronto os despabila. Conque...
(Descorre las cortinas.)
¿Cómo? ¿vestida, y otra vez echada?
Es fuerza que os despierte.—¡Amita! ¡amita!
¡Triste de mí! favor! la niña ha muerto!
¡Mal haya la hora en que nací! Que traigan
Esencias pronto. ¡Ay Dios! Señor! Señora!

*Sale la* CONDESA DE CAPULETO

COND. ¿Qué ruido es este?
AMA. ¡Oh dia lamentable!
COND. ¿Qué hay pues?
AMA. Mirad, mirad, ¡Oh dia aciago!
COND. ¡Ay infeliz de mí! ¡Mi vida! ¡hija!
Despierta, vive, ó moriré contigo!
¡Favor, favor!—Favor y ayuda pide.

*Sale* CAPULETO.

CAP. ¿No os da vergüenza? Salga ya Julieta.
El conde ya llegó.
AMA. ¡Oh aciago dia!
Ha muerto, está difunta, ha muerto, ay triste!
COND. ¡Oh dia aciago! ha muerto! ¡ha muerto, ha muerto!
CAP. ¡Dejadme ver! ¡oh Dios! la encuentro fria!
Su sangre se paró; rígida yace!
Rato ha que huyó la vida de estos labios.
Sobre ella yace pálida la muerte
Cual prematura escarcha sobre el cáliz
De la más bella flor de la pradera.
AMA. ¡Oh lamentable dia!
COND. Ay! hora aciaga!
CAP. La fiera muerte, que robóla aleve
Para arrancar gemidos de mi pecho,
Mi lengua anuda y me arrebata el habla.

*Salen* Fray Lorenzo, Páris *y* músicos.

Fr. Lor. Venid. ¿No está la novia prevenida
Para ir al templo?
Cap. Sí, para ir al templo,
Mas para no volver jamás. ¡Ay, hijo!
En la víspera misma de tu boda
Gozó de tu mujer la fiera muerte.
Mira do yace como flor marchita
Por su crüenta mano desflorada.
Mi yerno y heredero es el sepulcro:
Con mi hija se casó. Morirme quiero,
Y suyo será todo: quien sucumbe,
Lega al sepulcro vida, hacienda y todo.
Pár. ¿Y he ansiado ver el rostro de este dia
Para que vista tal al fin me ofrezca?
Cond. ¡Oh negro, odiado, maldecido dia!
Hora la más fatal que viera el tiempo
En cuantos siglos peregrino anduvo!
¡Una hija amada, una hija sola tuve!
Para solaz y gozo un sér tan sólo,
Y cruda arrebatómelo la muerte!
Ama. ¡Ay mísera de mí! ¡funesto dia!
¡Oh dia de dolor! el más siniestro
Que nunca, nunca vieron estos ojos!
¡Oh dia, oh dia, oh dia, oh dia odiado!
¡Nunca como éste vióse negro dia!
¡Oh dia de dolor! funesto dia!
Pár. ¡Burlado, herido, divorciado, muerto!
¡Por ti burlado, oh muerte aborrecida!
¡Por ti, sañuda muerte arrüinado!
¡Oh amor! ¡oh vida! ¡Ah, no! ¡la que amo ha muerto!
Cap. ¡Mofado, herido, atormentado, muerto!
Tiempo fatal, ¿por qué viniste ahora
A asesinar cruel tan grata fiesta?
¡Ay hija! ¡ay hija! ¡mi alma y no mi hija!
¿Has muerto? ¡Ay, sí! la pobre muerta yace,

Y mi ventura feneció con ella!

Fr. Lor. ¡Callad ya, que es baldon! Tal arrebato
Remedio al mal no ofrece. Con el cielo
Tuvisteis parte en esta hermosa niña;
Ya toda entera al cielo corresponde.
Tanto mejor para la niña hermosa.
La parte que fué vuestra mal pudisteis
Salvar de fiera muerte; pero el cielo
Guarda la parte suya en vida eterna.
Vuestro constante anhelo fué encumbrarla.
Y fué su encumbramiento vuestra gloria.
¿Y hora llorais hallándola encumbrada
Por cima de las nubes, hasta el cielo?
En esto amais tan mal á vuestra hija,
Que os roba el seso el verla tan dichosa.
La que casada muchos años vive,
Jamás se casa bien; mejor casada
Está la que en el cielo halló morada.
Las lágrimas secad; echad romero
Sobre el cadáver bello, y á uso antiguo
Llevadla al templo en sus mejores galas.
Que aunque natura el llanto os aconseja,
Risa es de la razon su amarga queja.

Cap. Las galas que ordenamos para el goce
Conviértanse en arreos para el duelo:
Los instrumentos en campanas roncas,
La alegre boda en lúgubre cortejo,
Los dulces himnos en endechas tristes,
La flor nupcial en fúnebre guirnalda,
Y todo se convierta en lo contrario.

Fr. Lor. Señor, entrad; id vos con él, condesa;
(A Páris.) Id, conde, vos; y todos se preparen
A acompañar la muerta á su sepulcro.
En vos castiga el cielo un extravío:
No le enojeis aún más con llanto impío.
(Vánse Capuleto, la condesa de Capuleto, Páris y fray Lorenzo.)

Mús. 1.° A fe que podemos recoger nuestros instrumentos y marcharnos.

AMA. Podeis ir recogiendo, buena gente;
Pues como veis, el caso es harto triste. (Váse.)
MÚS. 1° Sí, por mi vida, el caso admite enmienda.

*Sale* PEDRO.

PED. ¡Oh músicos, oh músicos, «La paz del corazon» «La paz del corazon!» Si no quereis que me muera, tocad «La paz del corazon (1).»
MÚS. 1.° ¿Por qué «La paz del corazon?»
PED. Porque mi corazon, ¡oh músicos! está tocando «Me mata el cruel dolor.» (2) ¡Ay! tocad alguna tonadilla alegre para consolarme.
MÚS. 1.° Nada de tonadillas. No es esta ocasion de tocar.
PED. ¿Cómo que no?
MÚS. 1.° Que no.
PED. Pues os voy á dar, y firme.
MÚS. 1.° ¿Qué nos vais á dar?
PED. No os voy á dar dinero, por mi vida. Lo que voy á hacer es romperos los instrumentos en las molleras. ¡Hola! ¡viles ministriles!
MÚS. 1.° ¡Miren el lacayo!
PED. ¿Qué es eso de lacayo? Os haré probar muy pronto la daga del lacayo. ¿A mí con corcheas? ¿á mí con bemoles? Yo os enseñaré la solfa. Notadlo bien.
MÚS. Quien tendrá que *notar* sois vos, si nos quereis enseñar la solfa.
MÚS. 2.° Por favor, envainad la daga, y emplead el seso.
PED. Pues yo os serviré con mi seso: yo os zurraré con mi ingenio, que es áun más agudo que mi daga. Contestadme con formalidad:

---

(1) «La paz del corazon» *(Heart's ease)*, estribillo de una cancion popular antigua.
(2) Estribillo de otra cancion.

*Cuando el dolor la frente inclina,*
*Y al pecho roba paz y calma,*
*La voz de música argentina...*

¿Por qué es argentina? ¿porque dice «La voz de música argentina»? ¿Qué decis vos, Simon Bordon?

Mús. 1.° ¡Toma, toma! Porque el sonido del metal argentino es dulce.

Ped. ¡Bien, bien, muy bien! ¿Qué decis vos, Hugo Rabel?

Mús. 2.° Yo digo que es «argentina» porque no suena sino en habiendo plata.

Ped. ¡Muy bien, muy bien! ¿Qué decis vos, Diego Clavija?

Mús. 3.° Por mi vida, no sé qué decir.

Ped. Os pido mil perdones: es verdad que sois el cantante. Yo lo diré por vos. Pues bien: se dice «La voz de música argentina», porque á músicos como vosotros nadie da una moneda de oro para oirles tocar.—

*La voz de música argentina*
*Se las devuelve tierna al alma.*

(Váse cantando.)

Mús. 1.° Qué redomado pícaro es este mozo.

Mús. 2.° ¡Anda, y que le ahorquen! Entremos adentro; aguardaremos á la comitiva del duelo, y veremos si nos dan de comer. (Vánse.)

# ACTO V.

## ESCENA PRIMERA.

Mantua.—Una calle.

*Sale* ROMEO.

ROM. Si á la vision del sueño aduladora
He de dar fe, lo que soñé presagia
Próxima nueva de cercana dicha.
Gozoso ocupa su absoluto trono
El corazon, monarca de mi pecho;
Y desde el alba insólita alegría
Alas al alma da, que el suelo huye.
Soñé que vino y me halló muerto Julia;
(¡Extraño sueño! hacer pensar á un muerto!)
Y con sus besos me infundió tal vida,
Que reviví: y emperador halléme.
¡Cuán dulce debes ser, oh amor gozado,
Cuando tu sombra tal ventura encierra!

*Sale* BALTASAR.

¡Noticias de Verona! Dí, ¿qué ocurre?
Me traes, sin duda, cartas del hermano.
¿Qué hace mi dama? ¿Se halla bien mi padre?
¿Mas cómo está Julieta? te pregunto;

Pues nada estará mal, si está bien ella.
BAL. Ella está bien, y nada mal, por tanto
Su cuerpo en paz descansa en el sepulcro
De Capuleto, y su mortal esencia
Reside con los ángeles. Helada
La ví bajar en la paterna tumba,
Y vine por la posta cuenta á daros.
¡Oh! ¡perdonad si os doy tan triste nueva!
Vos mismo me encargasteis que lo hiciese.
ROM. ¿Será verdad?—¡Tu saña reto, oh sino!
Ya sabes mi morada: deja en ella
Tinta y papel; y alquila dos caballos,
Pues parto por la noche.
BAL. Mi amo, os ruego,
Tened paciencia: estais turbado; fiera
Desdicha pronostica esa mirada.
ROM. ¡Calla! te engañas. Déjame y procura
Cumplir lo que te mando sin demora.
¿No traes recado alguno del hermano?
BAL. Ninguno.
ROM. Nada importa: vé y alquila
Los dos caballos. Vuelvo pronto á casa.
(Váse Baltasar.)
Pues bien, Julieta mia, al lado tuyo
La noche pasaré. Busquemos medios.
¡Ay cuán veloz el daño se introduce
En la razon de aquel que desespera!
Me acuerdo bien de un boticario (y vive,
Sin duda, por aqui), á quien no há mucho
De harapos ví cubierto, cabizbajo,
Cogiendo yerbas: triste era su aspecto,
Mísero y flaco por desdicha grande.
Colgados ví en su tienda una tortuga,
Un caiman disecado, y otras pieles
De informes peces; sobre los estantes
Alrededor, para engañar la vista,
Habia, escasamente repartidos
En órden desigual, vacias cajas,

Vejigas, mustias drogas, tarros verdes,
Retazos desiguales de bramante,
Y viejos panes de marchitas rosas.
Notando esta penuria, así me dije:
—Necesitara alguno de un veneno,
Cuya venta las leyes mantüanas
Prohiben bajo pena de la vida,
Sin duda este infeliz se lo vendiera.—
Aquella reflexion fué precursora
De esta necesidad; y hora es forzoso
Que me la satisfaga este indigente.
Si no recuerdo mal, ésta es su casa:
Por ser festivo el dia, el pordiosero
Tiene cerrada su modesta tienda.
—¡Eh, boticario!—

*Sale el* BOTICARIO.

BOT. ¿Quién tan fuerte llama?
ROM. Sal, hombre; ven. Advierto que eres pobre:
Ten cuarenta ducados; y hora en cambio
Procúrame un veneno tan activo
Que circulando por las venas todas,
Destruya al infeliz que lo tomare,
Y se despida de su triste pecho
El aliento vital con tal violencia,
Como encendida pólvora que rauda
Del crudo seno del cañon se arroja.
BOT. Poseo tales drogas; mas las leyes
De esta ciudad con muerte vil castigan
Al que las venda.
ROM. ¿Estando tan desnudo,
Tan lleno de miserias y pesares,
Aún temes á la muerte? En tus mejillas
Reside el hambre; la indigencia, el duelo
Están de manifiesto en tu mirada:
Vileza, oprobio cuelgan de tus hombros;
Ni el mundo ni su ley te son amigos;

Ninguna ley del mundo te enriquece:
Rómpela, pues, no seas pobre, y toma.
Bot. Consiente mi estrechez, no mi albedrío.
Rom. No tu albedrío, tu estrechez soborno.
Bot. Echad esto en un líquido cualquiera,
Bebedlo; y si el vigor de veinte hombres
Tuvieseis, al instante os diera muerte.
Rom. Toma oro, ten; peor veneno al alma
Y que origina en este bajo mundo
Más muertes que los míseros brebajes
Cuya venta las leyes te prohiben.
No tú, yo soy quien te vendió ponzoña.
Adios; compra alimento, y ponte grueso.
—Cordial y no veneno, hora á la tumba
Donde Julieta yace, ven conmigo,
Do he menester de tu poder, amigo. (Vánse.)

## ESCENA II.

La celda de Fray Lorenzo.

*Sale* Fray Juan.

Fr. Juan. ¡Buen fraile franciscano, hermano, es-
(cucha!

*Sale* Fray Lorenzo.

Fr. Lor. La voz es de fray Juan, si no me engaño.
Con bien de Mantua vengas. ¿De Romeo
Qué nuevas traes? Si vienen por escrito,
Entrégame la carta.
Fr. Juan. Yendo en busca
De un hermano descalzo de la Órden
Con quien quise asociarme, y cuyo oficio
Es ver á los enfermos de esta villa,
Y habiéndole encontrado, por sospechas
De haber estado entrambos de un enfermo
De contagiosa peste en la morada,

Los reconocedores de la villa
Las puertas de la casa nos sellaron,
Negándonos salida; de manera
Que hube de suspender el viaje á Mantua.
FR. LOR. Pues ¿quién llevó mi carta allá á Romeo?
FR. JUAN. No la pude mandar. Aquí la tienes.
Ni quien te la llevase hallé siquiera;
Tenian tal temor de contagiarse.
FR. LOR. ¡Suerte fatal! Por la Orden que profeso,
La carta no era ociosa, que iba llena
De encargos de importancia, y el atraso
Gran daño hacer podrá. Fray Juan, vé, busca
Una barra de hierro, y sin tardanza
Con ella vé á mi celda.
FR. JUAN. Voy, hermano;
Y al punto la tendrás. (Váse.)
FR. LOR. Es fuerza ahora
Que vaya solo al triste mausoleo.
Julia despierta dentro de tres horas;
Se quejará de mí porque noticia
No tuvo de estos lances su Romeo:
No obstante, escribiré de nuevo á Mantua;
Y hasta que vuelva á verla el fiel amante,
La servirá mi celda de morada.
¡Pobre cadáver vivo en tumba helada! (Váse.)

## ESCENA III.

Un cementerio en que se ve el mausoleo de los Capuletos.

*Salen* PÁRIS *y su* PAJE *con flores y una antorcha.*

PÁR. Dame tu antorcha, paje, y te retira...
O apágala; no quiero que me vean.
Tiéndete luego al pié de aquellos olmos,
Y ten tu oreja junto al hueco suelo,
De suerte que no pise planta alguna
El cementerio (cuya tierra suelta

Y removida está con tanta tumba
Como hay en ella abierta) sin que lo oigas;
Y si algo oyeres, luego da un silbido;
Será señal de que se acerca alguno.
Dame esas flores y haz lo que te mando.

PAJE. (Aparte.)
Casi me causa espanto estarme á solas
En este sitio. Pero, al fin, probemos. (Váse.)

PÁR. ¡Oh hermosa flor, vengo á regar con flores
Tu tálamo nupcial! ¡Ay! polvo y piedras
Son su dosel, que yo con agua pura
Acudiré á regar de noche en noche,
Y á falta de ella, con mi llanto y quejas.
Tributaré en exequias á tu tumba
Todas las noches lágrimas y flores. (El paje silba.)
Hizo la seña el paje: álguien se acerca.
¿Cúya maldita planta errante viene
Hácia este sitio en esta noche triste,
A contrariar el fúnebre tributo
Que rinde un pecho amante al sér que llora?
¡Y con antorcha viene! Breve rato,
Embózame en tu manto, amiga noche. (Se retira.)

*Salen* ROMEO *y* BALTASAR *con una antorcha, un azadon, etc.*

ROM. Dame aquel azadon y la palanca;
Toma esta carta, y mira que la entregues
A mi padre mañana á primer hora.
Dame la luz. Te encargo por tu vida
Que no te acerques, vieres lo que vieres,
Oyeres lo que oyeres: sobre todo
No trates de estorbarme en mi tarea.
Bajo á este lecho de la muerte, en parte,
Por contemplar el rostro de mi dama;
Pero ante todo, por quitar del dedo
De su aterida mano un rico anillo
Que he menester en cierta empresa grave.

Por tanto, véte. Empero, si curioso
Volvieras á atisbar mis movimientos,
¡Viven los cielos! te he de hacer pedazos,
Y he de sembrar por este campo estéril,
Hambriento de cadáveres, tus miembros.
La noche y mis intentos son feroces,
Fieros, y más salvajes é implacables
Que hambrientos tigres, ó la mar rugiente.

BAL. Iréme, pues; no quiero molestaros.

ROM. Darásme en ello prueba de cariño.
Toma, buen hombre, vive y sé dichoso.

BAL. (Aparte.) Con todo, cerca me pondré en acecho:
Temo esa cara, y su intencion sospecho.
(Se retira.)

ROM. Maldita sima, seno de la muerte,
Que el bocado más dulce de la tierra
Tragar osaste; así tus fauces abro,
Forzando tus mandíbulas podridas,
Y más te haré tragar á pesar tuyo.
(Abre la puerta del mausoleo.)

PÁR. (Aparte.) Es el Montesco altivo, el desterrado,
El matador del primo de mi amada,
Con el pesar de cuya muerte, dicen,
Murió la hermosa niña; y viene ahora
A profanar, villano, á los difuntos.
Le voy á detener y á darle preso. (Se adelanta.)
Suspende tu sacrílega tarea,
Montesco vil. ¿Prosigues tu venganza
Aún más allá del borde de la tumba?
Villano maldecido, date preso.
Obedéceme y ven: morir te espera.

ROM. Sí tal: morir; por eso aquí me vine.
No tientes, buen mancebo, á un desdichado;
Huye este sitio, y déjame: medita
En estos muertos: que ellos te amedrenten.
No quieras, te lo ruego, buen mancebo,
Con otro crímen agobiar mi alma,
Mi cólera excitando: vé, buen jóven:

Por Dios, más que á mí mismo á ti te quiero,
Pues aquí vengo armado en contra mia.
Vé, huye, y vive; y di que á la clemencia
De un hombre loco debes la existencia.

PÁR. Desprecio tus inútiles conjuros,
Y por villano malhechor te prendo.

ROM. ¿Me quieres provocar? Pues ponte en guardia.
(Riñen.)

PAJE. ¡Riñen! ¡Ay Dios! Llamemos á la ronda.
(Váse.)

PÁR. ¡Ay! ¡yo me muero! (Cae.) Si eres compasivo,
Abre la tumba, y ponme con Julieta. (Muere.)

ROM. A fe, lo haré.—Miremos esta cara.
¡El primo de Mercucio, el noble Páris!
¿Qué dijo mi lacayo, cabalgando
Por el camino, cuando mi alma loca
A sus razones no atendia? Dijo,
Si no recuerdo mal, que el conde Páris
Debió casarse luego con Julieta.
¿No dijo tal? ¿O lo he soñado acaso?
¿O es que me lo imagino en mi locura,
Sólo al oirle pronunciar su nombre?
¡Dame la mano, tú, conmigo inscrito
De la desdicha en el funesto rollo!
Vas á yacer en tumba asaz gloriosa.
¿En una tumba, dije, por ventura?
¡No, malogrado jóven, en un faro!
Pues yace aquí Julieta, y su belleza
Convierte en rica sala de festejo,
Llena de luz, el lóbrego sepulcro.
Yace tú allí, y entierre un muerto á otro.
(Coloca el cuerpo de Páris en el mausoleo.)
Alegre muchas veces en capilla
Su muerte el reo aguarda: los alcaides
Suelen llamar aquel extraño estado
El rayo postrimero de la vida.
¡Bien puedo yo decir que es esto un rayo!
¡Oh dulce prenda! ¡oh tierna esposa amada!

La muerte que apuró de tu alma aliento
La dulce miel, no pudo hacer estrago
En tu belleza aún; no estás vencida:
De la hermosura el pabellon rojizo
Tremola en tus mejillas y tus labios,
Y en ellos no logró la cruda muerte
Enarbolar su pálido estandarte.
¿Tú aquí, Teobaldo, en tu sangriento lienzo?
¿Qué más favor te puedo hacer que airado
Con esta misma mano que tu vida
En flor tronchó, tronchar en flor la vida
De aquel que fué en el mundo tu enemigo?
Perdóname, buen primo. ¡Ay Julia amada!
¿Por qué eres aún tan bella? A creer empiezo
Que arde en amores la incorpórea muerte,
Y que el huesudo, aborrecido monstruo
Para manceba aquí sin luz te guarda.
Por eso aquí me he de quedar contigo;
Y de este alcázar de la oscura noche
Jamás saldré: sí, aquí quedarme quiero
Con los gusanos que han de ser tus siervas;
Eternamente aquí tendré reposo;
Aquí mi hastiado cuerpo el fiero yugo
Sacudirá de la enemiga estrella.
¡Vuestra última mirada echad, mis ojos!
¡Dad, brazos, vuestro abrazo postrimero!
¡Y, oh labios, del vital aliento puertas,
Sellad vosotros con un beso santo
El pacto eterno con la avara muerte!
(Sacando el frasco de veneno.)
—¡Ven, fiero conductor, amarga guía!
Fatal piloto, pon de tu averiada
Nave la proa hácia las duras rocas,
Donde rugiente, airado el mar se estrella.
¡A ti, mi bien! (Bebe.) Buen boticario, activas
Tus drogas son. ¡Besándote, me muero! Muere.)

*Sale por el otro extremo del cementerio* FRAY LORENZO *con linterna, palanca y azadon.*

FR. LOR. ¡Válgame San Francisco, y cuántas veces
Han tropezado mis caducas plantas
Con tumbas esta noche! ¿Quién se acerca?
BAL. Un vuestro amigo, y que os estima, padre.
FR. LOR. ¡Dios te bendiga! Dime, buen amigo,
¿Qué antorcha es la que en vano lumbre presta
A ciegas calaveras y gusanos?
¿De Capuleto no arde en el sepulcro?
BAL. Padre, sí tal, y en él está mi amo,
Uno á quien vos amais.
FR. LOR. ¿Quién es?
BAL. Romeo.
FR. LOR. ¿Cuánto há que se halla en él?
BAL. Hará media hora.
FR. LOR. Ven conmigo al sepulcro.
BAL. No oso, padre.
El amo se imagina que me he ido;
Y amenazóme fiero con la muerte,
Si á atisbar sus intentos me quedase.
FR. LOR. Quédate, pues; iréme solo.—Espanto
Mi pecho embarga. Temo una desdicha.
BAL. Miéntras al pié de este olmo dormitaba,
Soñé que peleaban mi amo y otro,
Y que matólo mi señor.
FR. LOR. (Se adelanta.) ¡Romeo!
¡Ay de mi triste! ¿Cúya sangre tiñe
Las piedras del umbral de este sepulcro?
¿Aquí qué significan estas hojas
Sin dueño, desteñidas, y sangrientas,
En el santuario de la paz?—¡Romeo!
(Entra en el mausoleo.)
¡Pálido está! ¿Quién más? ¡El noble Páris!
Nadando en sangre. Oh, ¿qué hora despiadada
Culpable fué del caso lastimoso?
La dama ya se mueve. (Julieta despierta.)

JUL. ¡Oh, buen hermano!
¡Fraile consolador! ¿dó está mi dueño?
Bien sé el lugar en donde estar debiera;
Y en él estoy. ¡Ay! ¿dónde está mi esposo?
(Ruido dentro.)

FR. LOR. Oigo rumor. Sal pronto de ese nido
De muerte, peste y obligado sueño;
Pues un poder que réplica no admite,
Frustró nuestro designio. ¡Ven, oh, vente!
Tu esposo allá en tu seno yace muerto;
Páris tambien. ¡Oh, ven! Te pondré en salvo
En un convento de devotas monjas.
No me preguntes más; la ronda viene.
¡Julieta, ven! pues ya que parta es fuerza.

JUL. Vé, corre, vé; pues yo de aquí no salgo.
(Váse el fraile.)
¿Qué es esto? ¿Un frasco que mi amado empuña?
Causó un veneno su temprana muerte.
¡Ingrato! ¿Todo lo apuraste? ¡Todo!
¿Y ni una amiga gota me dejaste
Para seguirte? Besaré tus labios:
Tal vez aún cuelgue algun veneno de ellos,
Y me dará su bálsamo la muerte.
Calientes aún están. (Le besa.)

ALG. 1.° (Dentro.) ¿Dónde es, muchacho?

JUL. ¿Qué? ¿ruido? Pues entónces seré breve.
(Coje el puñal de Romeo.)
¡Oh bien hallado acero! Esta es tu vaina.
(Se clava el puñal.)
Cúbrete aquí de orin, y dame muerte.
(Cae muerta sobre el cadáver de Romeo.)

*Sale la ronda con el* PAJE *de* PÁRIS.

PAJE. Este es el sitio; allí do arde la antorcha.

ALG. 1.° Cubierto el suelo está de roja sangre.
Recorran dos ó tres el cementerio;
Y prendan á cualquiera que encontraren.
(Vánse algunos alguaciles.)

Muerto aquí yace el conde. ¡Oh fiera vista!
Y recien muerta, derramando sangre,
Caliente todavía está Julieta,
Que hace dos dias yace aquí enterrada.
Id; informad al príncipe; y al punto
Llamad á Capuletos y Montescos.
Vosotros registrad. (Vánse algunos alguaciles.)
De la honda tumba
Vemos el fondo en que estos muertos yacen;
Mas ¿quién podrá llegar, sin más noticia,
Al verdadero fondo de estos males?

*Vuelven á salir* ALGUACILES *con* BALTASAR.

ALG. 2.° Aquí teneis al criado de Romeo.
Le hallamos en el mismo camposanto.
ALG. 1.° Hasta que venga el príncipe guardadle.

*Vuelven á salir* ALGUACILES *con* FRAY LORENZO.

ALG. 3.° A un fraile aquí teneis que tiembla y llora.
Quitámosle esta azada y esta pala,
Al dar con él, huyendo de esta parte.
ALG. 1.° Prended tambien al fraile, es sospechoso.

*Sale el* PRÍNCIPE *con acompañamiento.*

PRIN. ¿Qué desventura tan madrugadora
Viene á robarme el matinal sosiego?

*Salen* CAPULETO, *la* CONDESA DE CAPULETO *y otros.*

CAP. ¿Qué ocurre? ¿por qué gritan de esa suerte?
COND. Gritando va la gente por la calle
Romeo, algunos Julia, y otros Páris,
Y todos van corriendo á voz en grito,
En direccion de nuestro mausoleo.

PRÍN. ¿Qué espanto es este que el oido asorda.
ALG. 1.° Muerto aquí yace, Alteza, el conde Páris.
Muerto Romeo aquí; y aquí caliente,
Y recien muerta Julia, ya difunta.
PRÍN. Id, indagad y descubrid al punto
La causa de este bárbaro homicidio.
ALG. 1.° Aquí teneis á un fraile y al lacayo
Del difunto Romeo que herramientas
Llevaban propias para abrir las tumbas.
CAP. ¡Cielos! ¡esposa! ¡mira cual arroja
Sangre nuestra hija!—Erró el puñal la senda:
Su vaina allá en el cinto de Romeo
Vacía está, mal envainada su hoja
Aquí en el corazon de mi Julieta.
COND. ¡Ay! ¡ay de mí! la vista de estos muertos,
Como repique de campana, advierte
A mi vejez cuán cerca está la tumba!

*Salen* MONTESCO *y otros.*

PRÍN. Montesco, ven: temprano te levantas
A ver á tu hijo aún más temprano echado.
MON. ¡Ay, príncipe! Murió mi esposa anoche:
Pesar por el destierro de mi hijo
Cortó su aliento. ¿Qué otra desventura
Contra mi edad conspira?
PRÍN. Ven, contempla,
Y lo verás.
MON. ¡Oh, tú, mal enseñado!
¿Qué urbanidad es esta? ¿A entrar te atreves
Primero que tu padre en el sepulcro?
PRÍN. Sellad los labios al ultraje en tanto
Que estas ambigüedades aclaremos,
Y sepamos su fuente y cierto orígen.
Jefe seré de vuestro duelo entónces,
Y hasta la muerte os guiaré yo mismo.
Silencio miéntras tanto; y la desgracia
De la paciencia humilde esclava sea.

Que traigan á las partes sospechosas.
Fr. Lor. Aunque el que ménos puede, más que en nadie
Recae en mí sospecha del delito,
Pues hablan hora y sitio en contra mia;
Y vedme aquí dispuesto á condenarme
Y defenderme juntamente, siendo
Fiscal y defensor en causa propia.
Prín. Di, pues, en breve lo que de esto sepas.
Fr. Lor. Breve seré, que el plazo de mi vida
Es ménos largo que un pesado cuento.
Romeo, que en la tumba muerto yace,
De la Julieta aquella fué marido;
Y ella, que allá á su lado yace muerta,
Fué compañera fiel de aquel Romeo.
Yo los casé: de su furtiva boda
Fué el dia el de la muerte de Teobaldo;
Por cuya ofensa desterrado al punto
Salió el recien casado de esta villa:
Su ausencia, no la muerte de Teobaldo,
Lloró Julieta. Por calmar su angustia
La prometisteis vos al conde Páris,
Queriéndola casar con él por fuerza.
Entónces vino á mi, la faz turbada,
Pidiendo que trazara yo algun medio
Para librarla de un segundo enlace;
Si no, juró matarse allí en mi celda.
Por mi arte aleccionado, díle entónces
Letárgico brebaje, que produjo
El deseado efecto, despertando
En ella la apariencia de la muerte.
Y miéntras tanto le escribí á Romeo
Que se volviera acá para ayudarme
A redimirla de fingida muerte;
Pues se agotaba en esta noche horrenda
La misteriosa fuerza del brebaje.
Pero fray Juan, con quien mandé la carta,
Por un fatal suceso detenido,

Ayer la carta devolvió á mis manos.
Entónces, sólo, á la hora prefijada
En que del sueño despertar debia,
Vine á sacarla de la antigua tumba,
Pensando cobijarla allá en mi celda,
Hasta hallar hábil medio de anunciarlo
Todo á Romeo. Pero cuando vine,
(Minutos ántes que ella despertase)
Hallé en el suelo, en hora prematura
Muertos al fiel Romeo y noble Páris.
Ella despierta al fin; y yo la imploro
Que huya conmigo, y con paciencia sufra
La voluntad del cielo. En esto un ruido
Me ahuyenta de la tumba. La doncella,
Harto desesperada, huir no quiso,
Mas dióse, al parecer, violenta muerte.
Todo esto sé. Tambien el ama estaba
En el secreto de la oculta boda.
Si en tal desastre culpa alguna tuve,
Sacrificad mi vida, ya caduca,
Breves horas no más ántes de tiempo,
En aras de la ley más rigurosa.

PRIN. Siempre te tuve por varon devoto.
¿En dónde está el lacayo de Romeo?
¿Qué sabes tú?

BAL. Llevéle yo á mi amo
Noticia de la muerte de Julieta;
Y por la posta aquí de Mantua vino,
A este lugar, al mismo mausoleo.
Para su padre dióme aquesta carta,
Y me mandó entregarla sin demora.
Y entrando en el sepulcro, amenazóme
Con fiera muerte, como no me fuese,
Y le dejase á solas en la tumba.

PRIN. Entrégame la carta: quiero verla.
¿Dónde está el paje que llamó á la ronda?
¿Rapaz, qué hacia tu amo en este sitio?

PAJE. Vino con flores de su amor la tumba

A engalanar. Mandóme que me fuese;
Y lo hice así en efecto. Al poco rato
Vino con luz un hombre á abrir la tumba:
Sacó contra él la espada mi amo luego;
Y entónces fuíme en busca de la ronda.

PRIN. Esta carta confirma las palabras
Del fraile; sus secretos amoríos,
Las nuevas de la muerte de Julieta.
En ella escribe que compró un veneno
De un pobre boticario, y de él provisto,
Se vino aquí á morir en esta tumba,
Y á reposar al lado de Julieta.
¿Dó están esos rivales? ¡Capuleto!
¡Montesco! ved qué maldicion castiga
El odio vuestro: el cielo medios halla
De ahogar con el amor vuestra ventura.
Y yo por tolerar discordias tales
Lloro á dos deudos. Todos pena sufren.

CAP. Montesco ¡oh hermano! dame acá tu diestra,
La viudedad de mi hija, pues más que esto
No oso pedir.

MON. Pues yo más puedo darte:
Haré eregir su estatua de oro puro;
Y en tanto que Verona así se nombre,
No habrá en el mundo efigie tan perfeta
Como esa de la bella y fiel Julieta.

CAP. Tan rica al lado la tendrá Romeo:
¡Víctimas ¡ay! de nuestro feudo reo!

PRIN. Turbia es la paz que esta alborada trae:
De lástima su rostro el sol oculta.
Venid, y se sabrá sobre quien cae
El peso de la ley, y á quien indulta.
Nunca hubo historia tan doliente, creo,
Como ésta de Julieta y su Romeo (Vánse.)

# COMO GUSTEIS.

## PERSONAJES.

EL DUQUE, *desterrado.*
FEDERICO, *su hermano y usurpador de sus Estados.*
AMIENS, JAQUES, } *nobles del séquito del duque desterrado.*
LE BEAU, *cortesano al servicio de Federico.*
CÁRLOS, *luchador de Federico.*
OLIVERIO, JACOBO, ORLANDO, } *hijos del sire Roldan de Boys.*
ADAN, DENNIS, } *criados de Oliverio.*
PIEDRADETOQUE, *bufon.*
DON OLIVERIO DEGÜELLATEXTOS, *cura párroco.*
CORINO, SILVIO, } *pastores.*
BLAS, *labrador, amante de Tomasa.*
*Una persona que representa á Himeneo.*
ROSALINDA, *hija del duque desterrado.*
CELIA, *hija de Federico.*
FEBE, *pastora.*
TOMASA, *labradora.*
*Nobles, pajes y acompañamiento, etc.*

---

ESCENA: en la casa de Oliverio; la córte de Federico, y la selva de Ardenas.

# ACTO PRIMERO.

## ESCENA PRIMERA.

El jardin de la casa de Oliverio.

*Salen* ORLANDO *y* ADAN.

ORL. Si no me acuerdo mal, Adan, fué de este modo: me dejó en su testamento nada más que la miseria de mil coronas, y como tú dices, encargó á mi hermano, por su bendicion, que me educase con esmero; y aquí es donde empiezan mis desdichas. Mantiene en la escuela á mi hermano Jacobo, y la fama cuenta maravillas de su aprovechamiento. En cuanto á mí, me cria á lo rústico en casa, ó por mejor decir, me tiene en casa sin criar: pues ¿podrá llamarse crianza digna de un gentilhombre de mi alcurnia, la que no difiere del trato que se da á un buey? Mejor se crian sus caballos; pues además del buen pienso que les pone lucios, se les enseña su escuela, á cuyo efecto gasta grandes sumas en picadores. Pero yo, su hermano, nada adquiero bajo su tutela sino estatura, por lo cual tanto tienen que agradecerle las bestias que yacen en sus estercoleros como yo. Además de esta nada, que tan pródigamente me reparte,

no parece sino que me arrebata con su comportamiento lo poco que me dió naturaleza: me hace comer con sus siervos, me niega el puesto de hermano, y pone de su parte cuanto puede á fin de socavar mi innata nobleza con mi crianza. Esto es, Adan, lo que me da pena; y el espíritu de mi padre que en mí se anida, segun creo, empieza á rebelarse contra esta servidumbre. No lo aguanto por más tiempo; aunque no sé todavía de qué astuto medio valerme para sacudir su yugo.

ADAN. Allí viene mi amo, vuestro hermano.

ORL. Retírate, Adan; verás con qué aspereza me trata.

*Sale* OLIVERIO.

OLI. ¡Hola, galan! ¿qué haceis aquí?

ORL. Nada. No me enseñan á hacer nada.

OLI. ¿Pues entónces, qué es lo que estais echando á perder?

ORL. A fe, señor, os estoy ayudando á echar á perder á una hechura de Dios, á un pobre hermano vuestro, aunque indigno, con holgazanear.

OLI. ¡Ea! buscad mejor ocupacion, y callad una vez.

ORL. ¿Quereis que guarde vuestros puercos y coma hollejos con ellos? ¿Qué herencia de hijo pródigo he derrochado yo para verme en tal miseria?

OLI. ¿Sabeis dónde estais?

ORL. Sí, señor, perfectamente; aquí en vuestro jardin.

OLI. ¿Sabeis delante de quién estais?

ORL. Sí tal, mejor de lo que me conoce aquel en cuya presencia estoy. Sé que sois mi hermano mayor, y por el vínculo de parentesco que nos une, debierais reconocerme en igual modo. El

fuero de las naciones os hace superior á mí, porque sois el primogénito; pero ese mismo fuero no es parte á arrebatarme los derechos vinculados en mi sangre, no, y áun cuando hubiera veinte hermanos entre nosotros: tanta parte de mi padre hay en mí como en vos; aunque confieso que, habiendo nacido ántes que yo, os hallais más inmediato al respeto debido á su persona.

OLI. ¿Cómo, rapaz?

ORL. Vamos, vamos, hermano mayor, sois muy mozo para eso.

OLI. ¡Cómo! ¿Me vas á pegar, villano?

ORL. No soy villano: soy el hijo menor del sire Roldan de Boys; él fué mi padre, y quien se atreva á decir que semejente padre engendró villanos, es él mismo tres veces villano. Si no fueras mi hermano, no te soltara el cuello con esta mano, hasta arrancarte la lengua con esta otra por haber pronunciado esa palabra. Te ofendes á ti mismo.

ADAN. Amos mios, calmaos: por la memoria de vuestro padre, poneos de acuerdo.

OLI. Suéltame te digo.

ORL. Lo haré cuando me plazca. Me oireis. Mi padre os encargó en su testamento que me dieseis esmerada educacion; me habeis criado como un rústico, encubriendo y ocultando de mi vista todas las prendas que deben adornar á un caballero. El espíritu de mi padre se subleva en mi, y no lo aguanto más. Por lo tanto, permitid que me entregue á ejercicios dignos de mi noble cuna, ó dadme el escaso haber que mi padre me legó en su testamento, y con ello iré á probar fortuna.

OLI. ¿Y qué vas á hacer? ¿pedir limosna cuando eso te se acabe? Bien, idos adentro; no vivireis mucho tiempo más á costa mia: en parte con-

seguireis vuestro deseo. Pero soltadme, os ruego.

ORL. No os quiero molestar más que en cuanto lo exija mi interes.

OLI. Lárgate con él, perro viejo.

ADAN. «Perro viejo.» ¿Es esta la recompensa que me dais? Es muy cierto: en el servicio vuestro se me han caido los dientes. ¡Bien haya mi pobre amo! Él no me hubiera dicho semejante expresion. (Vánse Orlando y Adan.)

OLI. ¡Hola! ¿esas tenemos? ¿Empiezan ya á subírseme á las barbas? Ya te meteré yo en cintura; pero lo que es las mil coronas, tampoco las catarás. ¡Hola, Dennis!

*Sale* DENNIS.

DEN. ¿Llamaba vuestra merced?

OLI. ¿No me queria hablar Cárlos, el luchador del duque?

DEN. Si os place; está allá fuera, y pide licencia para entrar.

OLI. Que éntre. (Váse Dennis.) Buen medio es; y mañana es la lucha.

*Sale* CÁRLOS.

CAR. Tenga vuestra merced muy buenos dias.

OLI. ¡Oh, mi buen Cárlos! ¿qué nuevas hay en la nueva córte?

CAR. No hay en la córte más nuevas que las antiguas, señor; á saber, que el viejo duque ha sido desterrado por su hermano, el nuevo duque; y tres ó cuatro cortesanos fieles le han seguido en destierro voluntario, cuyas tierras y rentas enriquecen al nuevo duque; por lo cual les da de buen grado permiso para viajar.

OLI. ¿Me podeis decir si Rosalinda, la hija del viejo duque, ha sido desterrada con su padre?

CAR. Nada de eso; pues la hija del duque, su

prima, la quiere tanto, habiéndose criado siempre juntas desde la cuna, que la hubiera seguido en su destierro, ó hubiera muerto quedando sin ella. Está en la córte, y su tio no la quiere ménos que á su propia hija. Nunca se amaron dos mujeres como ellas se aman.

OLI. ¿Dónde irá á vivir el viejo duque?

CAR. Dicen que está ya en la selva de Ardenas, y que hay con él mucha gente alegre, y viven allí como gitanos. Dicen que acuden á hacerle compañía todos los dias muchos hijos de casas nobles, y que pasan el tiempo alegremente como en la edad de oro.

OLI. Decid: ¿vais á luchar mañana delante del duque?

CAR. Si, señor; y vine con objeto de comunicaros cierto asunto. He sabido por vías indirectas que vuestro hermano menor, Orlando, está dispuesto á medir sus fuerzas conmigo, disfrazado. Hidalgo, la lucha de mañana es para mí cuestion de honor; y el que logre salir de mis manos sin un hueso roto, podrá darse por dichoso. Vuestro hermano es jóven y blando, y por el afecto que os tengo, sentiria dejarle mal parado, como será fuerza, aunque no fuere más que por salvar mi honra, si se presenta á luchar. Por cuya razon vine aquí movido por la amistad que os tengo, á fin de que le disuadais de su intento, ó de otra suerte, no tomeis á mal cualquiera desgracia que le pudiera acontecer, pues ya veis que él mismo va en busca de su daño, que no está en mi mano evitar.

OLI. Cárlos, te agradezco el afecto que me muestras, y que yo sabré retribuir cumplidamente, como ya verás. Yo mismo tuve noticia del propósito de mi hermano, y bajo cuerda he tratado de disuadirle; pero está resuelto. Dígote, Cárlos, que es el rapaz más testarudo de toda

Francia, lleno de ambicion, emulador envidioso de las buenas prendas de los demas, y conspirador secreto y pérfido contra mi, su propio hermano. Por lo tanto, lo dejo enteramente á tu discrecion; tanto gusto me darás con romperle la nuca como con romperle un dedo. Y... estáte alerta; pues si le humillas en lo más mínimo, ó si él no se cubre de gloria á expensas tuyas, tratará de envenenarte, te tenderá algun lazo ó te cogerá á traicion, y no te dejará á sol ni á sombra hasta que te haya quitado la vida de una manera ó de otra; pues te aseguro, y te lo digo casi con lágrimas en los ojos, que no hay entre los vivientes sér tan jóven y tan perverso. Te hablo de él, al fin, como hermano; pero si fuera á pintártelo tal como es, tendria que ruborizarme y echarme á llorar, y tú tendrias que palidecer y asombrarte.

CAR. Me alegro en el alma que haya venido á veros. Si se presenta mañana, yo le ajustaré las cuentas. Como él vuelva á andar por sus piés, juro que no he de volver á luchar por más premios. Y con esto, Dios guarde á vuestra merced.

OLI. Adios, buen Cárlos. (Váse Cárlos.) Ahora voy á aguijar á ese quimerista. Aún espero vivir hasta verle enterrado; pues mi alma, aunque no sé por qué, le odia más que nada en este mundo. Sin embargo, es de índole apacible; nada instruido, y sin embargo ilustrado; lleno de nobles arranques; de todos amado con delirio; y en verdad le quiere tanto la gente, y sobre todo la gente mia, que es la que mejor le conoce, que soy completamente desestimado. Pero esto no ha de seguir así: este luchador lo arreglará todo. No falta más que aguijar al rapaz para que acuda á la lucha, y voy á ponerlo por obra al instante. (Váse.)

## ESCENA II.

Una explanada delante del palacio ducal.

*Salen* CELIA *y* ROSALINDA.

CEL. Ruégote, Rosalinda, querida prima, que estés alegre.

ROS. Querida Celia, manifiesto más alegría de la que siento, ¿y aún me quieres ver más alegre? Si no puedes enseñarme á olvidar á un padre desterrado, no debes exigir que acuda á mi imaginacion placer alguno extraordinario.

CEL. Por lo cual veo que no me amas con todo el ardor con que yo te quiero. Si mi tio, tu desterrado padre, hubiese desterrado á tu tio, el duque mi padre, con tal que te quedaras tú á mi lado, hubiera podido enseñar á mi afecto á mirar á tu padre como mio; y lo mismo harias tú, si tu amor hácia mí fuera de temple tan sincero como el mio hácia ti.

ROS. Pues bien, me olvidaré de la condicion de mi propio estado para alegrarme del tuyo.

CEL. Ya sabes que mi padre no tiene más hijos que yo, ni es probable que los tenga; y á fe, cuando se muera, serás tú su heredera; pues lo que él quitó por fuerza á tu padre, yo te lo devolveré de buen grado: por mi honra que lo he de hacer; y cuando quebrante este juramento, véame yo transformada en monstruo. Por lo tanto, mi dulce Rosa, mi querida Rosa, sé jovial.

ROS. En adelante lo seré, prima, y no pensaré más que en diversiones. Veamos: ¿te parece bien que nos enamoremos?

CEL. ¡Brava idea! Hazlo, prima, enamórate por broma; pero no ames á hombre alguno de ve-

ras; ni en broma te engolfes más allá de cierto límite, no pasando del cual puedas, merced á un honesto sonrojo, retirarte libre y en salvo.

Ros. ¿En qué nos divertiremos pues?

Cel. Sentémonos, y ahuyentemos con burlas á la buena matrona Fortuna de su rueda, á fin de que en lo sucesivo reparta sus dones con más equidad.

Ros. ¡Ojalá! pues á menudo alcanza sus favores quien ménos lo merece, y la pródiga ciega suele equivocarse más que en nada en galardonar á las mujeres.

Cel. Es cierto; pues á la que hace bella, raras veces la hace honrada, y á la que hace honrada la hace muy fea.

Ros. No tal, ahora confundes el oficio de la fortuna con el de la naturaleza: la fortuna ejerce su dominio sobre los dones del mundo, no sobre los rasgos de la naturaleza.

*Sale* Piedradetoque.

Cel. ¿No? Pues si la naturaleza hace á una criatura hermosa, ¿por fortuna, no puede caerse en el fuego? Por más que la naturaleza nos haya dado talento bastante para burlarnos de la fortuna, ¿no nos manda acaso la fortuna á este necio para que se acabe nuestra conversacion?

Ros. A fe que esta vez pudo más la fortuna que la naturaleza, cuando logra embotar el natural talento con un natural idiota.

Cel. Tal vez más que obra de la fortuna sea esto obra de la naturaleza, la cual hallando nuestro natural talento harto torpe para argüir de tales diosas, nos manda á este idiota para que nos sirva de aguzadera; pues siempre sirvió la torpeza del necio de aguzadera al discreto.

¡Hola! seor discrecion, ¿á dónde bueno caminais?

PIED. Señora, os ha menester vuestro padre.

CEL. ¿Y sois vos su mensajero?

PIED. No, por mi honor; pero me han dado órden de llamaros.

CEL. ¿De quién aprendiste ese juramento, bufon?

PIED. De cierto caballero que juró por su honor que las tortas eran buenas, y por su honor juró que la mostaza era mala. Pues bien, yo sostengo que las tortas eran malas y que la mostaza era buena, y no obstante, no juró en falso el caballero.

CEL. ¿Y cómo pruebas eso, gran pozo de ciencia?

ROS. Vamos á ver, desenvaina tu agudeza.

PIED. Dad un paso adelante las dos; pasaos las manos por las caras y jurad por esas barbas que soy un pícaro.

CEL. Por estas barbas, si las tuviésemos, que eres un pícaro.

PIED. Por mi picardía, si la tuviese, que lo seria. Pero si jurais por lo que no existe, no jurais en falso, como tampoco juró en falso aquel caballero que juraba por su honor, pues no lo tuvo jamás, ó si lo tuvo alguna vez, se le habia ido todo en juramentos, ántes de clavar los ojos en aquellas tortas y en aquella mostaza.

CEL. ¿A quién aludes, por dicha?

PIED. A cierto caballero á quien quiere vuestro padre, el viejo Federico.

CEL. Basta que le quiera mi padre para que sea honrado. No hables de él. Todavía te han de azotar por maldiciente.

PIED. Tanto peor, si no permiten á los bufones hablar con cordura de las locuras que cometen los sabios.

CEL. A fe mia, dices verdad: pues desde que pusieron freno al poco talento que adorna á

los bufones, anda muy suelta la poca necedad que deslustra á los sabios. Aquí viene Monsieur Le Beau.

Ros. Con la boca llena de nuevas.

Cel. Que nos comunicará como la paloma el sustento á su cria.

Ros. En tal caso nos cebará de nuevas.

Cel. Mejor, así seremos más vendibles.

*Sale* Le Beau.

*Bon jour*, Monsieur Le Beau, ¿qué hay de nuevo?

Le Beau. Hermosa princesa, habeis perdido una brava diversion.

Cel. ¿Diversion? ¿de qué color?

Le Beau. ¿De qué color? ¿Cómo he de contestaros á eso?

Ros. Como os lo den á entender vuestro talento y la Fortuna.

Pied. O como el destino lo disponga.

Cel. Bien dicho. Eso es aplicárselo con trulla.

Pied. Ya se ve, si no arrojo mi grano de sal...

Ros. Pierdes tu antiguo sabor.

Le Beau. Me pasmais, señoras. Yo os queria hablar de una famosa lucha, cuyo espectáculo habeis perdido.

Ros. Contadnos cómo pasó.

Le Beau. Os contaré el principio, y si os place, podeis ver el fin; pues aún falta lo mejor, y vienen hácia aquí á ejecutarlo.

Ros. Sepamos el principio, que está ya muerto y enterrado.

Le Beau. Se presenta un anciano con sus tres hijos...

Cel. Sé yo de un cuento que empieza así.

Le Beau. Guapos mozos los tres, de buena estatura y forzudos...

Ros. Con letreros al cuello: «Sepan todos los presentes...»

Le Beau. El mayor de los tres luchó con Cárlos, el luchador del duque, el cual Cárlos le derribó al suelo y le rompió tres costillas, de suerte que apenas le quedan esperanzas de vida; otro tanto hizo con el segundo y con el tercero. Allí quedaron, y el pobre anciano, su padre, prorumpe en tales ayes sobre ellos, que todos los espectadores le hacen coro con su llanto.

Ros. ¡Ay triste!

Pied. ¿Pero qué diversion es la que han perdido las damas, Monsieur?

Le Beau. Pues, la de que os hablo.

Pied. No hay como vivir para aprender. Es la primera vez en mi vida que oigo decir que el ver á la gente romperse las costillas sea diversion para damas.

Cel. Y yo te lo aseguro.

Ros. ¿Y aún hay quien guste de que le toquen esa solfa en los costados? ¿aún hay quien se desviva porque le hundan las costillas? ¿Presenciaremos esta lucha, prima?

Le Beau. Será forzoso si os quedais aquí; pues éste es el lugar destinado para la lucha, y están prontos á ejecutarla.

Cel. Cierto; mira dónde vienen.—Quedémonos y veámosla.

*Tocan clarines. Salen el* duque Federico, *cortesanos*, Orlando, Cárlos *y pueblo.*

Duque. Ea pues; ya que el mancebo no quiere atender á razones, que escarmiente en cabeza propia.

Ros. ¿Es aquel el osado?

Le Beau. Aquel es, señora.

Cel. ¡Ay! ¡es muy mozo! Sin embargo, tiene aire de vencedor.

DUQUE. ¿Qué es esto, hija y sobrina? ¿Os habeis deslizado hasta aquí para presenciar la lucha?

ROS. Sí, gran señor, si benigno nos otorgais permiso.

DUQUE. Tendreis poco gusto en ello, os aseguro; pues es muy desigual la pareja. Por lástima de los pocos años del desafiador quisiera disuadirle; pero no se deja aconsejar. Habladle vosotras, á ver si lograis moverle.

CEL. Decidle que se acerque, buen Monsieur Le Beau.

DUQUE. Hacedlo, yo me retiraré. (Se aleja.)

LE BEAU. Señor desafiador, las princesas desean hablaros.

ORL. Espero humilde sus órdenes.

ROS. ¿Mancebo, habeis retado á Cárlos el luchador?

ORL. No, bella princesa; él es el desafiador universal: no hago sino presentarme, como otros muchos, á medir con él la robustez de mi juventud.

CEL. Buen mancebo, vuestro brío es harto temerario para vuestros pocos años. Habeis presenciado una prueba cruel de la fuerza de ese hombre. Si os vierais con nuestros ojos, ó si os juzgarais segun nuestro criterio, la desconfianza del éxito os aconsejaria ménos atrevida empresa. Os rogamos, por vuestro propio bien, que penseis en el peligro á que os exponeis, y renuncieis á esta prueba.

ROS. Hacedlo así, buen mancebo, que esto no ha de ser parte á mancillar vuestra reputacion. Pediremos al duque que se suspenda la lucha.

ORL. Os suplico que no me castigue vuestro pensamiento con hacerme tan poco favor, aunque yo mismo me confieso culpable por negar cosa alguna á tan bellas y tan nobles damas. Sean en mi ayuda tan sólo en esta empresa vuestros

hermosos ojos, y vuestros buenos deseos. Si en ella quedo vencido, se cubrirá de baldon uno que jamás alcanzó honores; si muero, sucumbirá uno que otra cosa no desea; ningun daño haré á mis amigos, pues no tengo uno solo que me llore; ni agravio al mundo, pues nada en él poseo; ocupo tan sólo en el mundo un lugar que otro podrá llenar con más provecho cuando yo lo haya desocupado.

Ros. Quisiera que fuera en vuestra ayuda la poca fuerza que tengo.

Cel. Y yo la mia para acrecentar la suya.

Ros. El cielo os guarde. ¡Dios quiera que me equivoque en vos!

Cel. Que os salga todo á medida de vuestro deseo.

Carl. ¡Ea! ¿dónde está ese jóven valiente que tan deseoso se muestra de yacer en uno con su madre tierra?

Cel. Pronto está, aunque son más modestos sus deseos.

Duque. No hareis más que una suerte.

Car. Esté tranquilo vuestra Alteza; no será menester que le animeis para la segunda, vos que con tanto ahinco le habeis disuadido de la primera.

Orl. Si pensais burlaros de mí despues de la lucha, no debierais burlaros de mí ántes de ella. Pero, vamos allá.

Ros. ¡Hércules sea contigo, mancebo!

Cel. Quisiera ser invisible para asir de la pierna á ase forzudo. (Luchan.)

Ros. ¡Oh, jóven valiente!

Cel. Si despidieran rayos mis ojos, ya sé yo quien vendria al suelo. (Cae Cárlos. Se oye un grito de alegría.)

Duque. ¡No más! ¡no más!

Orl. Sí tal, os ruego, Alteza; aún no me he desahogado.

Duque. ¿Qué tal te sientes, Cárlos?

LE BEAU. No puede hablar, Alteza.
DUQUE. Lleváoslo. ¿Cómo os llamais, mancebo?
ORL. Orlando, señor; soy el hijo menor del sire Roldan de Boys.
DUQUE. Quisiera que hijo fueras de algun otro.
Tuvo á tu padre en alta estima el mundo;
Mas yo cual enemigo halléle siempre.
Más gusto en esta accion me hubieras dado,
Si hubieras descendido de otra estirpe.
Mas Dios te guarde, que eres bravo mozo.
Quisiera que á otro padre me nombraras.
(Vánse el duque, acompañamiento y Le Beau.)
CEL. A ser mi padre ¿hiciera yo esto, prima?
ORL. Aunque el menor, de aquel Roldan prefiero
Buen hijo ser: de estado no trocara,
Aunque heredero me nombrase el duque.
ROS. Quiso á Roldan mi padre con la vida,
Y todos opinaban cual mi padre.
A haber sabido yo que era hijo suyo,
No sólo ruegos, lágrimas le diera,
Antes que permitir que de esa suerte
Se aventurara.
CEL. Ven, querida prima,
A darle gracias, y á infundirle brío.
El corazon me parte de mi padre
La ruda condicion, de envidia llena.
—Loor mereceis, galan; si como amante
Cumplís vuestras promesas tan fielmente
Como cumplisteis con exceso cuanto
De vos nos prometimos, vuestra amada
Feliz podrá llamarse.
ROS. (Dándole una cadena que se quita del cuello.)
Caballero,
Ceñídla al cuello cual recuerdo mio;
Una infeliz reñida con la suerte
Que más os diera á no faltarle medios.
Vámonos, prima.
CEL. Hidalgo, Dios os guarde.

ORL. ¿Ni áun gracias puedo daros? Tengo el alma
Rendida á vuestros piés: me habeis trocado
En mármol yerto, en tronco sin sentido.
ROS. ¿Nos llama? Sí. Preguntaré qué quiere:
Con mi fortuna se rindió mi orgullo.
Hidalgo, ¿nos llamábais por ventura?
Luchasteis con valor, y habeis vencido
No sólo al adversario.
CEL. Vamos, prima.
ROS. Ya voy.—Con Dios quedad.
(Vánse Rosalinda y Celia.)
ORL. ¿Qué afecto extraño
Mi lengua traba con tan grave peso?
Dióme ocasion de hablar, y hablar no pude.
¡Ay, pobre Orlando, derrotado fuiste!
Cárlos ó algo más débil te domina.

*Sale* LE BEAU.

LE BEAU. Hidalgo, os aconsejo como amigo
Que huyais de aquí; que áun cuando merecisteis
Aplauso, amor y distinguido premio,
Con todo, es tal la condicion del duque,
Que da sentido avieso á cuanto hicisteis:
Es veleidoso asaz, y más conviene
Que imagineis lo que es, sin que os lo diga.
ORL. Os lo agradezco, hidalgo: y os suplico
Que me digais cuál hija fué del duque
De las dos que la lucha presenciaron.
LE BEAU. Ninguna, si juzgais por sus modales.
Pero, en efecto, la menor es su hija;
Del duque desterrado es hija la otra,
A quien por compañera de su Celia
Su tio usurpador aquí detiene.
Su mutuo amor excede el lazo estrecho
Del fraternal cariño. Mas me consta
Que empieza ya á mirar con malos ojos
El fiero duque á su gentil sobrina,

Sin otro fundamento que el aplauso
Universal que su virtud alcanza,
Y porque todos lástima la tienen
Por el amor del duque, su buen padre;
Y el odio que su pecho hácia ella abriga,
Estallará de pronto. Adios, hidalgo:
Quisiera en otro mundo mejor que éste
Tener con vos más amistad y trato.

ORL. Os quedo agradecido. El cielo os guarde.

(Váse Le Beau.)

Salgo del humo y caigo en la humareda.
Huyendo voy la saña de un tirano,
Y en brazos de otro doy, mi crudo hermano.
¡Mas Rosalinda, celestial criatura!

## ESCENA III.

Una sala del palacio.

*Salen* CELIA *y* ROSALINDA.

CEL. ¡Pero prima! ¡Rosalinda! ¡Piedad, oh dios Cupido! ¡Ni una palabra!

ROS. Ni una para echársela á un perro.

CEL. No, tus palabras son harto preciosas para echarlas á perros; échame algunas á mí; déjame baldada á fuerza de razones.

ROS. Habria entónces dos primas postradas: una baldada con razones, y otra loca sin ninguna.

CEL. ¿Pero es todo por causa de tu padre?

ROS. No, es en parte por causa de la hija de mi padre. ¡Ay, y cuán sembrado de abrojos está el sendero de esta mísera vida!

CEL. No son más que cadillos, prima, que te arrojaron en una hora de broma; si no caminamos por la senda trillada, hasta nuestras mismas faldas los irán recogiendo.

Ros. Si colgaran de mi falda, pronto los sacudiria: es que los tengo clavados en el corazon.
Cel. Tose, á ver si los arrojas.
Ros. Tosiera de veras, si con toser le pudiera atraer á mi lado.
Cel. Vamos, vamos, lucha con esa pasion.
Ros. ¡Ay! es que se pone de parte de un luchador más valiente que yo.
Cel. ¡Válgate el cielo! Ya vendrá dia en que te midas con él, aunque te cueste una caida. Pero, dejando á un lado estas bromas, hablemos con formalidad. ¿Es posible que á primera vista te hayas prendado de tal modo del hijo menor del anciano sire Roldan?
Ros. El duque, mi padre, quiso con extremo á su padre.
Cel. ¿Y es alguna razon para que quieras tú con extremo á su hijo? Por ese camino, yo le deberia odiar, pues mi padre odió con extremo á su padre; sin embargo, no odio á Orlando.
Ros. No, por Dios, no le odies, por causa mia.
Cel. ¿Y por qué le he de odiar? ¿No es digno de aprecio?
Ros. Quiérale yo por eso, y quiérele tú porque yo le amo. Mira, aquí se acerca el duque.
Cel. Echando dagas por los ojos.

*Salen el* Duque Federico *y acompañamiento.*

Duque. Sobrina, sin demora, disponeos.
A abandonar mi córte.
Ros. ¿Yo?
Duque. Vos misma.
Si dentro de diez dias te encontrasen
A veinte millas de esta córte, mueres.
Ros. Permita vuestra Alteza que me vaya
Sabiendo en qué falté. Si algun dominio
Sobre mi misma ejerzo, si conciencia

De mis acciones tengo, si no sueño,
Si no deliro—y de eso Dios me libre,—
Ni con el pensamiento no engendrado
Os ofendí jamás, mi noble tio.

DUQUE. Siempre habla así el traidor: si con palabras
Lavar pudiera su nefando crímen,
Tan inocente como el cielo fuera.
Saber te baste que de ti recelo.

ROS. Recelo en vos, traicion en mí no acusa.
Sepa yo en qué se funda tal sospecha.

DUQUE. Hija eres de tu padre, y eso basta.

ROS. Tal era cuando el cetro le quitasteis;
Tal era cuando os plugo desterrarlo.
No; la traicion, Alteza, no se hereda;
Y áun cuando con la sangre se heredara,
Eso ¿qué á mí? No fué traidor mi padre.
No hagaisme, Alteza, os ruego, la injusticia
De creer que es alevosa mi pobreza.

CEL. Padre mio y señor, prestadme oido.

DUQUE. Celia, por causa tuya aquí la tuve,
Si no, saliera errante con su padre.

CEL. Entónces no os pedí que se quedara:
Bondad fué vuestra, y fué por vuestro gusto.
Para estimarla aún era niña entónces;
Mas ahora la conozco, y si es traidora,
Lo soy tambien: durmimos siempre juntas,
A un tiempo despertamos, estudiamos,
Jugamos y comimos juntas siempre,
Y cual de Juno los nevados cisnes,
Juntas fuimos doquier é inseparables.

DUQUE. Muy lista es para tí; su mansedumbre,
Y su silencio mismo y sufrimiento
Hablan al pueblo, quien se apiada de ella.
Necia de ti, te roba hasta tu nombre:
Te juzgarán más bella y más virtuosa
No estando ella á tu lado; sella el labio.
Irrevocable y firme es mi sentencia
Que en ella recayó. Vaya al destierro.

CEL. El mismo fallo, Alteza, en mí recaiga.
Vivir no puedo sino al lado de ella.
DUQUE. ¡Necia!—Disponte tú á partir, sobrina;
Pues si se cumple el plazo, y no te has ido,
Te juro por mi honor, que en cumplimiento
De mi palabra sacrosanta, mueres.
(Vánse el duque Federico y acompañamiento.)
CEL. ¿Dónde te irás, ¡ay! pobre Rosalinda?
¿Quieres trocar de padre? ¡Ay! ¡toma el mio!
Mayor que mi tristeza no es la tuya.
ROS. Pero es mayor la causa.
CEL. No, querida.
¡Anímate! ¿No sabes que mi padre
Me desterró tambien?
ROS. No tal.
CEL. ¿Qué dices?
¿Falto de amor tu pecho no te enseña
Que Rosalinda y Celia son la misma?
¿Nos han de desunir, mi prenda amada?
¿Nos han de separar? Ah, no lo esperes.
Puede buscar mi padre otra heredera.
Discurre, pues, conmigo en nuestra fuga:
Di ¿qué hemos menester? ¿á dónde vamos?
Ni trates de cargar con todo el peso
De tu desdicha por dejarme libre.
¡Juro por ese cielo, que se anubla,
Y palidece viendo nuestros males,
Di lo que quieras, partiré contigo!
ROS. ¿Mas dónde iremos?
CEL. ¿Dónde? En busca
De mi tio, de Ardenas á la selva.
ROS. ¡Mas ay! ¡Qué de peligros correremos!
¿Doncellas, y emprender tan largo viaje!
Provoca aún más que el oro la hermosura
Al robador.
CEL. Me cubriré de harapos;
Me tiznaré la cara; haz tú lo propio,
Y así, sin miedo alguno á los ladrones,

Podremos ir en paz.

Ros. ¿Mejor no fuera,
Por ser yo de estatura más crecida
Que la vulgar, que me vistiese de hombre?
Ceñida al lado la flamante daga,
En la diestra el venablo—y aunque esconda
Flaqueza mujeril asaz mi pecho—
El exterior será marcial, valiente,
Como el de mucho fanfarron cobarde
Que con las apariencias miedo infunde.

Cel. ¿Qué nombre te daré cuando hombre seas?

Ros. El del paje de Jove nada ménos.
¡Cuidado, pues! me llamo Ganimedes.
¿Mas tú qué nombre tomarás?

Cel. Alguno
Que cuadre bien á mi supuesto estado:
Celia no más, he de llamarme Aliena.

Ros. ¿Y, prima, si sacásemos á hurto
Al bufon de la córte de tu padre,
No fuera para el viaje un gran alivio?

Cel. ¿Quién, él? Irá conmigo al fin del mundo.
Que corra de mi cuenta. Vamos pronto,
Y recojamos joyas y dinero.
Discurre la hora y ocasion propicias
Para burlar pesquisas que en mi busca
Sin duda harán. Contentas, pues, partamos,
Que á libertad y no á destierro vamos. (Vánse.)

# ACTO SEGUNDO.

## ESCENA PRIMERA.

La selva de Ardenas.

*Salen el* DUQUE, AMIENS, *y dos ó tres* NOBLES, *vestidos de monteros.*

DUQUE. Compañeros y hermanos de destierro,
¿No hace más grata el hábito esta vida
Que la de vana pompa? ¿En estos bosques
No hay más sosiego que en la córte artera?
De Adan la pena aquí sentimos sólo:
Del tiempo la mudanza, el diente agudo
Y ronco regañar del cierzo helado;
Que cuando en mí se ceba, cuando azota
Mi cuerpo con su soplo, aunque de frio
Me hace temblar, con faz risueña exclamo:
«Esta lisonja no es; son consejeros
Que lo que soy tangibles me revelan.»
Dulce es el fruto de la adversa suerte,
Que, como el sapo venenoso y feo,
Lleva en la frente joya inestimable.
Y nuestra vida, exenta de bullicio,
Lengua á las plantas da, ciencia al arroyo,
Halla en piedras virtud, doquier provecho.
No la trocara, á fe.

AMI. Dichoso, Alteza,
Quien, como vos, en manso y dulce estilo
Sabe exponer del hado los rigores.
DUQUE. Venid: ¿iremos á matar venados?
Con todo, me da pena que estos pobres
De abigarrada piel, siendo nativos
De este lugar desierto, á nuestras manos
Heridos caigan por el dardo agudo
En sus confines propios.
NOBLE 1.° Cierto, Alteza,
Que lo lamenta mucho el triste Jaques;
Y jura que usurpais en tal sentido
Aún más que vuestro hermano que os destierra.
Hoy mismo Amiens y yo nos deslizamos
Tras él, miéntras de un roble al pié yacia,
Cuya antigua raíz baña el arroyo
Que murmurando va por esta selva.
A tal lugar ¡cuitado! un pobre ciervo,
Del dardo agudo del montero herido,
Vino á desfallecer; y os juro, Alteza,
Que daba el infeliz suspiros tales,
Que á cada queja aguda parecia
Que iba á estallar su tersa vestidura.
Como guijas las lágrimas sin tregua
Por su inocente faz tristes corrian;
Y en tanta cuita el infeliz velludo,
Mirado atento por el triste Jaques,
Se estaba al borde del veloz arroyo,
Con lágrimas sus aguas aumentando.
DUQUE. ¿Pero qué dijo Jaques? ¿No dedujo
Moral alguna de tan tierna escena?
NOBLE 1.° Por medio de mil símiles. Primero,
De aquel llorar en el crecido arroyo:
«¡Ay infeliz venado!» dijo: «haces
Como el varon mundano testamento:
Aún legas más á quien de sobra tiene.»
Viéndole luego solo, abandonado
De sus amigos de sedoso pelo:

«Bien hecho,» dice, «así la desventura
Corta del trato el flujo.» En breve un hato,
De pasto lleno, sin mirarle pasa
En confuso tropel: «Sí,» dijo Jaques;
«Seguid alegres, lucios ciudadanos.
¡Así sucede siempre! ¿A qué los ojos
Volver hácia este mísero insolvente!»
De este modo con sátiras critica
Campo, ciudad y córte, y ni áun perdona
Nuestra modesta vida, sino jura
Que usurpadores somos y tiranos,
O algo peor, por espantar los ciervos
Dándoles muerte en su natal morada.

DUQUE. ¿Y en tal contemplacion le abandonasteis?

NOBLE 2.° Sí tal, señor; gimiendo y comentando
La triste suerte del cuitado ciervo.

DUQUE. Enseñadme el lugar; gusto de oirle
En sus arranques tétricos; entónces
Rebosa discrecion.

NOBLE 1.° Venid á verlo. (Vánse.)

## ESCENA II.

Una sala del palacio.

*Salen el* DUQUE FEDERICO *y acompañamiento.*

DUQUE. ¿Será posible? ¿qué? ¿no verlas nadie?
No puede ser: villanos de mi córte
De acuerdo en esto están, y lo consienten.

NOBLE 1.° De nadie sé que la haya visto, Alteza.
Las damas de su cámara la vieron
En cama anoche, y esta madrugada
Huérfano de su dueña el lecho hallaron.

NOBLE 2.° Falta tambien aquel bufon, Alteza,
Que tanto os alegraba con sus chistes.
Hesperia, la doncella de vuestra hija,
Confiesa que la oyó secretamente

Ensalzar con su prima los modales
Y prendas del mancebo que en la lucha
Dias atras rindió al forzudo Cárlos;
Y cree que donde quiera se hayan ido
Con ellas ha de estar aquel mancebo.

DUQUE. Id á buscarle á casa de su hermano;
Traëd á ese galan; y si está ausente,
Venga su hermano, haremos que él lo busque.
Hacedlo pronto, y no haya tregua alguna
En la investigacion y seguimiento,
Hasta dar con las locas fugitivas. (Vánse.)

## ESCENA III.

Delante de la casa de Oliverio.

*Salen* ORLANDO *y* ADAN *por opuestos lados.*

ORL. ¿Quién va?

ADAN. ¿Sois vos, mi noble y jóven amo?
¡Amo, querido mio! ¡Oh viva efigie
Del buen Roldan! ¿Qué haceis en este sitio?
¿Por qué virtuoso sois? ¿por qué os adoran?
¿Por qué sois tan valiente, fuerte y noble?
¿Por qué en vencer tuvisteis tanto empeño
Al luchador del caprichoso duque?
Con harta rapidez aquí la fama
De vuestro triunfo os vino precediendo.
¿Orlando, no sabeis que á ciertos hombres
Les sirven de enemigos sus virtudes?
Así las vuestras son traidores santos
Que han hecho juramento de perderos.
¿Qué mundo es éste, donde la nobleza
Ponzoña es para el alma en que se anida!

ORL. ¿Qué ocurre pues?

ADAN. ¡Oh jóven sin ventura!
No entreis aquí; bajo este techo vive
De todas vuestras gracias el verdugo.

Sí, vuestro hermano... hermano no... mas hijo...
Hijo tampoco... indigno es de ser hijo
Del hombre á quien iba á llamar su padre;
Supo de vuestro triunfo, y por la noche
Piensa quemar la choza que os cobija,
Y á vos en ella. Si este golpe falla
Tendrá otros medios para daros muerte.
Puesto en acecho pude oir sus planes:
Esta no es casa, es cueva de asesinos;
Aborrecedla, huid, no entreis en ella.

ORL. ¡Adan! ¿y dónde quieres que me vaya?

ADAN. No importa donde, como aquí no fuere.

ORL. ¿Qué? ¿quieres que por Dios vaya pidiendo
Un bocado de pan? ¿quieres que salga
Turbulento al camino y me arrebate
Con vil espada pérfido sustento?
Esto he de hacer, ó ya no sé qué hacerme;
Y esto jamás haré por mal que vaya.
Prefiero someterme á la malicia
Y al despotismo de un sangriento hermano.

ADAN. No, no hagais tal. Yo tengo cien doblones,
Mi escaso haber, que ahorré con vuestro padre,
Y atesoré para enfermero un dia,
Cuando baldada la aptitud yaciese
En mis caducos miembros, y en olvido
Quedase mi vejez arrinconada.
Tomad, y aquel que al pájaro sustenta,
Y próvido abastece al grajo, sirva
De arrimo á mi vejez. Tomad el oro;
Tomadlo todo: vuestro siervo sea;
Aunque parezca viejo, soy robusto,
Pues en mi juventud jamás bebida
Excitadora adulteró mi sangre;
Jamás con frente impúdica la senda
Seguí que al mal y á la impotencia guia.
Por tanto, es mi vejez lozano invierno,
Frio, pero apacible. Buen mi amo,
Dejad que os acompañe; he de serviros

Tan bien como el más jóven, en negocios
Y en cuantos menesteres os ocurran.
ORL. ¡Oh buen anciano! ¡cómo en ti se advierte
La fe constante de la edad antigua,
Cuando por el deber, no por el lucro,
Sudor vertia la sumisa frente!
No estás cortado al uso de estos tiempos,
En que, si no es por lucro nadie suda;
Y satisfecha la ambicion, al punto
Al amo olvidan. No eres tú de aquellos.
Mas, pobre anciano, un seco tronco podas,
Que en pago de tu esmero y tu cuidado,
Rendir no puede triste flor siquiera.
Mas ven, iremos juntos; tal vez ántes
que tus ahorros parcos agotemos,
Algun vivir modesto encontraremos.
ADAN. Guiad, yo os seguiré con fe sincera
Hasta el postrer aliento, adonde quiera.
De tres á quince lustros ha que vivo
Aquí, de donde salgo fugitivo.
Jóven, se vence al hado en su porfía;
A los ochenta es ocasion tardía.
Mas del destino sólo un bien reclamo:
Morir en paz, y no debiendo al amo. (Vánse.)

## ESCENA IV.

La selva de Ardenas.

*Salen* ROSALINDA, *como* GANIMÉDES; CELIA, *como* ALIENA, *y* PIEDRADETOQUE.

ROSA. ¡Oh, Júpiter, y qué rendida está mi alma!
PIED. Poco me importaria mi alma, si no estuviesen tan rendidas mis piernas.
ROS. Seria capaz de deshonrar mi traje varonil y de llorar como una mujer. Pero es menester que anime á la parte más débil; pues ropilla y cal-

zas, deben mostrarse animosas en presencia de una saya. Por tanto, ten valor, mi buena Aliena.

CEL. Os ruego, compartid conmigo esta pena, no puedo seguir adelante.

PIED. Por mi parte, más quiero compartir vuestra pena que cargar con vuestro cuerpo; sin embargo, aunque cargase con vos, no cargaria con ninguna cruz, pues se me antoja que no llevais blanca en la faltriquera.

ROS. Al fin, estamos en la selva de Ardenas.

PIED. Sí, ya estoy en las Ardenas. ¡Necio de mí! cuando estaba en casa, me hallaba en mejor lugar; pero el viajero no debe ser descontentadizo.

ROS. No lo seas, buen Piedradetoque. Mirad quien viene: un jóven y un anciano en solemne plática.

*Salen* CORINO *y* SILVIO.

COR. Con eso harás que te desdeñe siempre.

SIL. ¡Corino, tú no sabes cuánto la amo!

COR. En parte lo adivino; amé en mi tiempo.

SIL. Nó, siendo viejo, adivinar no puedes,
Aunque hayas sido, allá en tus mocedades,
Tan fiel amante como el más devoto
Que en soledad suspira á media noche.
Mas si tu amor fué ardiente como el mio
(Aunque cual yo no amó ninguno creo)
¿En cuántos despropósitos te indujo
Tu loco amor?

COR. En mil que no recuerdo.

SIL. ¡De corazon no amaste nunca entónces!
Si no recuerdas la menor locura
Que te hizo cometer amor tirano,
No amaste nunca: si cual yo me siento,
No te sentaste triste, al que te escucha
Cansando con elogios de tu dama,

No amaste nunca: si con ceño adusto
No abandonaste brusco al compañero,
Cual mi pasion me obliga á hacerlo ahora
No amaste nunca. ¡Oh, Febe, Febe, Febe! (Váse.)

Ros. ¡Pobre zagal! ¡buscando yo tu herida,
Por mi desdicha, con la propia he dado!

Pied. Y yo con la mia. Me acuerdo que cuando estaba enamorado, rompí mi espada contra un canto, y le dije que tomase eso por atreverse á rondar de noche á Juana la Risueña; y me acuerdo de cómo besé la batidera, y los pezones de la vaca que habia ordeñado con sus lindas manazas llenas de grietas; me acuerdo como dí en cortejar, como si fuera á ella misma, á una vaina de guisantes, de la cual saqué dos, y volviéndoselos á dar, dije con lágrimas en los ojos: «Póntelos por amor mio.» Nosotros los verdaderos amantes, damos en locuras notables; pero así como todo es mortal por naturaleza, del mismo modo todos los que están mortalmente enamorados son tontos por naturaleza.

Ros. Discurres con más seso de lo que piensas.

Pied. Ya lo sé; jamás me haré cargo de la agudeza de mi talento, hasta que me rompa las canillas en ella.

Ros. ¡Dios de amor! el del zagal
Es en todo al mio igual!

Pied. Y al mio; aunque en mí se va poniendo algo rancio.

Cel. Os ruego, preguntad á aquel buen hombre
Si á cambio de oro nos dará sustento:
Me muero de desmayo.

Pied. ¡A vos, villano!

Ros. Calla, bufon, que no es pariente tuyo.

Cor. ¿Quién llama?

Pied. Necio, vuestros superiores.

Cor. Si no lo fueran, míseros serian.

Ros. Callad.—Que Dios os guarde, buen amigo.

Cor. Y á vos, gentil galan, y á todos juntos.
Ros. Pastor, te ruego, si es que á cambio de oro
O de amistad, en este yermo sea
Posible procurar algun sustento,
Que nos conduzcas donde algun reposo,
A nuestros miembros demos y comamos.
Rendida de viajar está esta jóven,
Y de hambre desfallece.
Cor. Noble hidalgo,
La compadezco; y más por causa suya
Que por la mia propia, deseara
Ser más capaz de socorrerla, creedme.
Pero de otro hombre soy pastor humilde,
Y no esquilo el ganado que apaciento.
Mi dueño es hombre de carácter rudo,
Y por hospitalario no se afana
En dar con el camino de la gloria.
Tambien su ejido, pastos y ganado
De venta están, y en el cortijo ahora,
Por causa de su ausencia, nada queda
De que podais comer; mas lo que hubiere
Venid á ver, y haré cuanto pudiere.
Ros. ¿Quién compra sus rebaños y sus pastos?
Cor. Aquel zagal que visteis há un instante,
Que poco empeño tiene en comprar nada.
Ros. Te ruego, si es que en ello no hay ofensa,
Que compres el ejido, pasto y reses;
Dinero te daremos para el pago.
Cel. Y mejor sueldo. Pláceme este sitio,
Y muy contenta en él gastara el tiempo.
Cor. Es cierto que la granja está de venta.
Venid, y si os gustare por informes
El suelo, sus productos y esta vida,
La compro con vuestro oro sin tardanza,
Y os cuidaré celoso la labranza. (Vánse.)

## ESCENA V.

La selva.

*Salen* AMIENS, JAQUES *y otros.*

CANCION.

AMI. *Quien á la grata sombra,*
*Tendido en verde alfombra,*
*Gusta de unir suave*
*Su voz á la del ave,*
*Acuda al bosque y yazga al lado mio,*
*Donde otro mal*
*No halla el mortal*
*Que crudo invierno, lluvia y viento frio.*

JAQ. Más, más, te ruego, más.

AMI. Os pondrá melancólico, Monsieur Jaques.

JAQ. Y gracias. Más, te ruego, más. Sorbo melancolía de una cancion, como sorbe huevos una comadreja. Más, te ruego, más.

AMI. Tengo la voz ronca: sé que no os puedo dar gusto.

JAQ. No pido que me deis gusto, pido que canteis. Vamos, más; otra estrofa. ¿No se llaman estrofas?

AMI. Como querais, Monsieur Jaques.

JAQ. ¡Qué me importan á mí sus nombres! Nada me deben. ¿Quereis cantar?

AMI. Más bien por complaceros que por mi propio gusto.

JAQ. Pues bien, si alguna vez doy las gracias á hombre alguno, os las daré á vos; aunque lo que se suele llamar cumplimiento, es como el encuentro de dos monos, y cuando un hombre me da las gracias de corazon, me figuro que le he dado una blanca, y que me da en

cambio las gracias á lo pordiosero. Pero cantad, y los que no quieran, que cierren el pico.

AMI. Pues acabaré la cancion.—Vosotros entre tanto cubrid la mesa: el duque quiere beber á la sombra de este árbol. Os ha estado buscando todo el dia.

JAQ. Y yo todo el dia le he estado huyendo. Es muy discutidor para mí. Me pasan tantas cosas por la imaginacion como á él, pero doy gracias á Dios y no me jacto de ello. Vamos, trinad, trinad.

CANCION.

(Todos juntos.)

*Quien no fuere ambicioso,*
*Y toma el sol gustoso,*
*Busca el propio sustento,*
*Y cómelo contento,*
*Acuda al bosque, acuda al bosque umbrío,*
*Donde otro mal*
*No halla el mortal*
*Que crudo invierno, lluvia y viento frio.*

JAQ. Os diré una copla para esa música que compuse ayer á despecho de mi estro poético.

AMI. Y yo la cantaré.

JAQ. Dice así:

*Si por ventura en burro*
*Se trueca algun cazurro,*
*Y por hacer el oso*
*Deja casa y reposo,*
Duc ad me, duc ad me, duc ad me:
*Otro animal*
*Como él, tal cual,*
*Aquí verá si acude á mi señal.*

AMI. ¿Qué es eso de *duc ad me?*

JAQ. Es un conjuro griego para exorcizar en círculo á los necios. Me voy á dormir, si es que puedo lograrlo; si no, voy á renegar de todos los primogénitos de Egipto.

AMI. Y yo iré en busca del duque: ya queda preparado el banquete. (Vánse por distintos lados.)

## ESCENA VI.

La selva.

*Salen* ORLANDO *y* ADAN.

ADAN. Amo mio, no puedo seguir adelante. ¡Ay, me muero de hambre! Aquí me tiendo, y mido mi sepultura. Adios, mi buen amo.

ORL. ¿Qué es esto, Adan? ¿Tan flaco corazon tienes? Vive un poco más, anímate un poco, alégrate un poco. Como encierre este áspero bosque animal salvaje alguno, le serviré yo de pasto, ó te lo traeré para pasto á tí. Más cerca de la muerte está tu imaginacion que tus fuerzas. Déjate consolar, hazlo por causa mia. Ten la muerte á raya un breve rato; volveré á tu lado al instante; y si no te traigo algo que comer, te daré permiso para morir; pero si mueres ántes que yo vuelva, te burlarás de mi cuidado. ¡Bravo! ¡bien! ¡ya tienes aire más risueño! Estaré de vuelta al momento. Pero estás aquí á la intemperie. Ven, te pondré á cubierto en alguna parte; y no morirás por falta de sustento, como haya cosa viva en este desierto. ¡Animo, buen Adan! (Vánse.)

## ESCENA VII.

La selva.—Una mesa cubierta.

*Salen el* DUQUE, AMIENS *y* NOBLES, *vestidos de bandoleros.*

DUQUE. Se ha trasformado en fiera, segun creo;
No le hallo en parte alguna en forma de hombre.
NOB. 1.° Fuése poco há de aquí, do estuvo alegre
Oyendo una cancion.
DUQUE. Si él, que es conjunto
De disonancias, se aficiona al canto,
Tendremos discordancia en las esferas.
Idle á buscar, decid que quiero hablarle.

*Sale* JAQUES.

NOBLE 1.° Me ahorra tal trabajo su llegada.
DUQ. ¿Qué es esto, hidalgo? ¿qué conducta es esta?
¿De cuándo acá tan cara á los amigos
Vendeis vuestra amistad? ¿Estais risueño?
JAQ. ¡Un bobo, un bobo! hallé en el bosque un bobo!
¡Era un bufon de abigarrado traje!
¡Oh mundo miserable! Tan seguro
Como de carne soy, dí con un bobo;
Quien á tomar el sol se echó en el césped,
Y contra la Fortuna en vituperios
La lengua desató—¡de qué manera!
¡Y era un bufon de abigarrado traje!
«¡Albricias, bobo!» dije. «Nó,» responde;
«Llamadme bobo cuando fuere rico.»
Luego sacó un reloj de sol, y dice
Con mucho seso, miéntras lo contempla
Con turbios ojos: «Son las diez en punto.
Ahí vemos,» dijo, «cómo el mundo marcha:

Hace un hora no más eran las nueve;
Dentro de un hora más serán las once;
Así, pues, de hora en hora maduramos;
Y luego de hora en hora nos pudrimos;
Y de aquí pende un cuento.» Y yo que escucho
A aquel bufon de abigarrada chupa
Discurrir sobre el tiempo de esa suerte,
Siento tal comezon, que mis pulmones
Chillaron más que gallo á la alborada,
Sólo al pensar que en un bufon hubiese
Tanta profundidad contemplativa.
Reíme sin descanso un hora entera
Por su reloj de sol. ¡Valiente bobo!
¡Bufon insigne! Creed, no hay otro traje
Que el de arlequin.

DUQUE. ¿Y qué bufon es ese?

JAQ. ¡Bufon insigne! Ha sido cortesano,
Y dice que las mozas, si son bellas,
Tienen tambien el don de conocerlo.
Y en su cerebro, que es tan seco como
Galleta que sobró tras largo viaje,
Tiene extraños rincones atestados
De observaciones que á retazos suelta.
¡Oh! ¡quién fuera bufon! ¡Ya sólo aspiro
A revestirme de berrendo sayo!

DUQUE. Y lo tendrás.

JAQ. Es mi único deseo;
Con tal que desterreis de vuestra mente
Cualquiera conviccion que en ella cunde
Respecto á mi cordura. He de ser libre;
Con privilegio lato como el viento,
Para herir con mi soplo á quien quisiere:
Goza el bufon de tal prerogativa.
Y aquel á quien hostiguen más mis pullas
Ha de reirse más. ¿Por qué? Es llano
Como el sendero que á la iglesia guia.
Obrara neciamente quien, herido
Por el bufon con cuerda sutileza,

No se mostrase invulnerable al golpe,
Por más que le escociera; de otra suerte,
Bastaran á poner en evidencia
La necedad del sabio hasta los tiros
Ménos certeros del bufon. Colgadme
Mi sayo de arlequin; y permitidme
Que diga cuanto piense, y por completo
El cuerpo infecto purgaré del mundo,
Si paciente á mi régimen se entrega.

DUQUE. Calla, desvergonzado; sé qué harias.

JAQ. ¿Qué hiciera, pues? Un bien, sin duda alguna.

DUQUE. Pecar vilmente al criticar pecados.
Pues libertino fuiste allá en tus tiempos,
Y más lascivo que el sensual instinto,
Y cuantos males, cánceres y llagas
Cogiste licencioso y depravado,
Quisieras propagar por todo el orbe.

JAQ. ¿Pues quién, si yo censuro el necio orgullo,
Podrá decir que á tal ó cual ofendo?
¿En raudo flujo cómo el mar no se hincha
Hasta mermar los medios que le nutren?
¿A qué vecina de la córte nombro,
Al afirmar que ostentan cortesanas
En sus indignos hombros régios dones?
¿Cuál me podrá decir que aludo á ella,
Si tal como ella en todo es su vecina?
¿Y quién, áun siendo del más bajo oficio,
Podrá decir que nada á mí me importa
Su blasonar, pensando que á él aludo,
Sin amoldar su necedad al sesgo
De mi discurso? ¿Pues por dónde? ¿cómo?
¿En qué, decidme, le ultrajó mi lengua?
¿Dijo verdad? Pues él á sí se ultraja;
Y si es sin tacha, vuela mi censura
Como silvestre ganso que sin dueño
Los aires cruza. ¿Pero quién se acerca?

*Sale* ORLANDO.

ORL. ¡Tened! No comais más.
JAQ. Aún no he comido.
ORL. Ni comerás en tanto que no sacie
Hambre mayor que la que á ti te acosa.
JAQ. ¿De qué casta de pájaros es éste?
DUQUE. ¿Te lleva á tal extremo tu miseria,
O eres despreciador del trato urbano,
Que así te atreves falto de crianza?
ORL. Hablasteis con acierto en lo primero.
De la necesidad la aguda espina
De cortesía huérfano me deja.
Tierra adentro nací; sé qué es cultura;
¡Pero tened, os digo! y nadie coma,
Sopena de morir, de estos manjares,
Mientras no salga de mi duro aprieto.
JAQ. Pues si no os satisfacen las razones,
Morir será forzoso.
DUQUE. ¿Qué os apura?
Vuestra humildad podrá forzarnos ántes
Que vuestra fuerza á ser con vos corteses.
ORL. Me muero de hambre; dadme algun sustento.
DUQUE. Sentaos á nuestra mesa, y bien venido.
ORL. ¿Con tal blandura hablais? ¡Oh, perdonadme!
Pensé que aquí salvaje fuera todo;
Por eso revestíme de este aspecto
De austero mando. Mas seais quien quiera,
Vosotros que en desierto inaccesible,
Gastais de tristes ramas á la sombra
En dulce olvido las pesadas horas;
Si alguna vez mejores tiempos visteis,
Si alguna vez oisteis el repique
De ronca esquila que os llamaba al templo,
Si de hombre honrado en el festin amigo
Alguna vez probasteis un bocado,
Si alguna vez del párpado piadoso
Una furtiva lágrima enjugasteis,

Si en vuestros pechos compasion se anida,
O si sabeis lo qué es hallarla en otros,
Dejad que mi humildad os haga fuerza.
Lo espero, y con rubor mi espada envaino.

DUQUE. Mejores tiempos vimos, es lo cierto;
Y al son de sacra esquila al templo fuimos;
Tambien comimos con honrada gente;
Y lágrimas del párpado enjugamos,
Lágrimas que engendró piedad divina;
Sentaos, por tanto, en amistad sincera,
Y sin reparo disponed de cuanto
Pudiere dar alivio á vuestra angustia.

ORL. Pues esperad tan sólo un breve instante,
Miéntras cual cierva vaya raudo en busca
De mi cervato, á darle algun sustento.
De aquí no léjos yace un pobre anciano
Que por amor no más siguió mi huella,
Por largo trecho con herida planta.
Le aflige un doble mal, vejez y hambre;
Y miéntras satisfecho no le viere,
No probaré bocado.

DUQUE. Vé en su busca,
Y nada probaremos en tu ausencia.

ORL. ¡Gracias! ¡Que el cielo tal bondad os premie!
(Váse.)

DUQUE. Ya ves, no somos solos infelices;
En este vasto universal tëatro
Escenas aún más tristes se ejecutan
Que el paso en que nosotros somos partes.

JAQ. Tëatro es todo el mundo; en él los hombres
Y las mujeres son actores todos;
Y tienen sus entradas y salidas.
Muchos papeles representa el hombre,
Y en vida son sus actos siete edades.
Primero el niño, que del ama en brazos
Baboso chilla. Luego el rapazuelo,
Triste y lloroso, al lado su talega,
Con matutina reluciente cara,

Lento cual caracol se arrastra y sigue
La dura senda que á la escuela guia.
Luego el amante, que cual horno gime,
Con un soneto en loor de las pestañas
De su adorada. Luego el seor soldado,
Siempre en los labios un porvida ó voto,
Más que pantera hircana bigotudo,
Celoso de su honor, y pendenciero,
Buscando iluso la burbuja fama
Hasta en la boca del cañon tonante.
Y luego el grave juez de panza obesa,
Forrada en buen capon; de ceño adusto,
De luenga barba de severo corte;
Lleno de graves dichos y modernos
Ejemplos hace su papel sesudo.
La sexta edad se calza sus chinelas,
Y hace el payaso enjuto; en las narices
Las antiparras, y la bolsa al lado;
Las calzas juveniles bien guardadas
Cual sacos cuelgan de sus magros muslos;
Su voz robusta y varonil se trueca
En un tiple infantil, y en son discorde,
Se queja y silba. El fin del postrer acto
Con que remata la azarosa historia
Es la segunda infancia, un puro olvido
De dientes, ojos, gusto y todo falta.

*Salen* ORLANDO *y* ADAN.

DUQUE. Con bien vengais. Soltad tan venerable
Carga, y comed.
ORL. Por él os doy mil gracias.
ADAN. Y bien has menester; apenas puedo
Hablar para ofrecerlas por mi boca.
DUQUE. Muy bien venidos. ¡A comer, señores!
No os quiero molestar pidiéndoos cuenta
De vuestro estado ahora.—Regaladnos
Con música el oido; y, primo, canta.

CANCION.

AMI. *Sopla, sopla, cierzo frio,*
*Que tú no eres tan impío*
*Como el hombre ingrato y crudo.*
*Ménos aspereza tienes;*
*Pues se ignora de do vienes,*
*Cuando soplas tan sañudo.*
*¡Cantemos en loor de la verde enramada!*
*Pues finge el amigo, nos burla la amada,*
*Y aquí en la enramada*
*No hay hora cansada.*

*Hiela, hiela, crudo cielo,*
*Tú no causas tanto duelo*
*Cómo un bien no agradecido;*
*Y aunque al agua vuelves dura,*
*Causas ménos amargura*
*Que amistad puesta en olvido.*
*¡Cantemos en loor de la verde enramada!*
*Pues finge el amigo, nos burla la amada,*
*Y aquí en la enramada*
*No hay hora cansada.*

DUQUE. Si sois del buen Roldan por cierto el hijo,
Como al oido ha poco me digisteis,
Y como lo atestigua vuestro rostro,
Que es de sus nobles rasgos fiel retrato,
Muy bien venido, á fe. Yo soy el duque
Que quiso á vuestro padre. Allá en mi cueva
Me narrareis el fin de vuestra historia.
Seais tan bien venido, buen anciano,
Cual lo es el amo vuestro.—El brazo dadle,
Y á mí la mano; y sin tardanza alguna,
Sepamos cómo os trata la fortuna. (Vánse.)

# ACTO III.

## ESCENA PRIMERA.

Una sala del palacio.

*Salen el* Duque Federico, nobles *y* Oliverio.

Duque. ¿No verle desde entónces? ¡Imposible!
Si en mí no fuera la piedad suprema,
Objeto alguno ausente buscaria
En que vengarme, estando tú presente.
Mas vive alerta: búscame á tu hermano,
Búscale con antorcha, esté doquiera.
Te doy de plazo un año para hallarle;
Y tráele vivo ó muerto, ó á mis dominios
No vuelvas nunca en busca de sustento.
Tu hacienda y casa y cuanto tuyo hubiere
Digno de embargo, secuestrado queda,
Miéntras por boca de tu ausente hermano
No logres disculparte del delito
De que te juzga reo mi sospecha.
Oli. ¡Supierais mi sentir, Alteza, en esto!
Nunca á mi hermano amé, nunca en la vida.
Duque. Mayor villano tú. ¡Fuera! ¡Arrojadle!
Y embarguen mis agentes de justicia
Su casa y cuantas tierras poseyere.
Hacedlo pronto, y despedidle luego. (Vánse.)

## ESCENA II.

La selva.

*Sale* ORLANDO *con un papel.*

ORL. De amor en prueba cuelga aquí mi verso;
Y alumbra, oh reina de la noche umbría,
Desde tu solio con tu rayo terso
El nombre de tu ninfa y reina mia.
De libro serviráme el bosque hojoso,
¡Oh Rosalinda! En ásperas cortezas
He de entallar y publicar gozoso
Tu nombre, tu virtud, tus gentilezas.
Vé, corre, Orlando; imprime en cada planta
Virtud, belleza, hechizo, gracia tanta. (Váse.)

*Salen* CORINO *y* PIEDRADETOQUE.

COR. Y ¿cómo os gusta esta vida pastoril, señor Piedradetoque?

PIED. A la verdad, pastor, mirada en sí, es buena vida; pero por lo pastoril que es, no vale nada. Por lo solitaria, me agrada; pero por lo retraida, me parece detestable. Luego, por lo campestre, no me disgusta; pero por lo retirada que está de la córte, se me hace pesada. Por lo económica, se aviene bien con mi genio; aunque por la falta de abundancia que se advierte en ella, no hace buenas migas con mi estómago. ¿Entiendes de filosofía, pastor?

COR. No más que lo suficiente para comprender que cuanto más enferma el hombre, tanto peor se siente; y que al pobre que carece de dinero, de medios y de satisfaccion, le faltan tres buenos amigos; que la lluvia tiene la propiedad de mojar, y el fuego la de quemar; que con buenos

pastos engorda el ganado, y que una causa principal de la noche es la ausencia del sol; que aquel que no ha adquirido entendimiento, ya sea por naturaleza, ya sea por arte, tiene por qué quejarse de su educacion, ó procede de casta muy torpe.

PIED. Un hombre de esta especie seria un filósofo natural. ¿Estuviste alguna vez en la córte, pastor?

COR. No, á fe.

PIED. Pues entónces estás condenado; te tostarán en los infiernos.

COR. Espero que no.

PIED. Sí, á fe, te tostarán de un lado, como un huevo mal frito.

COR. ¿Por no haber estado en la córte? ¿Por qué razon?

PIED. Porque si no estuviste nunca en la córte, no sabes lo que son buenas costumbres; por lo tanto, tus costumbres deben ser perversas; y la perversidad es pecado, y el que peca se condena. Te veo en grave aprieto, pastor.

COR. Nada de eso, Piedradetoque. Costumbres que en la córte pasan por buenas, son tan ridículas en el campo, como son risibles en la córte los usos del campo. Me habeis dicho que en la córte no saludais, sino que os besais las manos; semejante cortesía seria indecente, si fueran pastores los cortesanos.

PIED. Vamos, la prueba al canto, la prueba al canto.

COR. Pues bien; siempre andamos manoseando nuestras ovejas, cuyos vellones son grasientos, como bien sabeis.

PIED. ¿Pues no sudan las manos del cortesano? ¿Y no es tan sana la grasa de un borrego como el sudor de un hombre? ¡Bobada! ¡Simpleza! Dame otra prueba mejor.

Cor. Además, tenemos las manos encallecidas.

Pied. Mejor; así vuestros labios las sentirán ántes. ¡Bobada! ¡Simpleza! Necesito un argumento más sólido.

Cor. A menudo se llenan de brea con que curamos nuestros borregos; ¿y quisierais que besáramos la brea? Los cortesanos tienen las manos perfumadas con algalia.

Pied. ¡Oh simple de ti! ¡Oh mísero pasto de gusanos, comparado con un buen pedazo de carne! Aprende de los sabios, y medita. La algalia es de más baja procedencia que la brea; no es sino el flujo asqueroso de un gato. Dame una prueba mejor, zagal.

Cor. Vuestra agudeza es muy cortesana para mí. Me callo.

Pied. ¿Cómo? ¿te callas y te condenas? ¡Válgate Dios por simple! Que el alumbre esa inteligencia, que estás en tinieblas.

Cor. ¿Qué quereis? Soy un honrado labrador; gano lo que cómo; me cuesta sudores lo que visto; no odio á nadie; no envidio la felicidad de hombre alguno; me alegro de la dicha ajena; estoy contento con mi desdicha, y mi mayor orgullo es ver pacer á mis ovejas y mamar á mis corderos.

Pied. Hé ahí otro pecado simple en que incurrís vosotros, juntando á las ovejas con los moruecos, sin daros vergüenza siquiera el ganar vuestro sustento fomentando la cópula del ganado. ¿Qué te parece? ¿eh? Servir de tercero á un carnero manso, y entregar una ovejita que aún no ha cumplido las primeras yerbas, á merced de un viejo morueco patiquebrado y harto de llevar cuernos propios y postizos, faltando á todas las reglas de la conveniencia conyugal? Como no te condenes por eso, será que ni áun el demonio querrá tener nada que

ver con vosotros los pastores; no veo de qué otro modo te pudieras librar.

COR. Aquí viene el jóven caballero Ganimedes, el hermano de mi señora.

*Sale* ROSALINDA *leyendo un papel.*

ROS. «Desde un polo al otro polo
Joya no hay cual Rosalinda:
Su fama en alas del viento
Llega á la remota Libia.
Los fulgores de sus ojos
Los rayos del sol eclipsan;
Ni hay belleza comparable
Con la bella Rosalinda.»

PIED. Ocho años seguidos, exceptuando las horas de comer, cenar y dormir, me estaria yo asonantando versos por ese estilo. Mejores los hace un ciego.

ROS. ¡Quita, necio!

PIED. *Verbi gratia*:

«Tras el tórtolo volando
Va la tierna tortolilla;
Tras el gato va la gata,
Tras el novio Rosalinda.
Si salís de Amor al campo
La vereis hecha un almíbar,
Enlazada á un bravo mozo,
Como yedra al olmo asida.
Aunque amarga su corteza,
Es muy dulce Rosalinda,
Y el amante que la logre
Tendrá rosa y tendrá espina.»

Y á este falso galope seguiria versificando hasta el dia del juicio. ¡No os contagieis con esa basura!

Ros. ¡Silencio, bufon insípido! Los encontré en un árbol.

Pied. Mala fruta rinde el árbol.

Ros. Pues lo ingertaré contigo, que será ingertarlo con un níspero, pues tus chistes, como su fruta, se pudren ántes de madurar, cuya virtud posee en alto grado el níspero.

Pied. *Tu dixisti*; pero si con seso ó no, dígalo el bosque.

*Sale* Celia *con un papel.*

Cel. (Lee.) «¿Ha de ser desierto el bosque
Porque nadie habita en él?
No; que en cada planta y árbol
Una lengua colgaré.
Unas hablarán del hombre,
En su mundanal vaiven:
De cuán breve es su existencia,
Y su trance, cuán cruel.
Otras de fallidos votos
Y de quebrantada fe;
Pero en las más verdes ramas,
En el mirto y el laurel,
De mi dulce Rosalinda
Sólo el nombre escribiré,
Porque ensalce sus virtudes
Todo aquel que sepa leer.
Mandó el cielo á la natura
Que trazase su pincel,
Compendio de perfecciones,
Una celestial mujer;
Y obediente la natura
Juntó, sin tiempo perder,
De la griega Helena el rostro,
Mas no el corazon infiel,
La majestad de Cleopatra,
De Atalanta la alta prez,

Y de la invicta Lucrecia
El alma constante y fiel;
De suerte que en Rosalinda
Vino á juntar en un sér
Los hechizos de mil flores
Del más florido verjel.
Quiso el cielo concederla
Dones de tan gran valer,
Y me impuso, en vida y muerte,
Ser su esclavo humilde y fiel.»

Ros. ¡Oh linda predicadora! ¿Qué pesada homilía de amor es esa con que regalas los oidos de tus feligreses, sin decirles siquiera: «Tened paciencia, buena gente.»

Cel. ¡Hola! ¡amigos á la espalda y en acecho! Retírate, pastor. Vé con él, tunante.

Pied. Ven, pastor; hagamos una retirada honrosa, si no con armas y bagaje, á lo ménos con cayado y zurron. (Vánse Corino y Piedradetoque.)

Cel. ¿Oiste estos versos?

Ros. Sí que los oí todos, y áun algo más que los versos, pues algunos de ellos tenian más piés de los que habia menester el metro.

Cel. ¿Qué importa? Por sobra de piés, más ligero iria el verso.

Ros. Pero es el caso que los piés cojeaban, y no podian moverse por sí solos fuera del verso, y por tanto entorpecian la marcha del verso.

Cel. ¿Y es posible que los hayas escuchado sin asombrarte de ver que tu nombre esté colgado y entallado en estos árboles?

Ros. Hacia ya siete dias de la semana que me habia repuesto de mi asombro ántes de que tú llegaras; pues mira lo que hallé en una palmera. Desde el tiempo de Pitágoras, cuando yo era rata y me persiguieron con malos versos hasta darme la muerte, de cuyo suceso ya ape-

nas me acuerdo, hasta hoy, no me he visto nunca tan traida y llevada en verso como ahora.

CEL. ¿Adivinas quién es el autor?

ROS. ¿Un hombre acaso?

CEL. Con una cadena al cuello que fué tuya en un tiempo. ¿Qué? ¿mudas de color?

ROS. Vamos, dime quién es.

CEL. ¡Dios mio! es cosa difícil, por cierto, que se vuelvan á ver dos amigos; pero hasta las montañas pueden trasladarse de un lugar á otro en un terremoto y encontrarse.

ROS. Pero dime quién es.

CEL. ¿Es posible?

ROS. Te lo ruego con el más vehemente ahinco, dime quién es.

CEL. ¡Oh maravilla de las maravillas y maravillosísima maravilla! y otra vez maravillosa maravilla, y por último portento de los portentos!

ROS. ¡Mal haya mi impaciencia! ¿Crees por ventura que porque llevo traje de hombre, tengo tambien el alma forrada en calzas y ropilla? Una pulgada más de dilacion será para mí un viaje de descubrimiento al mar del Sur. Ruégote que me digas quién es: dilo pronto y habla de prisa. Quisiera que tartamudearas, á ver si de esa suerte saliera de tu boca ese hombre misterioso como sale el vino de una botella de caño angosto, todo de un golpe, ó nada. Te ruego que saques el corcho de tu boca para que pueda beberme tus nuevas.

CEL. Podrias tragarte á un hombre.

ROS. ¿Es hechura de Dios? ¿Qué clase de hombre es? Es digna de un sombrero su cabeza, ó de una barba su cara?

CEL. No, lo que es la barba, no abunda.

ROS. No importa; Dios le aumentará la cosecha, si el hombre fuere agradecido. Dame tú á co-

nocer su rostro, y yo aguardaré á que crezca su barba.

CEL. Es el jóven Orlando, aquel que rindió al luchador y tu corazon en un solo instante.

ROS. ¡Ea! ¡al diablo con tus bromas! Háblame con toda seriedad y á fe de doncella.

CEL. A fe, prima, que es él.

ROS. ¿Orlando?

CEL. Orlando.

ROS. ¡Ay triste de mí! ¿Qué haré con mi ropilla y mis calzas? ¿Qué hacia cuando le viste? ¿Qué dijo? ¿Qué aspecto tenia? ¿Qué traje llevaba? ¿Qué le trae aquí? ¿Preguntó por mí? ¿Cómo se separó de ti? ¿Y cuándo os volvereis á ver? Contéstame en una palabra.

CEL. Tendrás que prestarme la boca de Gargantua: esa palabra seria harto grande para que cupiese en ninguna boca del tamaño que se estila en esta generacion. Decir sí y nó á todas estas particularidades, seria más difícil que contestar al catecismo!

ROS. ¿Pero sabe él que estoy en esta selva y en traje de hombre? ¿Tiene aire tan galan como el dia de la lucha?

CEL. Es más fácil contar los átomos en un rayo de sol, que satisfacer las preguntas de un amante. Pero en prueba de mi descubrimiento, ahí va un bocado, y saboréalo despacio. Le hallé bajo un árbol como bellota caida.

ROS. Bien puede llamarse el árbol de Jove, cuando tales frutos rinde.

CEL. Prestadme atencion, señora mia.

ROS. Prosigue.

CEL. Allí yacia, cuan largo es, como un caballero herido.

ROS. Aunque diera lástima ver semejante cuadro, no dejaria de ser poético.

CEL. Pon freno á tu lengua, te ruego; se desbo-

ca inoportunamente. Vestia traje de montero.

Ros. ¡Fatal agüero! viene á traspasarme el corazon.

Cel. Quisiera cantarte la copla sin estribillo; me haces perder el compas.

Ros. ¿No sabes que soy mujer, y que cuando pienso es forzoso que hable? Vamos, querida, prosigue.

Cel. Me sacas de quicio.—¡Calla! ¿no es él aquel que se acerca?

*Salen* Orlando *y* Jaques.

Ros. Él es. Ven, escóndete y le observaremos.

(Celia y Rosalinda se esconden.)

Jaq. Os doy las gracias por vuestra compañía; pero á fe que hubiera ido más á gusto solo.

Orl. Y yo tambien; pero ya que es costumbre, os doy tambien las gracias por vuestra compañía.

Jaq. Dios os guarde. Que nos veamos lo ménos posible.

Orl. Reconocedme en donde quiera por un extraño.

Jaq. Os ruego que no echeis á perder más árboles grabando letrillas de amor en sus troncos.

Orl. Os ruego que no echeis á perder más versos mios, leyéndolos con tan mala gracia.

Jaq. ¿Rosalinda es el nombre de vuestra amada?

Orl. Sí, precisamente.

Jaq. No me gusta su nombre.

Orl. Nadie pensó en daros gusto cuando se bautizó.

Jaq. ¿Qué estatura tiene?

Orl. Me llega precisamente al corazon.

Jaq. ¡Qué respuestas tan bonitas teneis! Sin duda, tuvisteis amistad con la mujer de algun platero, y las aprendisteis en las sortijas (1).

---

(1) En tiempo de Shakspeare habia costumbre de grabar en las sortijas versos, sentencias, etc.

ORL. No tal; pero os contesto como las figuras de los tapices, de cuyas bocas aprendisteis vuestras preguntas.

JAQ. ¡Qué talento tan listo! Creo que brotó de los carcañales de Atalanta. ¿Quereis sentaros á mi lado, y renegaremos de la fortuna y de todas nuestras miserias?

ORL. No renegaré de nadie en el mundo más que de mí mismo, que es la persona en quien más faltas encuentro.

JAQ. La peor falta que teneis es la de ser enamorado.

ORL. No la trocara por vuestra mejor virtud. Estoy ya harto de vos.

JAQ. A fe mia que iba buscando á un necio cuando dí con vos.

ORL. Se ha ahogado en la fuente, asomaos á ella y le vereis.

JAQ. Veré en su espejo mi propia figura.

ORL. Que tengo para mí que no es sino un necio ó un cero.

JAQ. Reniego de vuestra compañía... ¡Adios, don Cupido!

ORL. Vuestra ausencia me llena de alborozo. ¡Dios os guarde, Monsieur Melancholie! (Váse Jaques.)

ROS. (Aparte á Celia.) Le hablaré á guisa de muchacho impertinente, bajo cuyo disfraz podré burlarme de él. ¿Oís, montero?

ORL. Ya oigo. ¿Qué ocurre?

ROS. Decidme: ¿qué hora es por el reloj?

ORL. Debierais preguntarme la hora del dia sencillamente: no hay reloj en la selva.

ROS. Entónces no hay ningun verdadero amante en la selva; pues á suspiro por minuto, y á gemido por hora, fuera tan fácil registrar la marcha perezosa del tiempo como con un reloj.

ORL. ¿Y por qué no la marcha veloz del tiempo? ¿No fuera eso más propio?

Ros. En manera alguna, hidalgo. El tiempo va á distintos pasos con distintas personas. Y os diré con quien va á paso de andadura, con quien trota, con quien va al galope, y con quien se pára en firme.

Orl. Decidme, pues, con quién trota.

Ros. A fe, trota duro con una doncella desde el dia en que se firma el contrato de bodas hasta el dia en que se efectúa. Aunque el intervalo no exceda de una semana, es tan duro el trote del tiempo, que le parece siete años.

Orl. ¿Con quién va el tiempo á paso de andadura?

Ros. Con un cura de misa y olla que no sabe latin, y con un ricacho que no padece de la gota: el uno duerme á pierna suelta, porque no puede estudiar, y el otro vive alegre porque no sufre dolor; sobre el uno no pesa la roedora y destructiva carga del saber, y el otro se ve libre de la pesada y apremiante carga de la penuria. Con estos va el tiempo á paso de andadura.

Orl. ¿Con quién va el tiempo al galope?

Ros. Con un ladron al patíbulo; pues aunque vaya á paso de buey, siempre se le figura que llega allí ántes de tiempo.

Orl. ¿Con quién se pára en firme?

Ros. Con los abogados durante la vacacion; pues duermen de término en término (1), y no advierten entónces cómo huye el tiempo.

Orl. ¿Dónde vivís, lindo mancebo?

Ros. Con esta zagaleja, mi hermana, en la falda del monte, como flecos en una saya.

Orl. ¿Sois natural de este lugar?

Ros. Como el conejo que tiene su vivar donde vino al mundo.

---

(1) Término llaman los ingleses el tiempo en que los tribunales superiores de justicia están abiertos.

ORL. Vuestro acento es algo más culto que el que hubierais podido adquirir en tan apartado lugar.

ROS. Me lo han dicho varios; pero, en verdad, un tio mio viejo, y hombre devoto, me enseñó á hablar. Fué en su mocedad cortesano, y demasiado entendido en achaques de la córte, pues en ella se dejó prender en las redes del amor. Le he oido predicar contra él á menudo; y doy gracias á Dios de que no soy mujer, ni tan plagado de defectos y liviandades tales como los que él solia achacar al sexo en general.

ORL. ¿Recordais acaso algunos de los principales extravios de que acusaba á las mujeres?

ROS. Ninguno era principal; todos se parecian como un real á otro, y cada extravío parecia monstruoso, hasta que venia á hacerle sombra algun compañero.

ORL. Referidme alguno, os lo ruego.

ROS. No, no quiero ser pródigo de mi medicamento sino con los enfermos. Hay un mancebo que va vagando por esta selva, el cual se complace en maltratar nuestros arbustos tiernos, entallando el nombre de Rosalinda en sus cortezas. Cuelga odas en los espinos, y elegías en las zarzas, y todo esto lo hace con el afan de divinizar el nombre de Rosalinda. Si tropezara yo con ese amante fantástico, buenos consejos le daria, pues no parece sino que le ha dado una calentura cotidiana de amor.

ORL. Yo soy el que está tan enfermo de amor. Os ruego, decidme cuál es vuestro remedio.

ROS. No advierto en vos señal alguna de las que me dijo mi tio: me enseñó á conocer á un enamorado, en cuya jaula de mimbres, estoy seguro que no estais preso.

ORL. ¿Cuáles eran sus señales?

Ros. Cara larga y enjuta, que vos no teneis; ojos hundidos con ojeras, que vos no teneis; ánimo indiferente, que vos no teneis; barba desgreñada, que vos no teneis;—aunque eso os lo perdono, en vista de que vuestro caudal de barba no pasa de ser herencia de hermano menor;—luego debierais tener las calzas desligadas, la gorra desceñida, las mangas desabrochadas, los zapatos desatados, y en fin, toda vuestra vestidura debiera revelar abandono y descuido; pero nada de eso se advierte en vos; vais aparejado de punta en blanco, como estando prendado de vuestra propia persona, más bien que perdido de amor por otra.

Orl. ¡Ojalá pudiera convencerte de mi pasion, mancebo gentil!

Ros. ¿Convencerme á mí de eso? Más fácil sería convencer á vuestra amada; de lo cual, os aseguro, está ella más dispuesta á dejarse convencer, que á confesar que lo está. Hé ahí uno de los puntos en que las mujeres dejan siempre por embusteras á sus conciencias. Pero, en resolucion, ¿sois vos quien se divierte en colgar de los árboles esos versos en que tanto se ensalza la hermosura de Rosalinda?

Orl. Te juro, mancebo, por la blanca mano de Rosalinda, que soy el desdichado aquel.

Ros. ¿Pero estais tan enfermo de amor como lo publican vuestros versos?

Orl. Ni verso ni prosa podrá expresar con cuánto extremo.

Ros. El amor no es más que locura, y os aseguro que es tan acreedor á una celda oscura y á unos azotes como cualquier otro loco; y la razon por la cual no se castiga y se cura de esa suerte, es la de que la locura es tan comun que hasta padecen de ella los azotadores. Sin embargo, yo pretendo curarla con mis consejos.

ORL. ¿Lograsteis curar alguna vez á algun loco de esa suerte?

ROS. Sí, á uno, y fué de esta manera. Tenia que imaginarse que era yo su amante, la señora de sus pensamientos; y todos los dias me hacia cortejar por él; á cuya sazon me ponia, como niño caprichoso que era, triste, afeminado, mudable, lleno de pareceres y caprichos, altivo, fantástico, mal humorado, necio, inconstante; ya lloraba, ya me reia; de toda pasion tenia algo, pero realmente no habia pasion alguna en mí; como suele acontecer por lo comun en los muchachos y las mujeres, que en su mayor parte son ganado de este pelo; ora le queria, ora le odiaba; luego le mimaba y un momento despues le rechazaba; tan pronto lloraba con él como le escupia; y en suma, le hice pasar de aquella locura de amor á un verdadero ramo de locura, que no fué otro que el de renegar del trato mundano, yéndose á pasar la vida en un retiro puramente monástico. Así le curé, y de esta suerte me comprometo á curaros á vos, dejando vuestro corazon tan sano como el hígado de un robusto borrego, sin que quede en él vestigio alguno del pasado amor.

ORL. No me curareis, mancebo.

ROS. Sí que os curaré, con tal que os resolvais á llamarme Rosalinda y á venir todos los dias á mi ejido á cortejarme.

ORL. Pues por la fe de mi amor que lo he de hacer. Decidme dónde está.

ROS. Venid conmigo, y os lo enseñaré; y de camino me podreis decir hácia qué lado del bosque vivís. ¿Vamos?

ORL. Con toda el alma, buen mancebo.

ROS. No; debeis llamarme Rosalinda. Venid, hermana; partamos. (Vánse.)

## ESCENA III.

La selva.

*Salen* PIEDRADETOQUE, TOMASA *y* JAQUES *que les acecha desde léjos.*

PIED. ¡Vamos! vivita, buena Tomasa; yo te recogeré las cabras, Tomasa. Y dime, Tomasa: ¿qué te parece este garbo? ¿te conviene este mozo? Di la verdad: ¿te gusta mi fisonomía?

TOM. ¿Vuestra fisonomía? ¡Válgame Dios! ¿Y qué es eso de fisonomía?

PIED. Héteme aquí entre mi Tomasa y sus cabras, como el más extravagante de los poetas, el buen Ovidio, entre los godos.

JAQ. (Aparte.) ¡Oh sabiduría mal alojada! ¡peor que Júpiter bajo techado de paja!

PIED. Cuando no encuentra un hombre quien sepa apreciar sus versos, ó cuando el niño precoz, la inteligencia, no secunda el talento de un hombre, se queda más muerto que si le presentaran una cuenta enorme despues de una mala comida. A fe, quisiera que los dioses te hubiesen hecho poética.

TOM. No sé lo que es poética. ¿Es cosa honesta en dicho y hecho? ¿Es conforme á la verdad?

PIED. No, porque la mejor poesía es la que finge más; y los amantes suelen ser aficionados á la poesía, y de lo que juran en sus poesías puede decirse que como amantes lo fingen.

TOM. ¿Y deseais que los dioses me hubiesen hecho poética?

PIED. Sí, por cierto; pues me juras que eres honrada; pues bien, si fueras poeta, podria tener alguna esperanza de que lo fingias.

TOM. ¿Y no quisierais vos que fuera yo honrada?

PIED. No, por cierto, á ménos que fueras fea; porque la hermosura acompañada de la honestidad, es como azúcar con salsa de arrope.

JAQ. (Aparte.) ¡Pícaro redomado!

TOM. Yo no soy bonita, y por lo tanto, pido á los dioses que me hagan honrada.

PIED. Cierto; y por otra parte, malgastar la honestidad en adornar con ella á una tia gorrona fea, fuera servir un exquisito manjar en una fuente inmunda.

TOM. No soy ninguna tia gorrona, aunque ¡loados sean los dioses! soy fea.

PIED. Pues bien, loados sean los dioses por tu fealdad; la gorronería vendrá despues. Pero sea de ello lo que fuere, lo cierto es que me caso contigo, á cuyo efecto acabo de hablar con el padre Oliverio Degüellatextos, el párroco de la aldea vecina, el cual me ha prometido acudir á este lugar del bosque y echarnos la bendicion.

JAQ. (Aparte.) De buena gana presenciaria esta escena.

TOM. ¡Quieran los dioses que sea con bien!

PIED. ¡Amén! A ser hombre de ánimo apocado, ocasion seria esta de titubear; pues aquí no hay más templo que el bosque, ni más congregacion que las bestias de asta. ¿Pero qué más da? ¡Ánimo! Los cuernos son odiosos, pero en cambio son inevitables. Se suele decir de algunos que «su dicha es sin fin», cierto; más de uno tiene magníficos cuernos, y no sabe dónde acaban. En fin, se los trajo en dote su mujer, no es él quien se los puso. ¿Cuernos? Sí, eso es. ¿Al pobre sólo? Nó, no: el venado más noble suele estar tan bien armado como el gañan. ¿Por eso ha de juzgarse feliz el soltero? No tal: así como una ciudad amurallada es más respetuosa que una aldea, del mismo modo es más honrosa la frente de un hombre casado, que el ceño raso

de un soltero, y en tanto cuanto aventaja la defensa á la impericia, en tanto es más preferible tener cuernos que carecer de ellos. Aquí viene don Oliverio.

*Sale* Don Oliverio Degüellatextos.

Bien hallado, ilustre don Oliverio Degüellatextos. ¿Nos vais á despachar aquí debajo de este árbol, ó iremos con vos á vuestra capilla?

D. Oli. ¿No hay aquí ningun padrino para entregar á la novia?

Pied. No quiero que me la entregue nadie.

D. Oli. Tiene que ser entregada, de otra suerte el matrimonio no seria legal.

Jaq. (Se adelanta.) Adelante, adelante, yo serviré de padrino.

Pied. Buenas tardes os dé Dios, mi buen señor de «Como os llamais.» ¿Qué tal os va? Seais muy bien hallado, hidalgo. Dios os tenga en cuenta vuestra última visita. Tengo sumo placer en veros. ¿Aún estais con esa friolera en la mano? Cubrios, os ruego.

Jaq. ¿Te vas á casar, bufon?

Pied. Así como el buey tiene su yugo, el caballo su freno, y el halcon sus cascabeles, el hombre tiene sus deseos; y así como las tórtolas se arrullan, el matrimonio quisiera tambien estar pica que te pica.

Jaq. ¿Cómo? un hombre de vuestras prendas casaros al pié de una zarza como un pordiosero? Idos á la iglesia y buscad á un buen clérigo que os sepa decir lo que es el matrimonio: este gañan no hará más que juntaros como se juntan piezas de ensambladura; luego uno de los dos se encogerá como entrepaño de madera verde, y empezareis á mermar, cric, crac.

Pied. (Aparte.) Cuanto más lo pienso, más acertado

me va pareciendo el dejarme casar por éste que por otro; pues tiene trazas de no casarme á derechas; y estando casado á zurdas, será buena excusa para dejar luego colgada á mi mujer.

JAQ. Vente conmigo, y déjate aconsejar.

PIED. Ven, mi linda Tomasa;
Mi manceba serás, si el cura no nos casa.
Adios, reverendo dómine Olivarius.

Insigne don Oliverio,
Ilustre don Oliverio,
¿Me vas á dejar atras?
Mas vété allá;
Que escrito está
Que tú no me casarás.

(Vánse Jaques, Piedradetoque y Tomasa.)

D. OLI. ¿Qué más da? Una cofradía entera de tales pícaros bellacos no será parte á desviarme de mi vocacion. (Váse).

## ESCENA IV.

La selva.

*Sale* ROSALINDA *y* CELIA.

ROS. No me digas nada: quiero llorar.

CEL. Hazlo, por Dios; pero sin embargo, ten la bondad de considerar que las lágrimas sientan mal en un hombre.

ROS. ¿Pero no tengo motivo para llorar?

CEL. Mejor no se lo pudo desear nadie; por lo tanto, llora.

ROS. Hasta su pelo es del color del disimulo.

CEL. Algo más castaño que el de Judas; pero sus besos son primos hermanos del de Judas.

ROS. A fe que su pelo tiene bonito color.

CEL. Magnífico color. Ya se sabe, no hay color como el castaño.

ROS. Y sus besos son tan castos como el contacto de la hostia consagrada.

CEL. Compró de Diana unos labios de desecho; una monja de la órden del invierno besa con ménos pureza que él; hay en sus besos hielo de castidad.

ROS. Pero ¿por qué me juró que vendria esta mañana, y no viene?

CEL. Nó, ciertamente, no hay firmeza en él.

ROS. ¿Eso piensas?

CEL. Sí; no le tengo por un destripabolsas, ni por un ladron de caballos; pero en cuanto á la sinceridad de su amor, la verdad, le creo tan falso como un cubilete, ó como una nuez carcomida.

ROS. ¿Conque, no es fiel en amar?

CEL. Sí; cuando está enamorado; pero yo sospecho que no lo está.

ROS. Tú misma le has oido jurar solemnemente que lo estaba.

CEL. «Estaba» es una cosa y «es» es otra. Por otra parte, el juramento de un amante no hace más fuerza que la palabra de un tabernero: ámbas son confirmaciones de cuentas equivocadas. Acompaña aquí en la selva al duque vuestro padre.

ROS. Tropecé ayer con el duque y hablé con él largo rato. Me preguntó de qué procedencia era; yo le contesté, de tan buena como él: con lo cual se echó á reir y me dejó ir. ¿Pero á qué hablar de padres cuando hay en el mundo un hombre como Orlando?

CEL. ¡Ese si que es bravo mozo! Escribe bravos versos, dice bravas cosas, jura bravos votos, y los quebranta bravamente, así de través, en el mismo corazon de su amada; como un mal

ajustador que aguija el caballo por un lado, y hace astillas su lanza. Pero bravo es todo lo que emprende la juventud y dirige la locura. ¿Quién se acerca?

*Sale* CORINO.

COR. Más de una vez, señora y amo mio,
Por el zagal aquel me preguntasteis
A quien amor aqueja; á aquel aludo
que visteis á mi lado sobre el césped,
Elogios tributando á la pastora
Tan desdeñosa, de su amor objeto.
ROS. ¿Y qué nos cuentas de él?
COR. Si os diere gusto
Ver una escena bien representada
Entre el amor de pálido semblante
Y la altivez y el desdeñoso orgullo
De enrojecida faz, seguidme un trecho,
Y yo os la enseñaré, si os place verla.
ROS. Vamos: guiad. Es grata á los amantes
La vista de otros pechos palpitantes.
Venid. Si el hado, á fe, no lo remedia,
Mi parte haré tambien en su comedia. (Vánse.)

## ESCENA V.

Otra parte de la selva.

*Salen* SILVIO *y* FEBE.

SIL. No me desdeñes, no, querida Febe:
Dime que no me quieres, pero dilo
Sin aspereza. El tétrico verdugo,
Que tiene el alma empedernida á fuerza
De contemplar la muerte, nunca abate
Sobre la humilde nuca la cuchilla
Sin implorar perdon. ¿Serás más cruda
Que aquel que mata y con la sangre vive?

*Salen* ROSALINDA, CECILIA *y* CORINO, *retirados.*

FEBE. Yo no quisiera ser verdugo tuyo:
Huyo de ti por no causarte pena.
Dices que son mis ojos homicidas:
¡A fe que es lindo cuento, y muy probable
Que los ojos, la cosa más sensible,
Más frágil y más tierna, que medrosos
Sus puertas cierran contra motas leves,
Hayan de ser verdugos y asesinos!
Ceñuda en ti mis ojos clavo ahora;
Y si es verdad que lanzan sus pupilas
Mortales rayos, que te den la muerte:
Finge un desmayo, y échate en el suelo;
Y si no puedes ¡calla mentiroso!
¡No digas que mis ojos son verdugos!
Enséñame la herida que te han hecho:
Aráñate la piel con una aguja,
Y algun rasguño queda: sobre un junco
La palma apoya, y por un breve instante,
En ella impresa la señal parece;
Pero mis ojos, que en ti flecho ahora,
Ninguna herida te hacen, ni en los ojos
Hay fuerza alguna para herir, por cierto.

SIL. ¡Oh amada Febe! si hallas algun dia
(Tal vez cercano) en unos lindos ojos
Todo el poder de amor, sabrás entónces
Cuán crudas son las invisibles llagas
Que hace el amor con sus agudas flechas.

FEBE. Pero hasta entónces nunca á mí te acerques:
Y cuando tal suceda, con tus burlas
Hiéreme sin piedad, pues hasta entónces
No la tendré de ti.

ROS. ¿Por qué, si os place?
¿Pues quién fué vuestra madre, por ventura,
Que así insultais y desdeñais altiva
A un desdichado? Aun cuando fuerais bella
(Y es vuestra cara, á fe, de las que pueden

Ir sin temor á oscuras á la cama)
¿Por eso habeis de ser tan cruda y necia?
¿Por qué me contemplais con tal asombro?
Yo no hallo en vos más que obra adocenada
De lo más tosco que formó Natura.
¡Por vida mia! ¡La rapaza, creo,
Quiere enredar tambien mis propios ojos!
Mas nó, no lo espereis, pastora altiva:
Ni vuestras cejas negras como el cuervo,
Ni vuestras lacias trenzas de azabache,
Ni vuestros grandes ojos de abalorio,
Ni esa mejilla de cuajada leche,
Podrán lograr que os rinda mi albedrío.
Necio pastor, ¿por qué la sigues hecho
Brumoso sur que lluvia y viento arroja?
Necios cual vos son causa que en el mundo
Abunden tanto las mimadas niñas;
Vos sois, no es el espejo quien la adula:
En vuestras frases vese retratada
Cual nunca lo pudiera en sus facciones.
Volved en vos, rapaza: ¡de rodillas!
Y dad al cielo gracias, en ayunas,
Ya que el amor lograis de un hombre honrado:
Pues al oïdo en confïanza os digo:
Vendëos pronto; sois mercaduría
Que no se feria en todos los mercados.
Pedid perdon á vuestro amante; amadle;
Dadle la mano que tan fiel desea,
Pues con desden la fea es doble fea.
Tómala tú, pastor, y Dios os guarde.

Febe. Ríñeme un año entero, hermoso jóven;
Prefiero tu rigor á sus requiebros.

Ros. El se ha prendado de vuestra fealdad, y ella está á punto de prendarse de mi enojo. Si es así, en cuanto ella te conteste con ceñudos ojos, yo la serviré con palabras acres. ¿Por qué me mirais de ese modo?

Febe. No es por rencor que os guardo, os aseguro.

Ros. Que no os prendeis de mí, por Dios, os ruego:
Soy más falaz que votos de beodo;
Ni me gustais tampoco. Mi morada,
Si la quereis saber, está aquí cerca,
Al pié del olivar. ¿Hermana, vienes?
Pastor, importunadla. Ven, hermana.
Y vos miradle con mejores ojos,
Y sin desden: Si el mundo entero os viera,
Tan torpe en elegir ninguno fuera.
Quedad con Dios.—Pastor, á nuestro ejido.
(Vánse Rosalinda, Celia y Corino.)

Febe. Pastor, bien dice aquel refran: «Es fama
Que ama á primera vista quien bien ama.»
Sil. ¡Hermosa Febe!
Febe. ¿Qué me quieres, Silvio?
Sil. ¡Ay! ¡ten piedad de mí!
Febe. Te soy amiga:
¿Qué quieres más?
Sil. Poseerte á ti quisiera.
Febe. Fuera codicia. Un tiempo fué, buen Silvio,
Que yo te odiaba—no es decir que te amo—
Pero, ya que de amor tan bien discurres,
Tu compañía, un tiempo tan cansada,
Podré sufrir; hasta un favor te pido;
Pero de mí no esperes otro premio
Que el íntimo placer de serme útil.
Sil. Tan santa es mi pasion, mi fe tan pura,
Y estoy tan anhelante de favores,
Que me ha de parecer cosecha grande
El ir cogiendo las espigas rotas
Detras del hombre que la miés segara.
De vez en cuando una sonrisa arroja,
Como al descuido, y me darás la vida.
Febe. ¿Conoces al pastor que habló conmigo?
Sil. No mucho; mas con él he tropezado;
Y acaba de comprar la choza y reses
De que fué dueño el viejo huraño un tiempo.
Febe. Aunque por él pregunto, no imagines

Que estoy prendada de él; no es más que un niño,
Impertinente asaz; pero es discreto.
¿Y á mí qué sus palabras? Sin embargo,
Agradan las palabras cuando agrada
Al que las oye aquel que las pronuncia.
Es lindo mozo; pero no muy lindo:
Pero es altivo; y su altivez le cuadra:
Tendrá buen parecer cuando hombre sea.
Su cara es lo mejor de su persona;
Y más de prisa que su lengua heria,
Sanaba con sus ojos el ultraje.
Muy alto no es; mas para mozo es alto.
Su pierna... es regular; mas no desluce.
Noté en sus labios un carmin hermoso,
Un poco más subido y más lozano
Que el rojo de la cara; entre uno y otro
La diferencia habrá que entre la rosa
De tinte oscuro y la de ménos brío.
Silvio, mujeres hay que á haber notado
Por partes, como yo, sus perfecciones,
Muy cerca á tales horas estarian
De enamorarse de él; mas, por mi parte,
Ni amor le tengo, ni odio; y sin embargo,
Mas bien debiera odiarle que quererle:
¿Pues qué derecho tiene de reñirme?
Que era morena, dijo, y de ojos negros;
Y se burló de mí; me acuerdo ahora.
Que no le respondiera á fe me admira.
Lo mismo da: descuido no es olvido;
Le escribiré una carta muy burlona,
Y tú la llevarás. ¿Haráslo, Silvio?

SIL. Con toda el alma, Febe.

FEBE. Pues al punto
La he de escribir: el contenido de ella
Me bulle en la cabeza y en el alma.
Dura seré con él, y más que breve.
Partamos, pues. Ven tú conmigo, Silvio. (Vánse.)

# ACTO IV.

## ESCENA PRIMERA.

La selva.

*Salen* ROSALINDA, CELIA *y* JAQUES.

JAQ. Ruégote, lindo jóven, que nos conozcamos mejor.

Ros. Dicen que sois en extremo melancólico, camarada.

JAQ. Es cierto, me gusta más la melancolía que la risa.

Ros. El ser extremado en cualquiera de las dos, hace á la gente aborrecible, y más acreedora á censura que el borracho.

JAQ. ¿Pero, no es bonito eso de estar triste y no decir palabra?

Ros. Entónces más valdria ser un poste.

JAQ. Mi melancolía ni es la del sabio, que es emulacion, ni la del músico, que es fantástica, ni la del cortesano que es orgullosa, ni la del soldado, que es ambiciosa, ni la del letrado, que es política, ni la de las damas, que es fastidiosa, ni la del amante, que participa de todas estas; sino una melancolía mia propia, compuesta de varios ingredientes, extraida de

muchos objetos, y en verdad es el resultado de mis contemplaciones de viaje, cuyos recuerdos frecuentes me dejan sumido en un estado de caprichosa tristeza.

Ros. ¿Conque viajero? A fe mia que teneis gran motivo para estar triste. Me temo que vendisteis vuestras tierras para ver las ajenas. Pues haber visto mucho y no tener nada, es tener los ojos ricos y las manos pobres.

Jaq. Sí, he adquirido experiencia.

Ros. Y vuestra experiencia os entristece: más quisiera mantener á un bufon que me alegrara, que adquirir experiencia para estar triste. ¿Y para eso habeis viajado?

*Sale* Orlando.

Orl. Salve y ventura, dulce Rosalinda.

Jaq. ¿Qué es eso? hablais en verso? pues quedad con Dios. (Váse.)

Ros. Adios, señor viajero: mucho cuidado con cecear y con vestir extraños trajes; echad por el suelo todas las ventajas de vuestro país; renegad de vuestra estrella, y sublevaos contra Dios por haberos hecho del talante que os hizo, ó apenas podré creer que habeis nadado en góndola. ¡Hola! ¿qué es esto, Orlando? ¿Dónde habeis estado tanto tiempo? ¿Vos amante? Como me volvais á jugar una partida semejante, no os pongais mas en mi presencia.

Orl. Hermosa Rosalinda, llego una hora despues de lo prometido.

Ros. ¡Cómo! ¡faltar en una hora á una cita de amor! De aquel que, dividiendo un minuto en mil partes, faltare en una sola parte de la milésima parte de un minuto en asuntos de amor, se podrá decir que Cupido le haya dado una palmada en el hombro; pero yo respondo de que su corazon está sano.

ORL. Perdonadme, querida Rosalinda.

ROS. No; si sois tan tardo en acudir á vuestras citas, no volvais á mi presencia: ántes me dejara cortejar por un caracol.

ORL. ¿Por un caracol!

ROS. Sí, por un caracol; pues aunque llegue tarde, se trae su casa á cuestas; mejor dotacion que la que vos pudiereis hacer á una mujer. Además trae consigo su destino.

ORL. ¿Cómo se entiende?

ROS. Pues, los cuernos; miéntras que muchos como vos prefieren tener que agradecérselos á sus mujeres; pero él viene ya armado con su fortuna, y evita que hablen mal de su mujer.

ORL. La virtud no pone cuernos, y mi Rosalinda es virtuosa.

ROS. ¿Soy yo vuestra Rosalinda?

CEL. Se complace en daros ese nombre; pero tiene una Rosalinda de mejor garbo que vos.

ROS. Vamos, requebradme, pues tengo gana de fiesta, y es probable que consienta. ¿Qué me diriais si fuera de veras, de veras vuestra Rosalinda?

ORL. Antes de hablar, os besaria.

ROS. No; hariais mejor en hablar primero, y cuando os atascarais por falta de materia, podriais aprovechar la ocasion para besar. Los mejores oradores, cuando se les va alguna vez el santo al cielo, suelen toser; y cuando á los amantes se les acaba (lo que Dios no permita) la materia, el recurso más decente de que pueden echar mano es el de besar.

ORL. ¿Y si el beso fuere negado?

ROS. En tal caso os daria pié para rogarla, y ya tendriais nueva materia de conversacion.

ORL. ¿A quién se le pudiera trabar la lengua, estando delante de su amada?

ROS. A vos, si fuera yo vuestra amada, ó de

otra suerte seria hacer más favor á mi virtud que á mi discrecion. ¿No soy yo vuestra Rosalinda?

ORL. Tengo gusto en daros ese nombre, pues quisiera estar siempre hablando de ella.

Ros. Pues, en su persona, os digo que no os quiero.

ORL. Pues entónces en mi propia persona me muero.

Ros. No, á fe: morios por poderes. Este mísero mundo tiene ya cerca de seis mil años de existencia, y en todo este tiempo no ha muerto ningun hombre en su propia persona, es decir, no por causa de amor. Troilo tuvo el cráneo aplastado por una porra griega, pero hizo cuanto pudo por morirse ántes de eso; y él fué un amante modelo. Leandro hubiera vivido largos y felices años, aunque Hero se hubiese metido monja, si no hubiese sido por el calor que hacia en una noche de verano; pues el pobre mozo se fué á bañar, y de un calambre que le dió, se ahogó; y los cronistas imbéciles de aquel tiempo dieron en decir que fué por Hero de Sestos. Pero estas no son más que patrañas: de tiempo en tiempo se han muerto los hombres, y los gusanos se los han comido; pero nunca de amor.

ORL. No quisiera que mi verdadera Rosalinda fuera de ese parecer, pues confieso que un fruncir de ceño suyo seria bastante á quitarme la vida.

Ros. Por esta mano juro que no seria bastante á quitar la vida á una mosca. Pero, en fin, seré vuestra Rosalinda, y me mostraré de humor más tratable; pedidme lo que querais, os lo he de conceder.

ORL. Amadme, pues, Rosalinda.

Ros. Si á fe, incluso los viernes y los sábados.

ORL. ¿Y me querrás?
ROS. A vos y á otros veinte como vos.
ORL. ¿Qué decís?
ROS. ¿No sois bueno?
ORL. Lo espero al ménos.
ROS. ¿Pues entónces? ¿No habeis oido decir que lo bueno nunca fué mucho? Ven, hermana, tú harás de cura, y nos casarás. Dadme la mano, Orlando. Vamos, hermana.
ORL. Cásanos por favor.
CEL. No sé las palabras.
ROS. Empieza así: «¿Quieres, Orlando»—
CEL. Ya me acuerdo. ¿Quieres, Orlando, por mujer á Rosalinda, que está presente?
ORL. Sí quiero.
ROS. Sí ¿pero cuándo?
ORL. Pues, ahora mismo, tan pronto como ella nos pueda casar.
ROS. Entónces debeis decir: «Te tomo, Rosalinda, por mujer.»
ORL. Te tomo, Rosalinda, por mujer.
ROS. Yo os pudiera exigir vuestros papeles; pero ¿qué más da? Te tomo, Orlando, por mi marido. Hé aquí una niña que se anticipa al cura; y ciertamente que los pensamientos de una mujer se adelantan siempre á sus acciones.
ORL. Siempre hacen eso los pensamientos: son alados.
ROS. Decidme ahora: ¿por cuánto tiempo la querreis por vuestra, ya que la habeis logrado?
ORL. Por siempre y un dia.
ROS. Decid por un dia sin el siempre. No, no, Orlando; los hombres son Abril cuando cortejan, y Diciembre cuando se casan; las mozas son Mayo cuando solteras, pero el cielo se muda cuando se casan. Tendré más celos de ti que un palomo berberisco de su paloma; seré más ruidosa que un loro cuando amenaza lluvia; más

caprichosa que una mona; más vertiginosa en mis deseos que un mico. Lloraré por nada, como Diana en la fuente, y eso cuando estés de humor alegre; me reiré como una hiena, y eso cuando tengas gana de dormir.

ORL. ¿Pero hará eso mi Rosalinda?

ROS. Por vida mia, hará lo que yo hiciere.

ORL. Oh, pero ella es discreta.

ROS. Por eso mismo sabrá hacer mejor su papel: cuánto más discreta, más traviesa. Cerrad las puertas al talento de una mujer, y se saldrá por la ventana; cerrad ésta, y se saldrá por el agujero de una llave; tapad éste, y se escapará por la chimenea con el humo.

ORL. Bien pudiera decir el hombre que tuviera una mujer con un talento de esa especie: «¿Talento, á dónde te quieres llevar á mi mujer?

ROS. No; podriais guardar ese freno para cuando tropezarais con el talento de vuestra mujer yendo camino de la cama de vuestro vecino.

ORL. ¿Y á qué talento le bastara talento para disculpar semejante encuentro?

ROS. ¡Toma! diria que fué allí en busca vuestra. No la cogereis nunca sin su respuesta; para eso seria menester que la cogierais sin lengua. ¡Oh! la mujer que no sepa convertir cualquier desliz suyo en culpa de su marido, no debe criar á su propio hijo; le criará tonto.

ORL. Me separo de ti durante estas dos horas, Rosalinda.

ROS. ¡Ay! amor mio, no podré estár sin ti esas dos horas.

ORL. He de asistir á la mesa del duque. A las dos horas estaré de vuelta contigo.

ROS. Bien, idos en buen hora, idos en buen hora. Me lo supuse de vos; mis parientes me lo dijeron, y yo no esperaba ménos. Me habeis engatusado con vuestras lisonjas. ¿Qué importa? Ha-

brá una mujer más abandonada. Venga ahora la muerte. A las dos os aguardo.

ORL. A las dos, querida Rosalinda.

ROS. A fe mia, y lo digo de veras, así Dios me valga, y por cuantos juramentos hubiere inocentes y sin peligro, juro que si faltais en un ápice á vuestra promesa, ó si llegais un sólo minuto despues de la hora, os tendré por el más patético despalabrado, y por el amante más falso y por el más indigno de la que llamais Rosalinda, de cuantos pudieran elegirse entre la gran cáfila de los infieles; por lo tanto, temed mi reprension, y cumplid vuestra palabra.

ORL. Tan religiosamente como si fuerais mi verdadera Rosalinda. Y con esto, adios.

ROS. En fin, el tiempo es el antiguo juez de tales ofensores, y que él lo decida. Adios. (Váse Orlando.)

CEL. No has hecho otra cosa que maltratar á nuestro sexo en tu discreteo amoroso. Es menester que te quitemos las calzas y la ropilla y que te saquemos los trapos á la colada, para que vea el mundo lo que ha hecho el pájaro en su propio nido.

ROS. ¡Oh, prima, prima, prima, hermosa primita mia! ¡Si supieras cuán hondamente estoy sumergida en el mar del amor! Pero es imposible sondearlo; mi afecto, como la bahía de Portugal, no tiene fondo conocido.

CEL. O por mejor decir, no tiene fondo alguno; y por más amor que le eches, se sale á más correr.

ROS. No; que juzgue aquel bastardo travieso de Vénus, que fué engendrado por el pensamiento, concebido por la hipocondría, y dado á luz por la locura, aquel pícaro ceguezuelo que se entretiene en engañar los ojos de los demas porque le faltan los suyos, que juzgue y diga cuán

honda es mi pasion. Te juro, Aliena, que no me hallo léjos de Orlando. Buscaré la sombra, y suspiraré hasta que vuelva.

CEL. Y yo dormiré. (Vánse.)

## ESCENA II.

La selva.

*Salen* JAQUES, NOBLES *y* MONTEROS.

JAQ. ¿Quién mató al ciervo?

UN NOBLE. Señor, fuí yo.

JAQ. Presentémosle al duque como conquistador romano; y no estaria de más que le pusiéramos los cuernos del venado, á guisa de corona triunfal. ¿Montero, no teneis alguna cancion propia para esta ocasion?

MON. Sí, señor.

JAQ. Cantadla, pues; no importa que no vayais á compás, con tal que metais bastante ruido.

CANCION.

MON. 1.° *Al que mató el venado, decid ¿qué le daremos?*
MON. 2.° *Su piel para un jubon;*
*Sus cuernos le pondremos.*
MON. 1.° *Llevadle, pues, en triunfo, cantando esta cancion.*

CORO. *No te avergüences de llevar el cuerno:*
*Antes que tú nacieras*
*Yelmos ornó y cimeras.*
*El padre de tu padre ciñó con él su frente;*
*Tu padre lo consiente;*
*Lo llevarán tus hijos, lo llevará tu yerno.*
*¡Pues viva, viva el cuerno!*
*¡Viva el cuerno valiente!*
*Y esto entendedlo bien:*
*Tratarle no se puede con desden.* (Vánse.)

## ESCENA III.

La selva.

*Salen* ROSALINDA *y* CELIA.

Ros. ¿Qué me dices ahora? ¿No son ya las dos dadas? ¡Y lo que es Orlando ya parece!

CEL. Estoy segura que, movido del más ardiente amor, y trastornado el cerebro, ha cogido arco y flechas, y se ha ido á dormir. Pero mira quién se acerca.

*Sale* SILVIO.

SIL. A vos va mi recado, lindo jóven.
Febe gentil mandó que os diese aquesto.
Ignoro el contenido, mas colijo,
Por el adusto ceño y gesto crudo
Que puso al escribirlo, que ese pliego
Es de tenor airado. Perdonadme:
Soy inocente mensajero sólo.

Ros. Se estremeciera la paciencia misma,
Y hablara gordo al recibir tal carta:
Quien esto aguanta, aguantarálo todo.
Que no soy guapo, dice, y mal criado;
Me llama altivo, y no pudiera amarme,
Aun siendo el hombre raro como el fénix.
¡Por vida mia! ¡á mí tal carta! ¡Mira!
¡Mira, zagal, no sea trama tuya!

SIL. Juro que ignoro el contenido de ella.
Febe la puso.

Ros. Vamos, sois un bobo,
A quien lleva el amor á tal extremo.
Bien ví su mano: es como el cuero tosca;
Mano color de piedra; tiene mano
De fregatriz; pero eso ¿qué me importa?
Te digo que jamás trazó tal carta:

La letra y contenido son de hombre.
SIL. Es suya á fe.
ROS. Su estilo es agresivo,
Propio de un reñidor: me desafía
Como turco á cristiano. Es imposible
Que blando seso de mujer invente
Insultos tan titánicos, palabras
Tan etiopes, más negras en su efecto
Que de color. ¿Quereis oir la carta?
SIL. Si os place. Nunca oí su contenido,
Aunque harto oí de la crueldad de Febe.
ROS. ¡Á mí con Febe! ¿Habráse visto? Escucha,
Verás lo que me escribe la tirana. (Lee.)
«¿Eres algun dios nefando
Disfrazado de zagal,
Tú, que herida tan mortal
Hiciste en mi pecho blando?»
¿Será posible que regañe así una mujer?
SIL. ¿A esto llamais regañar?
ROS. (Lee.) «Dí ¿por qué sin compasion,
Trocando tu sér divino,
Quieres flechar, asesino,
De una niña el corazon?»
¿Habráse visto modo de regañar?
«Con su amor tierno y galano
Más de un pastor me brindó;
Pero jamás se rindió
Mi pecho al amor humano.»
Dando á entender que soy una bestia.
«Juzga, si airados tus ojos
En mí tal estrago han hecho,
¿Cuál no dejaran mi pecho,
Mirándome sin enojos?
Te quise, haciéndome agravio
Tu labio con cruel desvío:
¿Y qué no hiciera, bien mio,
Si me rogara tu labio?
Dulce bien, del mensajero

Es mi pasion ignorada:
Dale tu carta sellada,
Y dime en ella sincero,
Si tu alma, á piedad movida
Por mi bárbaro dolor,
Admite cual don de amor
Mi corazon y mi vida.
Si fuera adversa mi suerte,
Por él la respuesta envia,
Que vendrá cual flecha impía
A darme cruda la muerte.»

Sil. ¿A esto llamais regañar?

Cel. ¡Ay, pobre pastor!

Ros. ¿Y le compadeces todavía? No, es indigno de lástima. ¿Y eres capaz de amar á una mujer semejante? ¡Cómo! ¡convertirte en instrumento para tocar notas falsas en ti! Bien; vuélvete á ella, pues creo que el amor te ha trasformado en culebra mansa, y dila lo siguiente: que si me quiere, que la mando que te quiera á ti; y si no lo hace, que no la querré jamás sino á ruego tuyo. Si eres amante fiel, vuela, y no digas palabra, porque aquí viene álguien. (Váse Silvio.)

*Sale* Oliverio.

Oli. ¡Salud, oh par gentil! ¿Sabeis, os ruego,
A dónde en los confines de esta selva
Cae un redil cercado de olivares?

Cel. En el vecino valle, más al Este;
Dejando á diestra mano aquella hilera
De mimbreras que veis del raudo arroyo
Allá en la orilla, llegareis al sitio.
Pero á tal hora sola está la casa,
Y se vigila á sí; no hay nadie en ella.

Oli. Si alcanza el labio á aleccionar al ojo,
Debiera conoceros por las señas:
De tal edad, tal traje: «El mozo es rubio,

De aspecto mujeril, y no parece
Sino hermana mayor. La niña es baja,
Y más morena que él.» ¿No sois, por dicha,
Los amos del redil por que pregunto?
CEL. Ya que lo preguntais, no es vanagloria
Decir que sí lo somos.
OLI. Pues Orlando
Saluda á entrambos, y al pastor que llama
Su Rosalinda, manda este pañuelo
Manchado en sangre. ¿Sois aquel, por dicha?
ROS. Sí tal; ¿mas qué me anuncia esta embajada?
OLI. Parte de mi deshonra, en preguntando
Quién soy, de dónde, cómo y cuándo vino
Sangrienta mancha en él.
ROS. Narradlo, os ruego.
OLI. Al ir de vuestro lado Orlando ha poco,
Os dió palabra fiel de estar de vuelta
Dentro de un hora. Errando por el bosque,
De amargo y dulce amor rumiando el fruto,
Hé aquí lo que pasó: volvió los ojos,
Y reparad qué cuadro se presenta.
Al pié de un roble de musgosas ramas,
Y yerta cima, calva por los años,
Un mísero de harapos mal cubierto,
De desgreñado pelo y barba espesa,
De espaldas se dormia. A su garganta
Enroscada una sierpe de oro y verde,
Con la cabeza, en amenazas ágil,
Se iba acercando á su entreabierta boca;
Mas de repente, al ver á Orlando cerca,
Se desenreda y corre serpëando
Bajo una mata; á cuya sombra estaba
Una leona con enjuta ubre,
Pegada al suelo y baja la cabeza,
Cual gato en actitud de espera ó caza,
Atenta á que el dormido se moviese;
Que es condicion altiva de esta fiera
No hacer en nada que parezca muerto

Presa jamás. Al ver lo cual, Orlando
Al hombre se acercó, y halló al mirarle
Que era su hermano, su mayor hermano.
CEL. Oïle hablar de aquel hermano mismo,
Y como el más desnatural del orbe
Nos lo pintaba.
OLI. Y con razon, por cierto.
Que lo era con extremo, á mí me consta.
ROS. Pero... ¿y Orlando? ¿Le dejó por pasto
A la leona hambrienta y extenuada?
OLI. Dos veces se apartó con tal intento,
Pero piedad, más noble que venganza,
Y superior á la ocasion la sangre
Movióle á dar batalla á la lëona,
Que pronto ante él cayó; cuya refriega
Me despertó del sueño desdichado.
CEL. ¿Sois vos su hermano?
ROS. ¿A vos salvó la vida?
CEL. ¿Sois vos quien hizo tanto por matarle?
OLI. Fuí yo; mas no soy yo. No me avergüenzo
De confesaros lo que fuí, tan dulce
Sabe mi conversion, no siendo el mismo.
ROS. Pero... ¿y aquel sangriento paño?
OLI. Al punto.
Cuando de cabo á fin, de entrambos tierno
Hubo bañado el llanto la noticia
De mi llegada á aquel lugar desierto,
En breve me condujo al noble duque,
Quien dióme vestidura y agasajo,
Y al celo de mi hermano encomendóme;
Quien me llevó á su cueva sin tardanza:
Se desnudó, y en parte tal del brazo.
Habíale arrancado la lëona
Alguna carne, que arrojando sangre
Estuvo en tanto. Desmayóse el pobre,
Y al desmayar llamó á su Rosalinda.
Le hice volver en sí; vendé su llaga,
Y al cabo de algun rato, ya repuesto,

Mandóme que acudiese, extraño y todo,
A daros cuenta de ello (suplicándoos
Le perdoneis su falta) y esto diese,
Teñido en sangre suya, al zagalejo
A quien en broma llama Rosalinda.

(Rosalinda se desmaya.)

CEL. ¡Ay! ¡Ganimedes! ¡Ganimedes mio!

OLI. Al ver la sangre se desmayan muchos.

CEL. No es eso sólo.—¡Ay primo Ganimedes!

OLI. Ved, torna en sí.

ROS. Quisiera estar en casa.

CEL. Allí te llevaremos sin demora.
¿Quereis asirle por el brazo, os ruego?

OLI. ¡Animo, mancebo!—¡Vaya un hombre! Os falta corazon varonil.

ROS. Es cierto; lo confieso. ¿Qué tal, hidalgo? Creo que nadie podrá negar que esto estuvo bien fingido. Os ruego que digais á vuestro hermano cuán al vivo lo fingí.

OLI. No hubo en esto fingimiento; vuestra cara atestigua claramente que fué un verdadero desmayo.

ROS. Fué fingido, os aseguro.

OLI. Pues bien, recobrad ánimo, y fingios hombre.

ROS. Es lo que hago; pero en verdad hubiera debido ser mujer.

CEL. Venid, os vais poniendo cada vez más pálido; por favor, vámonos á casa. Buen hidalgo, acompañadnos.

OLI. Con gusto, pues es fuerza que á mi hermano Vuestro perdon anuncie, Rosalinda.

ROS. Discurriré algo; pero, os ruego, ponderadle mi destreza en fingir. ¿Quereis acompañarnos?

(Vánse)

# ACTO V.

## ESCENA PRIMERA.

La selva.

*Salen* PIEDRADETOQUE *y* TOMASA.

PIED. No faltará ocasion, Tomasa; paciencia, linda Tomasa.

TOM. A fe que el cura era bastante bueno, por más que dijera aquel viejo señor.

PIED. ¡Un infame don Oliverio, Tomasa, un vilísimo Degüellatextos! Pero, Tomasa mia, hay un mozo aquí en la selva que te pretende.

TOM. Sí, ya sé quién es: no tiene nada que ver conmigo, ni pizca. Aquí viene el mozo que decís.

*Sale* BLAS.

PIED. La vista de un patan es un refrigerio para mí. A fe que nosotros, los hombres de chispa, tenemos graves cargos de conciencia. hemos de estar siempre burla que te burla; no lo podemos evitar.

BLAS. Buenas tardes, Tomasa.

TOM. Buenas te las dé Dios, Blas.

BLAS. Y á vos tambien muy buenas tardes, hidalgo.

PIED. Buenas tardes, mi buen amigo. Cubre esa cabeza, cubre esa cabeza; por Dios, ruégote que te cubras. ¿Cuántos años teneis, amigo?

BLAS. Veinticinco, hidalgo.

PIED. Edad madura. ¿Blas es tu nombre?

BLAS. Blas, hidalgo.

PIED. Bonito nombre. ¿Naciste aquí en la selva?

BLAS. Sí, señor, á Dios gracias.

PIED. ¡A Dios gracias!—Brava contestacion. ¿Eres rico?

BLAS. Así, hidalgo; tal cual.

PIED. Tal cual es bueno, muy bueno, extraordinariamente bueno,—sin embargo, no es más que tal cual. ¿Eres discreto?

BLAS. Sí, señor; tengo buen ingenio.

PIED. ¡Bravo, bien dicho! Esto me trae á las mientes cierto adagio: «El necio se cree discreto, pero el discreto sabe que es necio.» Cuando el filósofo griego tenia gana de comerse una uva, solia abrir los labios al metérsela en la boca, dando á entender con eso que las uvas se han hecho para comer, y los labios para abrirse. ¿Amais á esta moza?

BLAS. La amo, señor.

PIED. Dadme la mano. ¿Eres instruido?

BLAS. No, señor.

PIED. Pues toma de mí esta instruccion. Tener es tener; porque es una figura de retórica que la bebida, escanciada de un jarro en un vaso, deja vacío el uno á medida que va llenando el otro; pues todos los autores están conformes en que *ipse* es aquel: ahora bien, vos no sois *ipse*, porque yo soy aquel.

BLAS. ¿Cuál aquel, señor?

PIED. Aquel, amigo, que se ha de casar con esta mujer. Por tanto, vos, patan, abandonad—es

decir, hablando en vulgo, dejad—la sociedad—es decir, en rústico, el trato—de esta hembra—es decir, en lenguaje comun, de esta mujer; ó sea todo junto: abandonad la sociedad de esta hembra; de otra suerte, patan, pereces, ó sea para tu mejor inteligencia, mueres; es decir, te mato, te despacho al otro mundo, trocaré tu vida en muerte, tu libertad en cautiverio. Emplearé contra ti el veneno, ó la zurra, ó el acero; levantaré facciones contra ti; te apabullaré con mi política; te mataré de ciento cincuenta maneras. Por tanto, tiembla, y lárgate.

TOM. Hazlo, buen Blas.

BLAS. Dios os conserve el humor, hidalgo. (Vase Blas.)

*Sale* CORINO.

COR. Nuestros amos os buscan: venid, venid.

PIED. Anda ligera, Tomasa; anda ligera, Tomasa. Ya te sigo, ya te sigo. (Vánse.)

## ESCENA II.

La selva.

*Salen* ORLANDO *y* OLIVERIO.

ORL. ¿Es posible que conociéndola tan breve tiempo os guste tanto? Apenas la visteis, cuando la amasteis; apenas la amasteis, cuando la cortejasteis, y apenas la cortejasteis, cuando ella consintió. ¿Y persistís en la idea de conseguirla?

OLI. No pareis mientes ni en el arrebato de mi pasion, ni en la pobreza de ella, ni en nuestro breve trato, ni en mi repentino galanteo, ni en su repentino consentimiento; sino decid con-

migo: amo á Aliena; decid con ella que me ama á mí; consentid con ambos, á fin de que podamos lograr nuestro mutuo deseo: será en provecho vuestro, pues os haré donacion de la casa de mi padre, juntamente con todas las rentas que fueron del viejo sire Roldan; y viviré y moriré aquí como pastor.

ORL. Teneis mi consentimiento. Que se celebre vuestra boda mañana: convidaré á ella al duque y á todo su festivo séquito. Id á apercibir á Aliena, pues ved donde se acerca mi Rosalinda.

*Sale* ROSALINDA.

ROS. Dios os guarde, hermano.

OLI. Y á vos, hermana gentil. (Váse.)

ROS. ¡Oh, mi querido Orlando! y qué pena me da el verte llevar tu corazon vendado.

ORL. Es mi brazo.

ROS. Creí que teniais el corazon herido por las garras de un leon.

ORL. Herido está, pero por los ojos de una dama.

ROS. ¿Os contó vuestro hermano cómo fingí desmayarme cuando me enseñó vuestro pañuelo?

ORL. Sí, y aún mayores portentos.

ROS. Ya sé lo que quereis decir. Es cierto, á fe; nada hay que se le parezca en lo repentino, sino es el asalto de dos carneros, ó la célebre baladronada trasónica de César: «Vine, ví, y vencí;» pues apenas se encontraron vuestro hermano y mi hermana, cuando se miraron; apenas se miraron, cuando se amaron; apenas se amaron, cuando suspiraron; apenas suspiraron, cuando se preguntaron el por qué; apenas averiguaron el por qué, cuando buscaron el remedio; y así de grado en grado han ido formando una escalera que conduce al matrimonio, por la cual treparán incontinenti, ó se-

rán incontinentes ántes de casarse: se ha apoderado de ellos un verdadero arrebato de amor; quieren juntarse, y porras no serán parte á separarlos.

ORL. Se casarán mañana, y convidaré al duque á la boda. ¡Mas ay! ¡cuán dura cosa es contemplar la dicha por ojos ajenos! Tanto más cerca estaré yo mañana de la cumbre del desconsuelo, cuanto más feliz juzgaré á mi hermano por lograr lo que desea.

ROS. Lo que es mañana no os podré hacer las veces de Rosalinda.

ORL. No puedo sustentarme más con el pensamiento.

ROS. Pues no os quiero cansar más con ociosa charla. Sabed, pues, y ahora hablo con formalidad, que sé que sois gentilhombre y bien criado; y no digo esto á fin de que formeis buen concepto de mi sabiduría, por cuanto que digo que sé que lo sois; ni aspiro á mayor estimacion que á la que fuere parte á infundiros en algun modo una conviccion ventajosa para vos, no de lucimiento para mí. Creed, pues, si os place, que soy capaz de hacer maravillas; desde la edad de tres años he tenido trato íntimo con un mágico profundísimo en su arte, y sin embargo no condenable. Si es cierto que amais á Rosalinda tan de corazon como lo pregona vuestro comportamiento, os casareis con ella cuando vuestro hermano se case con Aliena. Sé en qué estrechez la tiene su fortuna; y no es imposible para mí, si á vos no os parece inconveniente, ponerla mañana delante de vuestros ojos en su propia persona, y sin peligro alguno.

ORL. ¿Hablas con toda formalidad?

ROS. Sí tal, por mi vida, que estimo en mucho, aunque diga que soy mágico. Por lo tanto, poneos mañana vuestros mejores arreos, y con-

vidad á vuestros amigos, pues si quereis casaros mañana, os casareis, y con Rosalinda, si gustais.

*Salen* SILVIO *y* FEBE.

FEBE. Me hicisteis hondo agravio, ingrato jóven,
Con enseñar mi carta al que la trajo.
ROS. Me importa poco: digo que es mi intento
Ser áspero con vos y desdeñoso.
Fiel un pastor os sigue enamorado,
Miradle bien, amadle; os idolatra.
FEBE. Dile lo que es amar, zagal, te ruego.
SIL. ¿Amar? Ser todo lágrimas y quejas:
Cual yo por Febe.
FEBE. Yo por Ganimedes.
ORL. Por Rosalinda yo.
ROS. Yo por ninguna.
SIL. Ser todo abnegacion y rendimiento:
Cual yo por Febe.
FEBE. Yo por Ganimedes.
ORL. Por Rosalinda yo.
ROS. Yo por ninguna.
SIL. ¿Amar decís? Ser todo fantasía,
Todo pasion, vehemente anhelo todo;
Ser todo adoracion y acatamiento,
Todo humildad, paciencia é impaciencia,
Pureza todo, y firme á toda prueba:
Cual yo por Febe.
FEBE. Yo por Ganimedes.
ORL. Por Rosalinda yo.
ROS. Yo por ninguna.
FEBE. (A Rosalinda.)
Si esto es así, ¿por qué mi amor desdeñas?
SIL. (A Febe.)
Si esto es así, ¿por qué mi amor desdeñas?
ORL. Si esto es así, ¿por qué mi amor desdeñas?
ROS. (A Orlando.)
¿A quién decís, por qué mi amor desdeñas?

ORL. A la que ausente está, ni puede oirme.

ROS. ¡Basta ya, basta por Dios! esto es peor que oir una manada de lobos aullar á la luna. (A Silvio.) Os ayudaré á vos si puedo. (A Febe.) Os amaria á vos si pudiese. Mañana juntense todos conmigo. (A Febe.) Me casaré con vos, si es que alguna vez me casare con mujer alguna; y me casaré mañana. (A Orlando.) Os satisfaré á vos, si es que satisfice alguna vez á sér viviente; y os casareis mañana. (A Silvio.) Os contentaré á vos, si es que os pueda contentar lo que os gusta; y os casareis mañana. (A Orlando.) Tan cierto como á Rosalinda amais, acudid. (A Silvio.) Tan cierto como á Febe amais, acudid. Y tan cierto como no amo á mujer alguna, acudiré. Con esto, adios; ya habeis recibido mis órdenes.

SIL. No faltaré, si vivo.

FEBE. Ni yo.

ORL. Ni yo. (Vánse.)

## ESCENA III.

La selva.

*Salen* PIEDRADETOQUE *y* TOMASA.

PIED. Mañana es el dia feliz, Tomasa; mañana nos casaremos.

TOM. A fe que lo deseo con toda el alma, y creo que no es ningun deseo deshonesto el de ser mujer de mundo. Aquí vienen dos de los pajes del duque desterrado.

*Salen* DOS PAJES.

PAJE 1.° Bien hallado, señor gentilhombre.

PIED. A fe mia, bien hallados. Vamos, sentaos, sentaos, y venga una cancion.

PAJE 2.° No nos haremos de rogar. Sentaos en medio.

PAJE 1.° ¡Ea! á cantar, amigo, sin toser, ni escupir, ni decir que estamos roncos, que todo eso no suele servir sino de prólogo á una mala voz.

PAJE. ¡Bien, bien! y ambos en un mismo tono, como dos gitanos sobre un rocin.

CANCION.

*Salió un zagal con su pastora bella,*
*Con un ¡ay! con un ¡eh! con un ¡ay! ¡qué placer!*
*Los trigos á pisar con leve huella,*
*En el mes de las flores, el dulce mes de amores,*
*Cuando las aves cantan sin desmayo:*
*Es grato al pecho amante el mes de Mayo.*

*Y en los rastrojos verdes del centeno,*
*Con un ¡ay! con un ¡eh! con un ¡ay! ¡qué placer!*
*El lindo par se echó de dicha lleno,*
*En el mes de las flores, el dulce mes de amores,*
*Cuando las aves cantan sin desmayo:*
*Es grato al pecho amante el mes de Mayo.*

*Cantaron luego dulce melodía,*
*Con un ¡ay! con un ¡eh! con un ¡ay! ¡qué placer!*
*Como es la vida breve flor de un dia,*
*En el mes de las flores, el dulce mes de amores,*
*Cuando cantan las aves sin desmayo:*
*Es grato al pecho amante el mes de Mayo.*

*Aprovechad, pues, la sazon presente,*
*Con un ¡ay! con un ¡eh! con un ¡ay! ¡qué placer!*
*Que es cuando amor se muestra más riente,*
*En el mes de las flores, el dulce mes de amores,*
*Cuando cantan las aves sin desmayo:*
*Es grato al pecho amante el mes de Mayo.*

PIED. Por cierto, caballeritos, que aunque la letra no dice gran cosa, no obstante, el canto estuvo bastante desafinado.

PAJE 1.° Os engañais, hidalgo; fuimos á compas, no perdimos el tiempo.

PIED. Sí tal, á fe mia, pues tengo por tiempo perdido el que se emplea en escuchar tan estúpida cancion. Quedad con Dios, y que él os afine las voces. Ven, Tomasa. (Vánse.)

## ESCENA IV.

La selva.

*Salen el* DUQUE, AMIENS, JAQUES, ORLANDO, OLIVERIO *y* CELIA.

DUQUE. ¿Y crees, Orlando, que el mancebo sea
Capaz de dar á tanta empresa cima?

ORL. Lo creo á veces, otras no lo creo:
Bien como aquel que al esperar recela,
Y sabe que es fundado su recelo.

*Salen* ROSALINDA, SILVIO *y* FEBE.

ROS. Paciencia, en tanto que os ajuste el pacto.
¿Decís que si os presento á Rosalinda,
Dareisla por mujer á Orlando, duque?

DUQUE. Sí, y áun teniendo un reino en que dotarla.

ROS. ¿Y vos la tomareis, si os la presento?

ORL. Sí, y aunque fuera rey de todo el orbe.

ROS. ¿Y vos me tomareis, si yo os quisiere?

FEBE. Sí tal; áun cuando á la hora me muriera.

ROS. ¿En cambio, si rehusais mi indigna mano,
Dareis la vuestra al fiel pastor que os ama?

FEBE. Tal es el trato.

ROS. ¿Y vos decís que á Febe
Por vuestra tomareis, si quiere ella?

SIL. Y aunque morir fuera uno con tomarla.
ROS. Yo os prometí que lo allanara todo.
Cumplid vuestra palabra y dadla, duque.
Y vos la vuestra, Orlando, de tomarla.
Febe, cumplid la vuestra de casarme,
Ó, si rehusais, con el pastor de uniros.
Cumplid la vuestra, Silvio, de casarla,
Si me rehusa á mí. Yo parto al punto:
Voy á desvanecer tamañas dudas.
(Vánse Rosalinda y Celia.)

DUQUE. Descubro en las facciones de ese mozo
Rasgos que me recuerdan á mi hija.
ORL. Señor, al verle por la vez primera,
Le tuve por hermano de esa dama.
Pero el rapaz nació en la selva, duque,
Y ha sido aleccionado en rudimentos
De ciencias atrevidas por su tio,
Que él dice ser un mágico profundo
Que vive oscurecido en estos montes.

*Salen* PIEDRADETOQUE *y* TOMASA.

JAQ. Sin duda nos amaga un segundo diluvio, y estas parejas acuden al arca. Aquí viene un par de animales rarísimos que en todas las lenguas se llaman necios.
PIED. Salud y felicidad á todos.
JAQ. Querido duque, dadle la bienvenida: éste es aquel hidalgo de ingenio abigarrado con quien he tropezado tantas veces en la selva; jura que ha sido cortesano.
PIED. Si hay álguien que lo dude, que me sometan á un exámen. He bailado un menué; he lisonjeado á una dama; he sido taimado con mi amigo y dócil con mi enemigo; he arruinado á tres sastres; he tenido cuatro pendencias, y estuve á punto de dirimir una á cuchilladas.
JAQ. ¿Y ésta, cómo se arregló?

PIED. A fe, nos juntamos, y averiguamos que la riña procedia de la sétima causa.

JAQ. ¿Qué es eso de la sétima causa? Duque mio, dispensad vuestra proteccion á este bellaco.

DUQUE. Me agrada en extremo.

PIED. ¡Dios os lo pague, señor! Os deseo otro tanto. Me he colado aquí entre la turba de las demas parejas campesinas á fin de jurar y perjurar, segun y conforme ligue el matrimonio, y desligue la sangre. Una pobre doncella, señor; algo feucha, señor, pero mia propia; fué un modesto capricho mio, señor, cargar con aquello que nadie queria: la opulenta honestidad, señor, vive como el avaro en una casa pobre, como la perla en fea ostra.

DUQUE. A fe mia que es listo y sentencioso.

JAQ. ¿Y la sétima causa? ¿cómo averiguasteis que procedia la riña de la sétima causa?

PIED. Por una mentira siete veces rebatida—¿y ese cuerpo, Tomasa? ponte derecha, mujer—*verbi gratia*, señor. No podia sufrir el corte de la barba de cierto cortesano: me mandó decir que si yo afirmaba que su barba no estaba bien cortada, que él opinaba que sí lo estaba; esto se llama la Respuesta cortés. Si yo volviese á contestar que no estaba bien cortada, él me contestaria que la cortaba á su gusto; esto se llama la Pulla sutil. Si vuelta otra vez con que no estaba bien cortada, él me declararia incapaz de juzgar: esto se llama la Réplica grosera. Si vuelta con que no estaba bien cortada, me contestaria que faltaba á la verdad: esto se llama la Reprension valiente. Si vuelta con que no estaba bien cortada, me diria que mentia; esto se llama la Contradiccion arrogante, y así hasta el Mentís condicional, y el Mentís directo.

JAQ. ¿Y cuántas veces le dijisteis que su barba no estaba bien cortada?

PIED. No me atreví á ir más allá del Mentís condicional, ni él tampoco se atrevió á darme el Mentís directo, de suerte que medimos nuestras espadas y nos separamos.

JAQ. ¿Sois capaz de citarme ahora los grados de la mentira por su órden?

PIED. ¡Oh, hidalgo! si reñimos por letra de molde, por el libro; como hay libritos de buena crianza. Os citaré los diversos grados. Primero, la Respuesta cortés; segundo, la Pulla sutil; tercero, la Réplica grosera; cuarto, la Reprension valiente; quinto, la Contradiccion arrogante; sexto, el Mentís condicional; y sétimo el Mentís directo. Todos estos se pueden evadir, ménos el Mentís directo, y éste tambien se puede evadir mediante un Si. Me acuerdo de un caso en que siete jueces no acertaban á arreglar una pendencia; pero en cuanto los adversarios se hubieron encontrado, se le ocurrió á uno de ellos un Si, como si dijéramos: «Si dijisteis vos tal cosa, entónces yo dije tal otra;» y se dieron las manos y se juraron fraternal amistad. El Sí es un gran pacificador: hay mucha virtud en el Si.

JAQ. Decid ¿no es un excelente muchacho, Alteza? Entiende tan bien de todo, y sin embargo, no es más que un bufon.

DUQUE. Se sirve de su bufonería á guisa de buey de cabestrillo: enmascarado con ella dispara sus pullas.

*Salen* HIMENEO, ROSALINDA *y* CELIA.

Suena música solemne.

HIM. Hay júbilo en el cielo
Cuando en el bajo suelo
Se trueca en dicha el duelo,
En paz la guerra.

Recibe á tu hija amada,
Duque, que engalanada
Hímen de su morada
Trajo á la tierra,
Para que unieras luego en lazo estrecho
Su mano á quien amante dió su pecho.

Ros. A vos me entrego, duque, pues soy vuestra.
A vos me entrego, Orlando, pues soy vuestra.

Duque. Si es cierto lo que miro, sois mi hija.

Orl. Si es cierto lo que miro, sois mi amada.

Febe. ¡Si lo que miro es cierto,
Mi dulce amor, has muerto!

Ros. Si no es á vos, por padre á nadie quiero.
Si no es á vos, por dueño á nadie quiero.
Si no es á vos, mujer alguna quiero.

Him. ¡Callad! no más desórden:
Yo soy quien todo en órden
Al punto he de dejar.
Son ocho los que veo
Que el lazo de Himeneo
Acuden á estrechar.

(A Ros. y Orl.)
Vivireis en dulce calma.

(A Cel. y Oli.)
Vos y vos como alma en alma.

(A Febe.) Vos con él debeis juntaros,
O con hembra al fin casaros.

(A Pied.) Vos con ella en firme nudo
Como invierno y tiempo crudo.—
Tiernos himnos entonando,
Vayan todos preguntando
De este inesperado enlace
El comienzo y desenlace.

CANCION.

*De Juno es la coyunda alma corona:*
*Vínculo y santa union de mesa y lecho.*
*Himeneo es quien puebla cada zona:*

*Honrad del matrimonio el lazo estrecho.*
*El orbe entero tu virtud pregona,*
*Dulce Himeneo, dios de cada zona.*

DUQUE. Vengais con bien, sobrina muy querida.
Sed, hija, vos, no ménos bien venida.
FEBE. Palabra he de cumplir, ya que eres mio,
Cediendo á tu firmeza mi desvío.

*Sale* JACOBO DE BOYS.

JAC. DE B. Por dos palabras sólo dadme audiencia.
Soy del viejo Roldan hijo segundo,
Y nuevas traigo á tan feliz escuadra.
El duque Federico, habiendo oido
Que hombres de gran valer de dia en dia
Llenaban esta selva, sin demora
Juntó un valiente ejército, y en marcha
Se púso á su cabeza con intento
De prender á su hermano y darle muerte:
Y hasta el confin llegó de esta espesura;
Do se encontró con un devoto anciano
Quien le hizo renunciar, tras breve instancia,
A tan nefanda empresa, y áun al mundo.
El trono lega al expulsado hermano;
Y á cuantos le siguieron en destierro
Devuelve sus haciendas. Con mi vida
Respondo de ello.
DUQUE. Bien venido, ¡oh jóven!
La boda á coronar de tus hermanos:
Al uno ofreces su embargada hacienda;
Toda una tierra al otro, un gran Ducado.
Primero demos fin en estos montes
A lo que en ellos fué con bien urdido,
Con bien inaugurado; y luego todos
Y cada cual de nuestra alegre escuadra
Que con nosotros al rigor se expuso
De crudas noches y penosos dias,

Comparta nuestra suerte inesperada,
Segun de cada cual competa al rango.
Dad al olvido en tanto tal grandeza,
¡Y á festejar con rústica franqueza!
Música suene, y bailen á porfía
Novios y novias colmos de alegría.

JAQ. Hidalgo, con perdon. Dijisteis, creo,
Que abraza el duque religiosa vida.

JAC. DE B. Sí tal.

JAQ. Con él me voy. De estos conversos
Mucho hay que oir, y que aprender hay mucho.
(Al duque.)
A vos os lego á vuestra gloria antigua:
Virtud, paciencia tanta la merecen.
(A Orlando.)
A vos á un fiel amor, del cual sois digno.
(A Oliverio.)
A vos á vuestra hacienda, esposa y deudos.
(A Silvio.)
A vos á largas nupcias bien ganadas.
(A Piedradetoque.) Y á vos á peloteras conyugales;
Pues para la excursion de amor que emprendes,
Para dos meses víveres no llevas.
Quedaos, pues, entre júbilo y festejos;
No estoy yo para bailes ni cortejos.

DUQUE. Espera, Jaques.

JAQ. ¿A festejar? Por nada.
Mandadme, en vuestra cueva abandonada.
(Váse.)

DUQUE. Empiece, pues, la fiesta placentera,
Y acabe el goce en dicha verdadera. (Baile.)

## EPÍLOGO.

Ros. No es costumbre ver á la dama de epílogo, pero no es más inconveniente que ver al galan de prólogo. Si es verdad que el buen vino no ha menester rama, será verdad tambien que una buena comedia no ha menester epílogo; sin embargo, el buen vino se suele pregonar con buenas ramas, y una buena comedia resulta mejor con el ayuda de un buen epílogo. ¡Cuán grande debe ser mi apuro, cuando ni soy buen epílogo, ni puedo insinuarme con vosotros en pro de una buena comedia! Mi traje no es de mendigo, y por tanto, no me estará bien el mendigar; no me queda otro recurso que el de conjuraros; y empezaré por las mujeres. Os encargo á vosotras, oh mujeres, por el amor que teneis á los hombres, que gusteis de todo cuanto os plazca en esta comedia; y os encargo á vosotros, oh hombres, por el amor que teneis á las mujeres (y advierto en vuestro modo de sonreir que ninguno las aborrece) que entre vosotros y las mujeres agrade la comedia. Si fuera mujer, besaria á cuantos entre vosotros tuviesen barbas que me agradasen, caras que me gustasen y alientos que no me repugnasen; y estoy segura que cuantos tengan buenas barbas, ó buenas caras, ó aliento dulce, se apresurarán, en pago de mi cortés ofrecimiento, al hacer yo una reverencia, á despedirme con cordialidad. (Vánse.)

# ÍNDICE.


| | PÁGINAS. |
|---|---|
| Julieta y Romeo..... | 5 |
| Como gusteis..... | 125 |


## ERRATAS.

Página 13, línea 19, donde dice:

¿Cuándo empezó? ¿os hallabais presente?

léase:

Cuando empezó ¿os hallabais vos presente?

Página 186, línea 23, donde dice:

y «es» es otra.

léase:

y «está» es otra.

# OBRAS DE SHAKSPEARE.

VERSION CASTELLANA.

Lleno el mundo entero de la admiracion que se debe al inmortal genio dramático inglés, nunca, sin embargo, se ha publicado en España una traduccion completa de estas portentosas obras, que siendo de un interes siempre elevado y siempre creciente para todos los hombres de estudio, y una necesidad para toda biblioteca, por modesta que sea, tienen que ser consultadas en inglés ó en las traducciones francesas, no siempre fieles.

Para llenar este inmenso vacío hemos proyectado esta publicacion, cuya importancia no puede oscurecerse á nadie, y tenemos la conviccion de que damos á luz una version notabilísima, no sólo por su fidelidad, sino tambien por sus condiciones literarias.

Las *obras de Shakspeare* se publican en preciosos tomos en 8.°, buena impresion y magnífico papel, al precio de 10 reales cada tomo en Madrid, y 12 en provincias.

El primer tomo contiene un prólogo de D. Juan Valera, de la Academia Española, otro del traductor, un estudio de la vida y obras de Shakspeare, la tragedia *Otelo* y la comedia *Mucho ruido para nada.*

El segundo tomo, contiene el célebre drama *Romeo y Julieta*, y la magnífica comedia *Como gusteis.*

Los tomos siguientes contendrán: *Hamlet, Medida por medida, El mercader de Venecia, La tempestad, Los dos hidalgos de Verona*, y las demas obras del inmortal Shakspeare.